



2015353962

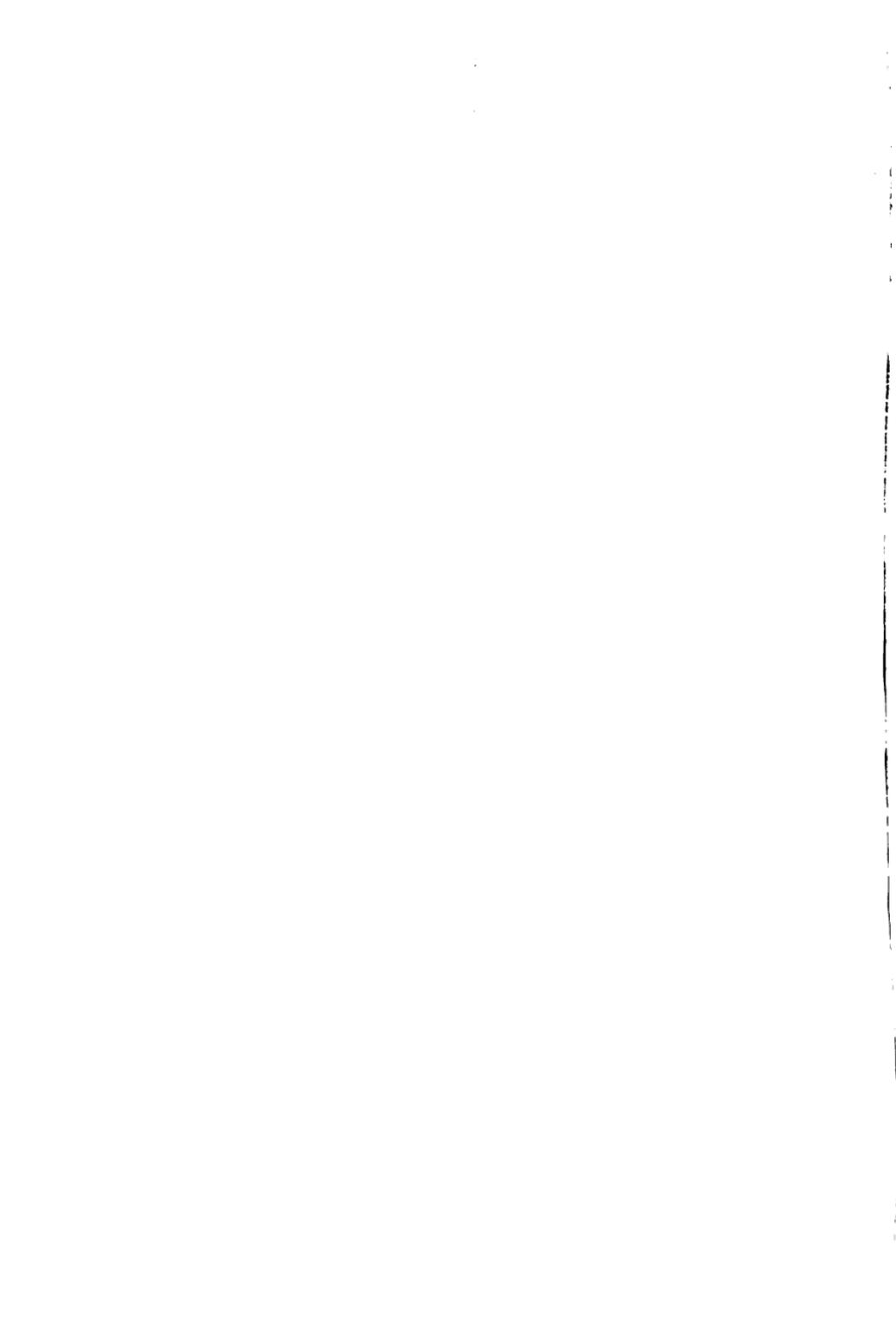
HN 27 D5 1920 LAC

THE
UNIVERSITY
OF TEXAS
AT
AUSTIN

HN
27
D5
1920

LATIN AMERICAN COLLECTION







ENRIQUE DICKMANN

IDEAS E IDEALES

SEGUNDA EDICION



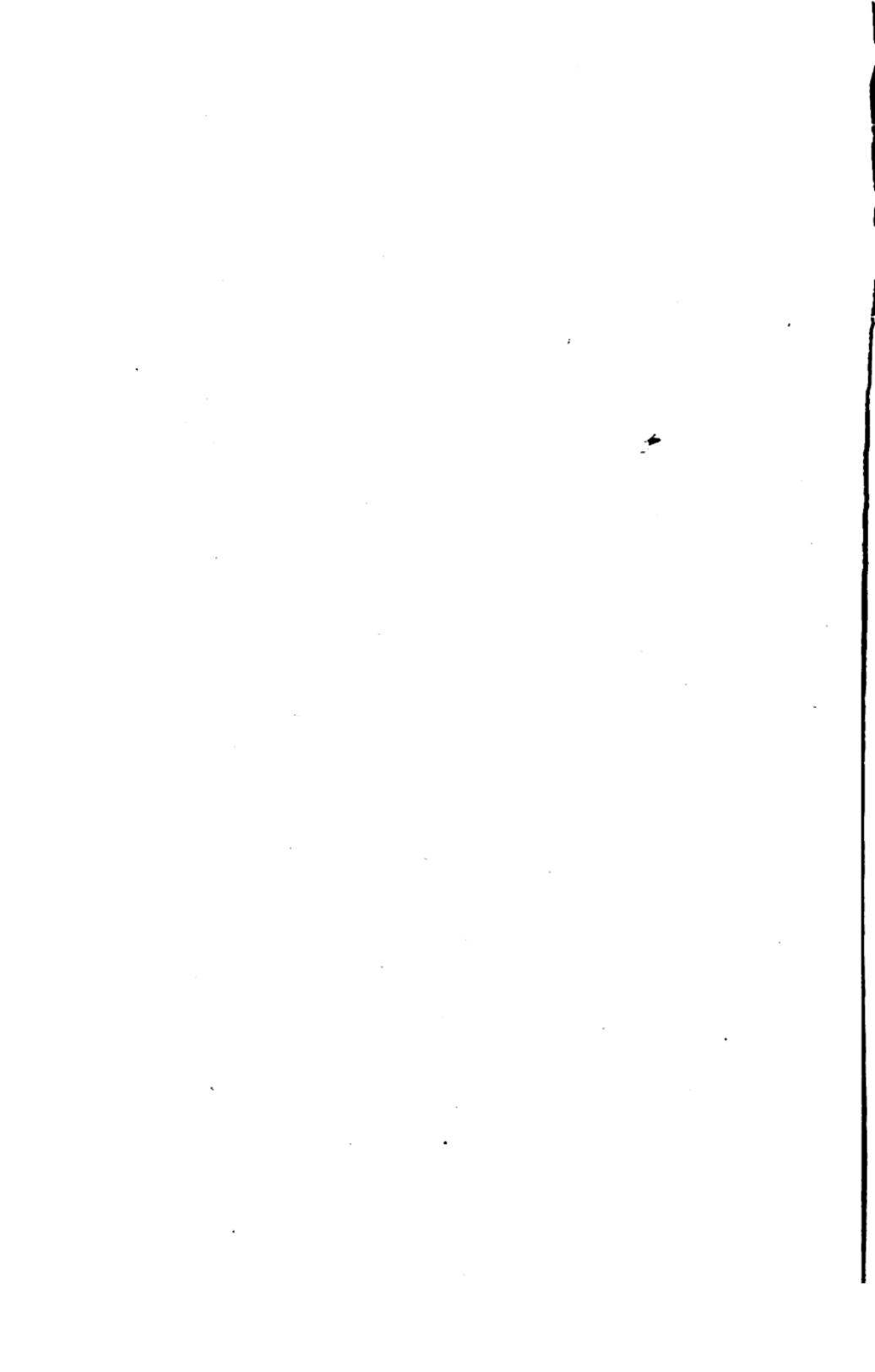
BUENOS AIRES

AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES
Rivadavia 1571 - 73

1920



IDEAS E IDEALES



ENRIQUE DICKMANN

IDEAS E IDEALES

SEGUNDA EDICIÓN



BUENOS AIRES

AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES
Rivadavia 1571 - 73

1920



Prólogo a la segunda edición

Ideales de Ideales, cuya primera edición está agotada, no es en realidad un libro en el clásico sentido de la palabra. Su plan no fué concebido a priori ni ejecutado sujeto a reglas de una bibliografía arquitectónica, cuyo principal, sino único, objeto es dar la impresión de una erudición fácil y barata. Ideas e Ideales es una colección de artículos periodísticos y estudios de revista sobre tópicos diversos, escritos en el fragor de la lucha social, bajo la fuerte impresión del acontecimiento del día, del suceso local o universal fausto o infausto; artículos y estudios escritos en forma clara y sencilla, sin pretensiones literarias y al alcance de las mentes más rudimentarias y simplistas.

Siempre he creído que el periodismo de ideas y sentimientos que está al servicio de la verdad y de la justicia y ejercido con conciencia y honestidad, es un alto apostolado humano y social. Asimismo he creído y creo que el periodismo así comprendido y practicado forma la viviente literatura moderna que merece, más que la vida efímera del periódico, la perdurable existencia del libro.

A pesar de no obedecer a un plan preconcebido, Ideas e Ideales obedece a la unidad de pensamiento y de acción de un hombre disciplinado en la verdad científica y metodizado en la áspera lucha social. Los artículos y estudios que integran este libro fueron escritos principalmente en los años 1906-1910; años de rudo batallar para los socialistas que en la Argentina iniciamos la impropia tarea de elevar el nivel material y mental del pueblo; y nos propusimos combatir, sin tregua, la mentira política y social y la superstición religiosa y dogmática.

El libro tuvo amplia acogida, y la primera edición — publicada en 1914 en España — ha tiempo que está agotada. Tal circunstancia favorable me induce a reeditarlo un tanto corregido, modificado y ampliado, esperando para esta segunda edición el mismo favor popular.

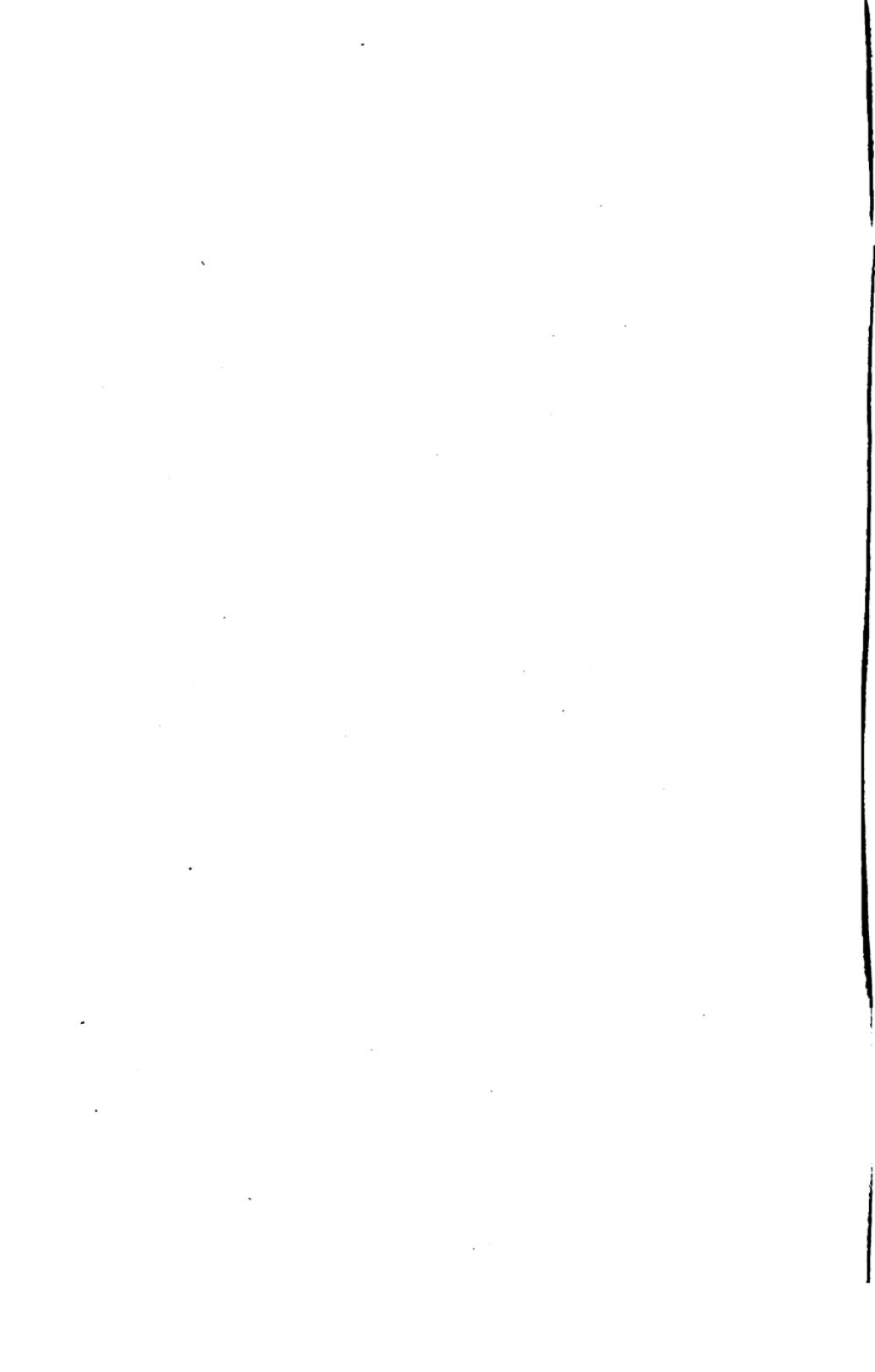
En esta nueva edición de Ideas e Ideales he suprimido los estudios sobre "Inmigración y Emigración", "Movimiento Demográfico" y "Nuestro Régimen Fiscal"; pues, ellos verán la luz próximamente, ampliados y completados, en un libro aparte. En cambio, he agregado el resumen de una conferencia que di en el año 1896 bajo el título y subtítulo "Cómo debemos luchar", "La Historia nos enseña"; conferencia que a la distancia de un cuarto de siglo conserva todavía algún interés actual y demuestra, aún en forma embrionaria, mi unidad de pensamiento y de acción como militante del Partido Socialista y como ciudadano de una democracia republicana,—incompleta en la forma, insuficiente en el fondo,—y a la cual se debe

mejorar, completar, integrar y perfeccionar; pero, de ningún modo, combatir ni destruir. También he agregado "El Incendio de la Trilladora" por ser un capítulo de mi vida de peón de campo y que tiene un sabor y un recuerdo, para mí sobre todo, de una época heroica de mi vida que evoco con profunda simpatía y cariño.

Los libros valen por lo que enseñan y por lo que sugieren. ¡Ojalá Ideas e Ideales lo consiga obrando sobre el cerebro y el corazón de sus lectores! Tal es el deseo vehemente de su autor.

ENRIQUE DICKMANN.

Marzo, de 1920.



Introducción

HOY Y AQUI

Para que la múltiple y compleja labor individual y colectiva en todos los campos de la actividad humana — desde el simple trabajo manual y mecánico hasta las más altas y atrevidas concepciones de creaciones de la Ciencia y el Arte — sea útil y fecunda, debe inspirarse siempre en las necesidades actuales y locales, y someterse al principio inquebrantable de la oportunidad y de la posibilidad.

¿Qué se diría de un industrial moderno que se pusiera a fabricar en gran escala sandalias que calzaban los griegos, togas que vestían los romanos, arcos y flechas que usaban los indios, hachas de sílex y espadas de bronce, corazas y yelmos, lanzas y adargas, pergaminos o papiros u otros objetos y utensilios de edades remotas, en vez de fabricar calzado y trajes que vestimos ahora, herramientas y máquinas de uso actual, armas de guerra modernas y toda clase de útiles e instrumentos que sirven para el trabajo y la vida en la actual sociedad? Simplemente, se le consideraría — si tal fabricante pudiera existir — como raro *diletante* o loco peligroso fuera de su época y de su lugar.

¿Qué se diría de un agricultor que se dedicara a

cultivar en la llanura de Buenos Aires o de Córdoba al algodón, la caña de azúcar o la yerba mate, en vez de trigo, lino y maíz; sembrando en cambio estos cereales en las regiones tropicales de Tucumán o Misiones? Se le tacharía de ignorante o trastornado que desconoce el terreno y los cultivos, y que está llamado a fracasar miserablemente en su descabellada empresa.

Lo mismo sucedería al político que quisiera transplantar teorías, doctrinas, métodos de lucha y leyes, sin adaptarlos al medio social e histórico de cada pueblo, a su capacidad técnicoeconómica, a sus necesidades e inteligencia colectivas. Lo mismo al literato que en la cosmópolis argentina o en su pampa intentara describir cuadros y costumbres medioevales, o vividos en París y Londres, o imitando leyendas indias o bíblicas, en vez de volcar en páginas reales y sentidas las costumbres de su propio pueblo, de su propio país y de su época. Igual ocurriría al poeta que cantara a hadas y princesitas fraguadas por su enfermiza y calenturienta imaginación, y no a la Naturaleza y a los seres que lo rodean e inspiran, a sus miserias y dolores, alegrías y placeres, a sus sentimientos, ideas e ideales. Y lo mismo al pintor, que en plena apoteosis de luz y de sol, bajo el vasto cielo argentino, se pusiera a pintar, verbigracia, el ambiente gris y sombrío del nebuloso cielo de Albión.

Para que una obra — cualquiera sea su naturaleza — pueda ser útil y viable, ha de ser necesariamente actual y local. *Hoy* y *aquí* debe ser el objetivo fundamental en el trabajo de todo individuo o colectividad

que no quieren ver esterilizados sus esfuerzos, o fracasadas sus iniciativas, o estrellada su voluntad por estar fuera del tiempo y del espacio.

Hoy y aquí es garantía absoluta de utilidad, de fecundidad y de éxito seguros. Los héroes, en el más alto y noble concepto del vocablo, fueron y son hombres y pueblos que han tenido y tienen el instinto, la intuición y la inteligencia de las necesidades, sentimientos y deseos de su época, de su lugar, y supieron y saben traducirlo en acción.

Hoy es la síntesis del tiempo, como *aquí* es el resumen del espacio. Si *hoy* trabajamos con inteligencia y amor, podemos estar seguros de que nuestra obra vivirá en la eternidad; y por más local y *aquí* sea nuestra tarea, si ella responde a fundamentales necesidades colectivas, si es progresiva y viviente, será sin duda alguna de trascendencia universal.

Las grandes e inmortales obras del genio humano, las que salvaron los lindes de su país y de su época, fueron siempre obras eminentemente locales y actuales. Sus autores obedecieron instintiva o intencionalmente al gran principio de *hoy y aquí*. La *Ilíada* y la *Odisea* fueron poemas de su país y de su época. Eurípides fué griego de la Grecia del mundo antiguo, y pocos llegaron a ser, como él, más humanos, eternos y universales. Quijote y Sancho — hidalgo y labriego de la Mancha y del siglo XV — son personajes de todos los tiempos y de todos los países. Shakespeare es el más local y el más universal de los escritores, como lo son Rubens y Murillo entre los pintores, Beethoven y Grieg entre los músicos, Marx y Engels entre los políticos.

Y no puede ser de otro modo. Los hombres reciben las impresiones del mundo exterior que los rodea y las transforman en sensaciones, en sentimientos y en ideas: en mundo interior. Es lo único real y verdadero. El pasado lo concebimos solamente a través del presente, como el porvenir que imaginamos no es más que su proyección.

Somos un instante en el tiempo y un punto en el espacio, y si conseguimos fijarlo en nuestra obra — Cualquiera sea su naturaleza —, habremos conseguido la eternidad y la universalidad.

¡Hombres que queréis servir a vuestro pueblo y a vuestro tiempo, pensad *hoy* y obrad *aquí*, y así habréis servido a todos los pueblos y a todos los tiempos! Quien piensa en la criatura humana y siente su dolor individual, piensa, sin saberlo, en la humanidad, y siente el dolor universal; pero quien piensa en la humanidad y en el dolor universal, con frecuencia se olvida de la criatura humana y de su dolor actual.

Alrededor nuestro la vida corre y ruge en torbellinos colosales. En su torrente impetuoso, ora puro y cristalino, ora turbio y cenagoso, va arrastrándose todo lo malo y lo bueno, lo perverso y lo virtuoso, lo demoníaco y lo divino. ¡Felices los mortales que saben poner diques al torrente, que saben, pueden y quieren encauzarlo y dirigirlo hacia el puerto, donde se halla más dicha y más bienestar!

Pero para que esto sea posible y viable, para que la acción sea útil y fecunda, es indispensable inspirarla y guiarla siempre en el principio eterno y universal de *hoy* y *aquí*.

ACCION Y TEORIA

Carlos Marx, en el prefacio de su gran obra *El Capital*, dice muy ingeniosamente: "La alta Iglesia de Inglaterra perdona mejor el ataque a 38 de sus 39 artículos de fe que a 1|39 de sus rentas". Esta fina ironía del fundador de la teoría científica del socialismo, resulta ser una verdad inconcusa aplicada a todos los grupos privilegiados y dominantes. La burguesía renunciaría gustosa, teóricamente, y para un lejano porvenir, a todos sus privilegios, con tal que en la práctica, y actualmente, la dejaran en paz y en tranquilidad para explotar más y mejor a sus obreros. La alta banca aceptaría, sin mayores dificultades, la hipótesis colectivista; pero jamás admitirá de buen grado la más mínima reducción de sus pingües intereses y rentas. Los militares discutirán el desarme, y lo aceptarán en teoría, con tal de que se aumenten los armamentos actuales, mientras llega la paz universal. La Iglesia católica se hará republicana, socialista y hasta anarquista, con tal de que se le dejen intactos sus actuales privilegios espirituales y temporales. El proletariado militante lo sabe prácticamente y

por propia experiencia. ¡Cuántos capitalistas no afirman todos los días que son más socialistas que los mismos socialistas, pero en la práctica resultan ser los peores enemigos de todo mejoramiento de sus asalariados!

Lo expuesto evidencia claramente que no son las fórmulas abstractas y generales, ni las hermosas teorías, ni las atrevidas hipótesis las que alarman y provocan las iras de las clases dominantes. Teorícese todo lo que se quiera, en la seguridad de que en este campo no se hallará ningún obstáculo serio, pues en realidad eso no daña casi a nadie. Pero prodúzcase cualquier movimiento real y práctico, atáquense los intereses inmediatos de los privilegiados, y los obstáculos surgirán poderosos e infinitos.

Para en el terreno de la vida colectiva lo que en la esfera individual. Fulano puede discutir y proclamar el amor libre, por ejemplo; tal cosa le será fácilmente perdonada por la pudibunda moral burguesa si él se casa por la iglesia y por el registro civil. Pero jamás será perdonado aquel que, sin proclamar ni erigir en teoría universal el amor libre, se une libremente a una mujer, infringiendo las leyes divinas y humanas. En las altas esferas sociales hay *dilettanti* y *snobs* que se declaran anarquistas, socialistas, etc. Eso les da cierto aire de modernismo, apareciendo en los elegantes salones y ante las bellas damas rodeados de una aureola de misterio y grandeza. Pero ¡guay de aquel que se atreve a descender hasta la masa, que prácticamente acompañe a la muchedumbre en sus humanas reivindicaciones! Este será proscrito y perseguido sin

compasión, será arrojado de las altas esferas sociales como un ser peligroso y dañino.

En la constante y cruenta batalla de la vida individual y colectiva, lo que vale y lo que se impone es la real y fecunda acción. Palabras, frases, pensamientos e ideas, todo se subordina a la omnipotente y creadora acción. ¿Qué valen todas las teorías juntas, si no las acompaña la acción de los hombres? Teorizan mucho, con frecuencia, los que poco hacen. La teoría es una pantalla tras la cual se esconde muchas veces la inactividad. A los que cotidianamente luchan por el pan y por la verdad, poco tiempo les resta para lucubrar hipótesis y teorías. La verdadera y sana teoría está incorporada a los hechos cotidianos. Fuera de ellos, casi todo es ramplonería y mistificación.

El rumor de las olas de la vida no llega hasta la torre de marfil donde se encierran herméticamente los pretendidos intelectuales puros, los teóricos de profesión. El vendaval de la acción apenas roza a los híbridos y a los amorfos. Ellos están fuera de la vida vida. Sueñan despiertos. Imitan a Buda, pasando una eternidad en la autocontemplación. Dejémoslos en paz. Son elementos pasivos en las diarias luchas. Lo mejor de su obra es que no daña realmente a nadie.

Pero el movimiento social contemporáneo exige a los hombres otra orientación, otras cualidades, otras virtudes. En la cruenta lucha que sostienen las distintas clases sociales, la contemplación extática y exclusiva de la teoría pura es casi siempre un obstáculo y un estorbo. Es un verdadero fakirismo. Los hombres afiliados a los partidos de combate deben "rogar

a Dios, pero tener seca la pólvora", según el aforismo de Crómwell. Deben conocer los fundamentos teóricos de su doctrina y obrar y accionar en consecuencia. Son soldados de una causa por la cual combaten constantemente. Las trincheras enemigas no se asaltan con puros planes tácticos y estratégicos, sino con el empuje y el arrojo de los asaltantes.

El socialismo moderno seguramente no triunfará por su viejo arsenal de tecnicismos y fórmulas abstractas, ni aun agregándole otras nuevas y más radicales. Triunfará debido al sentido práctico de sus adeptos, a la valiente y fecunda acción desarrollada por ellos en el campo de la vida.

Para triunfar, más que la teoría se necesita la práctica; más que el bello gesto, la prosaica acción.

Hágase todos los días un poco de labor; realícese constantemente algo de lo mucho que se desea; plántese jalón tras jalón en la enmarañada selva de las pasiones humanas; eslabónese la larga cadena de causas y efectos; siémbrese, con mano llena y con amplio gesto, en el fecundo terreno del corazón de los hombres, la sana semilla del socialismo, y estése seguro del triunfo final.

La lucha es lo real y lo positivo, y la lucha tiene sus exigencias. Fastidiosa, peligrosa, cansadora y prosaica es la lucha diaria. Pero así es la vida. No un cúmulo de grandes y extraordinarios acontecimientos, sino una sucesión de hechos insignificantes, de detalles ínfimos. Atacar al enemigo en el terreno que más teme y donde más daño se le hace: ¡he ahí el éxito de la obra! La burguesía no teme a los teóricos

puros, y más que inocua sería ponerse a teorizar con ella. A los que teme es a los hombres de acción. ¡Bien venidos sean éstos en las fecundas lides de la vida!

Inculcar en la mente del pueblo elementales y sencillas verdades sacadas de los hechos diarios que constantemente lo rodean en la lucha y en el trabajo; mostrarle el largo y difícil camino que tiene que recorrer para conseguir su liberación; exhibir siempre las ventajas reales y prácticas de la obra; denunciar cotidianamente los crímenes de los ricos, su baja y mezquina moral, su religión hipócrita y utilitaria, su gobierno de clase convertido en un comité de defensa de sus intereses; denunciar los atropellos y vejámenes de que es víctima la clase obrera por parte de los guardianes de la burguesía; y todo eso, expuesto y comentado con claridad, sencillez y sinceridad: ¡he ahí el grande y fecundo programa de los socialistas militantes!

A los que tal cosa hacen, no les queda mucho tiempo para teorizar. Queda la teoría pura, sin la acción, para los que tales cosas no hacen. En tal caso, la teoría, más que un justificativo, es un modo de ser. Aceptémosla en tanto que pueda inspirar y servir nuestra diaria y fecunda acción.

LO QUE DEBEMOS AL PUEBLO

En la constante, difícil y larga brega por la difusión de nuestras ideas y nuestros ideales, por la divulgación de nuestro programa y método de lucha, por el arraigo de nuestras prácticas y costumbres, por la transformación de nuestro ambiente de hipocresía y de mentira; en la ascendente e ininterrumpida labor por la creciente elevación del nivel de vida del pueblo laborioso y fecundo; en la amarga adversidad como en la prosperidad sonriente; en la derrota que abate como en el triunfo que estimula; en el fragor del combate como en la tranquila y trascendental obra educativa; en todos los campos y en todos los momentos de nuestro múltiple y complejo trabajo cotidiano, hemos contraído el sacrosanto deber — deber que es norte y guía — de decir al pueblo la verdad, toda la verdad, sin disfraces que la atenúen, sin circunloquios que la debiliten, sin perífrasis que la hagan inocua: decirle la verdad ruda, simple, amarga a veces, siempre bienhechora y siempre fecunda, la única conducente al bien, la única que da el triunfo seguro y duradero.

Deber contraído en el período silencioso de la gestación de nuestro ideal, incorporado a la infancia de nuestra actividad, cumplido honesta y lealmente en nuestra agitada y turbulenta vida de adolescentes, ¿cómo dejaríamos de cumplirlo en plena fuerza, en amplio vigor de nuestra acción triunfante?

Traicionaríamos nuestro propio sentir y pensar, nuestro pasado glorioso e inmaculado, la acción fecunda del presente, el grande y luminoso porvenir de nuestra causa; traicionaríamos al pueblo, al cual amamos y servimos y de cuya confianza somos depositarios; traicionaríamos al socialismo, doctrina basada sobre la verdad de la ciencia, fuente única de civilización y progreso.

Debemos al pueblo la verdad en materia política, campo fértil para la germinación de todas las mentiras y claudicaciones. “En política se miente — dice el autor de *Teoría y práctica de la Historia* —, en política se mistifica, se oculta la verdad y aun se simula el error cuando se tienen privilegios que defender o apetitos que puedan satisfacerse merced a la ignorancia y el engaño de los otros”.

“Al politicastro cuya meta es el gobierno de un pueblo que desprecia, bástale tal vez conocer los vicios que ha de alimentar, los prejuicios que ha de adular, los fraudes y violencias que ha de cometer. Esta es la ciencia histórica necesaria para sus fines mezquinos y efímeros.”

Debemos al pueblo la verdad en materia económica. Hay que mostrarle la compleja trama de la actual sociedad cuyos hilos ocultos son manejados por

los tiburones del mundo financiero nacional e internacional. Debemos hundir el escarpelo de nuestra crítica en las profundas entrañas del capitalismo imperante. Exhibir sus lacras, disecar sus vicios, descubrir sus falsedades y engaños, es una tarea previa a toda obra constructiva, a toda acción económica autónoma del pueblo trabajador.

En economía como en política, la verdad encuentra muchos más enemigos que en todos los otros campos. “La naturaleza peculiar del asunto de que trata — dice Marx — llama contra ella al campo de batalla a las más violentas, mezquinas y rencorosas pasiones del corazón humano, las furias del interés privado.”

La economía política ortodoxa — esta pseudociencia del egoísmo burgués —, cuyas rígidas fórmulas, cual dogmas petrificados, constituyen los puntales teóricos de la actual organización social, debe ser desmenuzada, pulverizada por la crítica socialista. Al dogma de la iniciativa privada opongamos la fecunda iniciativa colectiva; a la libre concurrencia actual — destructiva en gran parte — opongamos la obra constructiva de la cooperación libre, de la municipalización y la nacionalización de los servicios públicos, de la propiedad colectiva de las grandes fuentes de riqueza y de trabajo. Al dogma de la libertad de trabajo — libertad para explotar sin traba alguna el trabajo humano —, opongamos la organización social del mismo.

Debemos al pueblo la verdad en materia social. Las mentiras convencionales son el velo transparente y vaporoso que envuelve, con su trama de engaño e

hipocresía, la ética oficial dominante. Debemos rasgar su velo, descubriendo la desnudez moral de la actual sociedad. Destruir prejuicios seculares, derrumbar ídolos hasta hoy intangibles, remover la pobredumbre dorada, pasar por el crisol de la crítica todas las sagradas instituciones burguesas — la propiedad, la familia, la religión y el estado —, no con el satánico placer de destruir, sino con el alto y noble propósito de construir una sociedad sobre bases más sólidas, más justas y más humanas: todo esto es obra sana, educativa y constructiva, en el más amplio sentido de la palabra.

Debemos al pueblo la verdad en materia religiosa. Denunciar a todas las iglesias como a imposturas organizadas por las clases privilegiadas, explotando la superstición y la ignorancia del pueblo para mantenerlo sujeto y encadenado al yugo de su esclavitud. Las iglesias oficiales son naturales aliadas de los poderosos; y sus sacerdotes, al par que los gendarmes, son los fieles guardianes de la actual organización social. Libertar al pueblo de la mentira e impostura religiosas es contribuir eficazmente a su emancipación mental.

Tal el deber contraído por los socialistas con el pueblo y consigo mismos. Deber que es método. Y ahí están los resultados para juzgar de la eficacia y bondad del mismo.

Ningún movimiento histórico fundamental fué basado sobre la mentira ni propagado por medio de ella. Puede la impostura reinar sobre la tierra en un tiempo de gran obscurantismo social, pero su reina-

do es efímero y deleznable, y sus fautores asisten al derrumbamiento de su propia obra.

Todos los dominios sociales fueron basados sobre lo que fué verdad en su tiempo. Pero como la verdad obedece a la misma ley universal de cambio y evolución, nuevas verdades sustituyen a las viejas, y nuevos regímenes reemplazan los anteriores.

La mentira crea la ilusión, estado mental grave en el individuo como en la colectividad; y los socialistas, que combatimos las ilusiones del "más allá", hemos de combatir también las ilusiones del "más acá".

La mentira puede conducir a veces al éxito personal; pero es siempre un grave peligro para la obra colectiva.

La verdad, en cambio, es muchas veces amarga y dolorosa, sobre todo para los que la propagan y difunden; pero es siempre una gran palanca para el progreso de las ideas y de los ideales.

Y como el socialismo contribuye, más que a los éxitos personales, a la gran obra de redención humana, debe inspirar su acción cotidiana en las fuentes puras de la verdad histórica y social, servirse de ella y servirla, convirtiéndola en su norma de conducta, en su guía y su método.

Y en la amarga adversidad como en la prosperidad sonriente; en la derrota que abate como en el triunfo que estimula; en el fragor del combate como en la tranquila y trascendental obra educativa; en todos los campos y en todos los momentos de nuestro múltiple y complejo trabajo cotidiano, hemos de cumplir con el sacrosanto deber contraído con el pueblo

de decir la verdad, toda la verdad, sin disfraces que la atenúen, sin circunloquios que la debiliten, sin perifrasis que la hagan innocua: decir la verdad ruda, simple, amarga a veces, siempre bienechora y siempre fecunda, la única conducente al bien, la única que da el triunfo seguro y duradero.

COMO DEBEMOS LUCHAR

La historia nos enseña

Resumen de una conferencia dada el 6 de septiembre de 1896 en el Centro Socialista Obrero, sito en la calle Chille 1159, ante una docena escasa de obreros. Este resumen apareció en el entonces semanario *La Vanguardia* de octubre 24 del mismo año. A pesar de los 25 años transcurridos, esta conferencia, dada en los comienzos de la obra socialista, contiene ideas, sentimientos y previsiones que resultan interesantes ahora en pleno desarrollo del socialismo en el país.

Exponer la táctica socialista y explicarla, es un trabajo que debemos hacer una y otra vez, hasta que el pueblo se dé cuenta exacta de ella, hasta que comprenda su importancia, hasta que vea que solamente junto a la táctica va unido el triunfo; pero mientras la mayoría no sepa cuál es nuestra táctica, o no reconozca su importancia, hay que pasarla y repasarla.

Es lo que me propongo hacer aquí. Pero antes debo echar una ojeada a la historia, para conocer y

apreciar los acontecimientos que ella nos enseña de una manera elocuente.

He ahí, en la antigüedad, la Grecia con sus perpetuas luchas entre los Ilotas y los eupatridas, entre el pueblo y la aristocracia. He allí a Roma con sus sangrientas guerras entre la plebe y los patricios, entre los esclavos y los ciudadanos.

Tampoco faltaron en la antigüedad jefes y caudillos generosos que a costa de su vida y su fortuna defendieron al pueblo. Pero ¡qué cosa rara! casi siempre estas luchas, estas empresas, fueron desastrosas cuando se realizaron por las armas, es decir, por la violencia. Ya en la antigüedad, cuando las masas cambiaban las armas por los medios pacíficos, salieron triunfantes; así vemos que en Roma, cuando la plebe amenazaba con la violencia a la nobleza, ésta no hizo caso de aquélla, porque sabía perfectamente bien lo que valían pelotones de gente sin organización, ni táctica, contra un ejército disciplinado y encabezado por buenos generales. Pero cuando la plebe, en número de 80.000, abandonó a Roma y se retiró al Monte Aventino, entonces la nobleza, viéndose privada de brazos trabajadores, fué obligada a ceder, y la plebe consiguió tener sus tribunos, sus cónsules, etc. Como el pueblo no estaba preparado para la lucha política y no sabía emplearla en su beneficio, algunos caudillos se aprovecharon de esa ignorancia, y, siendo antes sus defensores, se convirtieron pronto en los tiranos del pueblo.

La lucha en la edad antigua acaba con una anarquía espantosa. Aparecen los Calígulas y los Nerones

con sus escandalosos crímenes; mientras que otros pueblos, otras naciones y tribus bárbaras invaden sus estados y se establecen sobre sus ruinas.

Principia un nuevo período, una nueva época para la vida humana, que es la edad media. En esta edad no se presentan luchas abiertas entre el pueblo y la aristocracia sino una lucha sorda y oculta, que a cada paso fué sofocada por la mano férrea de la religión, de un lado, y por la del feudalismo, del otro. En esta edad, el hombre no hizo ningún progreso.

Recién en el principio de la edad moderna la lucha entre el pueblo y la aristocracia toma más importancia, aunque continúa siempre siendo sofocada, no ya por la religión ni por los grandes feudatarios, sino por los monarcas que habían dominado a ambos.

La Francia adquiere en este tiempo gran importancia. Allí aparece el absolutismo, la tiranía horrible, al paso que aparecen también los grandes filósofos con las ideas de igualdad, fraternidad y libertad. El pueblo, el desgraciado pueblo, después de tantos y tantos siglos de sufrimientos y miserias, recoge estas ideas, y la inmensa multitud se lanza a la lucha, como las olas de un mar furioso, a destruir la tiranía secular, convirtiéndose la Francia entera en una carnicería espantosa. La guillotina, la horca, el incendio, el saqueo, fueron los medios empleados por los revolucionarios para introducir las ideas predicadas por los filósofos. Se establece el terror en todo el sentido de la palabra. Los reyes, los nobles, los sabios, van todos a la guillotina; y sucedió más: cuando uno, aunque revolucionario ardiente, se atrevió a expresar que

María Antonieta, a pesar de ser reina, era una mujer buena, que ayudaba a los pobres, fundó hospitales, escuelas, etc., fué declarado defensor del gobierno, y llevado a la guillotina; y cuando vino otro y dijo que se había cometido un crimen degollando a un revolucionario, fué mandado también al cadalso, y la revolución se convirtió así en un inmenso infierno, donde fueron sacrificados millares de hombres.

Se estableció el terror, que era peor aún que la monarquía. Los más grandes revolucionarios fueron sacrificados a la voluntad del pueblo; y Dantón, Robespierre y otros revolucionarios perecieron en la guillotina. Pero el pueblo se cansó de derramar tanta sangre, y de allí surgió el triunfo de la reacción!

La reacción toma cuerpo, aparece Napoleón, y el pueblo, creyendo encontrar en él un defensor contra la anarquía, le da poderes dictatoriales; pero él ambiciona la dominación universal, y la Europa entera se ve envuelta en una guerra horrible que fué marcada con ríos de sangre. ¿Quién pereció en estas guerras? ¿Quién sufrió los excesos de la revolución?... ¿La aristocracia? no; el pueblo, que en vez de encontrar la igualdad, la fraternidad y la libertad que le prometieron, encontró la muerte, la miseria y un yugo todavía más duro que antes.

Estos hechos que acabo de enumerar demuestran que siempre el pueblo luchaba contra la clase privilegiada. Pero, ¿por qué después de tantas luchas el pueblo nunca salió vencedor, a pesar de que la mayoría, y por eso la fuerza, estaba de su parte? Pero eso se explica perfectamente bien fijándose en el modo de

combatir de unos contra otros. Mientras que el pueblo, al sonido de frases conmovedoras, se lanzaba a la lucha sin orden, sin organización y aun sin estar de acuerdo entre sí, la clase dominante le oponía un ejército fuerte, una política hábil y la unión más completa; he ahí por qué el pueblo siempre fracasaba en las tentativas de reclamar sus derechos.

Pero con la época contemporánea, es decir, desde la revolución francesa, principia una nueva era para la eterna lucha entre el pueblo y las clases dominantes. El socialismo acaba de nacer; su origen tenemos que buscarlo en el seno de la revolución misma; aunque ella cometió excesos, no podemos desconocer sus grandes ventajas: trastornó completamente la sociedad antigua, destruyó los privilegios de la aristocracia y de la iglesia, puso en práctica los principios de la libertad, rompió la servidumbre civil y política impuesta por las edades pasadas a los nacidos en la pobreza, ahora elevados a igualdad de estado y con igual derechos que los ricos. En una palabra, la revolución arrancó los privilegios a la aristocracia y al clero; pero en vez de producir el bien común, da lugar a un nuevo estado, que es la burguesía, el cual usufructúa todos estos triunfos, y del tercer estado se forma uno nuevo, que es el cuarto, o el proletariado, que encontró en el nuevo estado condiciones aún peores que las de los siervos antiguos, cuyos señores, o por las leyes feudales y las costumbres religiosas, o por los deberes de patronato y clientela, les prestaban auxilio en casos extremos, en enfermedades o accidentes, mientras el jornalero libre cuenta sólo

con sus fuerzas, y paga además por su metro de tierra o su choza de paja grandes contribuciones y otras cargas comunes. El operario obligado a mantenerse a sí mismo y a su familia con el jornal, viene a ser poco menos que el esclavo del fabricante, su conciudadano; ninguna ley lo asegura de no ser despedido arbitrariamente, si decaer sus fuerzas, o baja el jornal o enferma. El capital ejerce sobre el trabajo una tiranía tan inexorable y sistemática cual nunca la ejerció el hombre sobre el hombre.

Mientras los hechos militares y los grandes sucesos de la revolución y del imperio llamaban la atención hacia afuera, cundían poco y apenas se escuchaban estas quejas. Pero cuando la paz permitió poner de manifiesto los males interiores y el abismo entre las clases desposeídas y las poseedoras, se alzaron muchas voces pidiendo una reforma social, cuya base hallaron unos en el cristianismo y la caridad, otros en ideas filosóficas o en instituciones históricas, pretendiendo demostrar con cálculos la posibilidad de su sistema.

Algunos que observaron todos los hechos de la revolución, el trastorno de la sociedad entera, y el levantamiento de la clase media, constituyendo el nuevo poder la burguesía y la pésima situación de clase obrera, comprendieron que no existía el mal donde lo buscaron; y que mientras no se hiciera una reforma en la base económica de la sociedad, es decir, en la producción misma, hasta entonces todas las reformas serían solamente un cambio efímero, no llegándose nunca a establecer la justicia y el bienestar para la

humanidad. Este fué el socialismo en su embrión, y la Francia, que dió la primera voz de libertad e igualdad, fué también la cuna del socialismo.

Saint-Simón, Fourier y otros fueron los primeros apóstoles del socialismo; pero les faltaba la táctica, desconocían o erraban los medios de llevar a la práctica sus ideas; ellos comprendieron el por qué de la miseria existente, pero no sabían como extirparla. Ellos son los primeros que señalaron el gran abismo entre la clase trabajadora y la poseedora; pero, para nivelarlo, escogieron medios inútiles, y en vez de dirigirse al pueblo, dándole a comprender su situación y el modo de remediarla, ellos se dirigieron a la clase poseedora, a la clase gobernante, propagándoles el amor a la justicia, etc. La burguesía, como todas las clases dominantes, se hizo sorda a esta propaganda, mientras que las condiciones de vida del obrero iban empeorando de día en día. El socialismo en sus comienzos no ganaba mucho terreno, porque le faltaban bases sólidas. También le detuvo mucho en su marcha el comunismo, que por aquel entonces apareció, y que propagaban, después de Babeuf, sus discípulos en discursos y periódicos; un comunismo primitivo e irrealizable, que pronto se desacreditó y murió.

Al fin el socialismo adquiere una base sólida gracias a los trabajos científicos de Marx y Engels; las filas socialistas se engrandecen considerablemente, formando un nuevo partido poderoso y organizado, frente a la burguesía.

¡He aquí un resumen rápido del socialismo! Ahora veremos cuál es la táctica, que adoptó este nuevo par-

tido. Después de haber observado tantas derrotas sufridas por el pueblo, sojuzgado por una minoría de burgueses, los socialistas se creyeron obligados a buscar el baluarte donde se encuentran las fuerzas de esta minoría, para apoderarse de él y destruirlo luego junto con el dominio de la burguesía.

Este baluarte fué hallado en los parlamentos donde se dictan las leyes contra la clase obrera, donde se votan impuestos, donde se establecen milicias armadas, marítimas y terrestres, todo para defender los intereses de la clase poseedora, y donde la burguesía se creía inexpugnabile.

Los socialistas comprendieron que para arribar a estos centros de fuerza, y para que el pueblo los conquiste, es necesario que sea consciente, que comprenda la importancia de llegar a tener este poder en sus manos. Entonces los socialistas se encargaron de esta obra tan difícil, de hacer consciente políticamente al pueblo, de demostrarle dónde existe el mal y cómo combatirlo, para realizar todo lo cual es necesario la unidad del pueblo, es decir, su organización.

He ahí al socialismo, y he ahí su táctica, lenta, pero segura; y aun no sería tan lenta si la clase trabajadora no tuviera en su seno un enemigo intestino, que son los anarquistas, quienes con frases excitantes se dirigen al sentimiento del pueblo, y no al juicio (y desgraciadamente el primero es más desarrollado que el segundo), propagando la violencia, el incendio, el saqueo, etc. Estos "amigos" del pueblo olvidan las funestas consecuencias de tales tentativas: olvidan la revolución francesa, olvidan la del año 30,

y la del 48 y olvidan la Comuna! Y aun suponiendo que hoy mismo el pueblo saliera vencedor de la pretendida revolución anarquista, ¿qué sucedería, no estando el pueblo preparado para ello? Aparecería otra vez el terror, y la reacción conservadora después.

Es necesario que antes de la revolución o transformación social, se opere una revolución intelectual; que el pueblo comprenda a dónde va, y por dónde debe ir.

Y ésta es nuestra obra, compañeros, penetrar en las masas del pueblo, propagar nuestras doctrinas, organizar la clase obrera, y enseñarla a luchar, atacando a la burguesía en el terreno económico por medio de las huelgas, y en el terreno político enviando nuestros representantes a los parlamentos para apoderarnos de esa fuerza tan poderosa de que dispone la burguesía, y estrecharla cada día más, hasta que sea absorbida por las grandes masas obreras.

Compañeros: nuestro triunfo es solamente cuestión de tiempo; tarde o temprano, según las circunstancias y según las leyes generales que rigen la sociedad, llegará el día grandioso en que no habrá oprimidos y opresores, y en el cual toda la humanidad se dará la mano de fraternidad y amor y vivirá bajo el cetro de la libertad y el saber.

LIBRARY OF THE
INTERNATIONAL WORKERS ORDER

SINCERIDAD

Las ideas triunfan y se imponen a los hombres, no solamente por su virtud intrínseca, por su razón de ser histórica y social, sino por la manera cómo ellas se difunden y esparcen, cómo y en qué forma se las propaga, por el tono de verdad, de sinceridad y de profunda convicción de sus apóstoles y defensores.

El materialismo histórico, teoría unilateral en sí y además mal comprendida y peor digerida, ha sembrado una lamentable confusión en muchos cerebros. Según esta teoría, el progreso humano sería debido más a los descubrimientos e inventos técnicos que al desarrollo de las ideas y de los sentimientos. El hombre, ser complejo, sensible y pensante, cede su lugar a la máquina inventada por él mismo. Todo está regido por el modo de producir de los pueblos. Ciencia, ética, estética y religión. La base económica de la historia domina todas las fases de la vida humana. Para los defensores de esta teoría exclusivista, el progreso se reduce a una fórmula simple y esquemática: tantas máquinas, tantos inventos, tantos descubrimientos, tanta

riqueza material acumulada y tanto progreso. Los sentimientos, los pensamientos, las ideas no tienen valor real y apreciable. Lo primero puede ser pesado, medido y valorado por unidades conocidas: fuerzas de caballo, kilos, metros, litros, pesos oro, etc., y para lo segundo no hay medida ni valor. El cerebro está así subordinado a la materia bruta; el hombre resulta ser esclavo de su herramienta.

Craso error sería el materialismo histórico si fuera tan rígido y estrecho en sus conceptos. Como toda ley histórico-social, tiene que ser flexible y amplia. Lo que llamamos "progreso" es obra exclusiva de los hombres. Ellos inventaron el fuego, aprendieron a forjar el hierro, domesticaron a los animales y cultivaron la tierra; y si fué la especie humana la que, aun en la infancia, planteó los jalones fundamentales de su propio progreso, y no ninguna otra especie animal, es por el predominio de su cerebro, de su inteligencia sobre las demás cosas animadas e inanimadas. Es el triunfo del espíritu sobre la materia.

La idea es la directriz de la historia universal, como también a su vez es el reflejo del mundo material. Los sentimientos son las bases fundamentales de la vida psíquica y moral de los pueblos, como los descubrimientos e inventos son las bases de su vida técnico-económica. Las sociedades existen y viven, no solamente por sus lazos materiales, sino, y principalmente, por sus lazos intelectuales y morales. Los grandes movimientos sociales é históricos, en el fondo responden tanto al desarrollo de las nuevas ideas y sentimientos co-

mo a los factores económicos. Las vastas corrientes ideológicas arrastran a los hombres a cambiar seculares instituciones, a revolucionar su vida económica y política. Desdeñar, pues, a las ideologías en nombre de un materialismo exclusivo, es pretender subordinar el espíritu a la materia.

Una de las fuerzas inmanentes de las ideas es la sinceridad. Instrumento poderoso de convicción, es el verdadero talismán del triunfo. La sinceridad es un sentimiento íntimo, profundo, misterioso, la esencia misma de la vida ética del hombre; ella se impone, subyuga, convence. Oid a un orador: puede ser elocuente, ampuloso, arrebatador; puede exponer magistralmente nobles ideas y grandes ideales; pero si en su discurso o exposición no hay sinceridad, esta nota íntima, impalpable e invisible como un fluido misterioso, vosotros en seguida lo sentís. Os deja frío. En el fondo no os convence. Lo que él os dice es razonable, lógico, justo; pero quien os lo dice no lo siente profundamente; no es sincero, y un vacío flota alrededor vuestro. Parece que faltara lo fundamental. Falta la sinceridad. Oid a estotro: es sencillo, ingenuo, simple. Expone ideas elementales y su lenguaje es casi vulgar. Pero el tono sincero de su discurso os subyuga, domina y convence. Hay en él una fuerza, una potencia ignota al servicio de la idea, y es la sinceridad.

¡Cuántas veces el mismo error no os impone respeto, si es profesado sinceramente!

Muchas doctrinas falsas y erróneas triunfaron, debido principalmente a la profunda sinceridad de sus

propagandistas. El cristianismo primitivo es el ejemplo más típico que registra la historia. Nadie duda de las convicciones y la sinceridad de sus primeros apóstoles. Y fueron ellos quienes lo impusieron. La ingenua sinceridad del analfabeto Pedro el Pescador, vale más que la ciencia astuta de Pablo de Tarso. Jesús, como símbolo, es la sinceridad personificada.

¡Y cuántas doctrinas sanas, ideas nobles y sentimientos generosos fracasaron, debido a que sus adeptos no poseían la sinceridad suficiente para llevarlos a cabo!

La mejor propaganda es el ejemplo. Y para dar el ejemplo hay que poseer una gran dosis de convicción y sinceridad. Para propagar ideas de justicia y de verdad, hay que empezar por ser justo y verdadero. Para convertirse en apóstol de la equidad social, hay que ser equitativo y noble. Para reprobar y condenar la explotación del hombre por el hombre, hay que dejar de explotar. El ser humano que reuniera tales condiciones, sería el modelo viviente de la sociedad futura. Más vale un solo hombre de éstos que una legión de charlatanes que tienen siempre la boca llena de palabras grandilocuentes, pero el corazón vacío y el cerebro estéril.

Mucho más respetable es un enemigo sincero que un amigo hipócrita. La sinceridad es una cualidad humana tan grande y noble, que santifica casi las causas malas.

Profundo respeto han de merecernos los religiosos sinceros, y siempre despreciaremos a los mentidos liberales.

Viles e hipócritas son todos aquellos que proclaman grandes principios sociales y su vida privada contradice todo lo que dicen y sostienen.

¡Cuántos son los que vociferan contra la Iglesia, y en ella realizan su matrimonio; los que dicen pestes de los frailes, y hacen bautizar por ellos a sus hijos!

¡Cuántos son los que vociferan contra la ley, y ellos mismos son leguleyos de la peor especie; los que a cada momento glorifican y proclaman la anarquía, y ellos mismos son mandones y autoritarios!

A todos éstos les falta sinceridad, y por eso se refugian cómodamente en el materialismo, justificando sus deformidades morales por esa especie de fatalidad histórica.

Los hombres son malos, asesinan, roban, engañan, mienten, traicionan y explotan, porque así los obligan los factores económicos. El hombre, como ente moral, desaparece. Queda la bestia humana, que obedece a las fuerzas ciegas del medio ambiente.

Grave error es este concepto unilateral de la vida. Por él se explicarían y justificarían las más grandes aberraciones y monstruosidades humanas.

El movimiento social contemporáneo carece aún de una ética nueva; y tal vez ahí está su lado débil. Y no porque se le ha desdeñado, sino porque se ha considerado a la ética como una cosa supérflua e inconducente.

Hay que ir formando la ética del porvenir. Para reformar la sociedad, hay que reformar también al hombre. El progreso técnico y económico no es todo el pro-

greso. ¿Para qué sirve el aumento de salario, si se lo malgasta en el juego y en el alcohol? ¿Para qué sirve la jornada corta, si las horas restantes se las pasa en la taberna o en el prostíbulo, y no en la biblioteca y en la universidad popular?

Hombres sanos de cuerpo y de espíritu se necesitan. A formarlos, pues.

Una de las bases fundamentales de la nueva ética ha de ser la sinceridad.

INFERIORIDAD BIOLÓGICA

E INFERIORIDAD SOCIAL

Nuestros adversarios creen hacernos una objeción fundamental negando razón y justicia a nuestra obra de reivindicación social, afirmando que dentro de la actual sociedad no existen clases: que todos somos iguales ante la ley; que desde la declaración de los Derechos del Hombre la igualdad humana fué definitivamente conquistada y asegurada. Según ellos — nuestros adversarios—, los que hablamos de las desigualdades presentes, de la lucha de clases, de las modernas reivindicaciones del proletariado, cometemos un grave error teórico y propagados un gran peligro práctico.

Parécenos pueril discutir la bondad y la realidad de las fórmulas escritas de libertad, igualdad, fraternidad. Sería perdernos en la estéril discusión de una metafísica inútil.

Veamos la constitución real de la sociedad; analicemos sus distintas clases, prescindiendo en absoluto de la ley escrita; apliquemos el método positivo al estu-

dio de los fenómenos sociales y veremos cuán falaces son las objeciones de nuestros adversarios.

La desigualdad social de la actual sociedad se manifiesta en la inferioridad biológica de las clases pobres. Inferioridad demostrada por la estadística, único método positivo en el estudio de los fenómenos históricos y sociales.

El desarrollo individual y colectivo de los proletarios se hace en condiciones muy desventajosas; los niños de los pobres mueren en proporción mucho mayor que los niños de los ricos; el proletario adulto vive menos años que el rico, su estatura es más pequeña, pesa menos, tiene menos fuerza muscular y menor resistencia vital.

“En cada clase social — dice Justo en Teoría y Práctica de la Historia — la mortalidad infantil es inversamente proporcional a sus recursos. En todas las ciudades, en todos los países, a la madre pobre, por grande que sea su cariño, la muerte le arrebató más hijos.”

En el primer distrito de Viena, habitado por ricos, la mortalidad de los niños de pecho fué, en el año 1891, de 14 por 100, mientras que en los distritos pobres se elevó a 40'7 y 42'9, es decir, casi el triple. En los barrios obreros de Berlín, durante los años 1876-1885, murieron de 34'1 a 36'2 por 100 de los niños menores de un año, y en los barrios ricos de 22 a 24'4 por 100. Se creería que la gran mortalidad infantil entre las clases pobres produce una verdadera selección, asegurando la salud y la vida de los sobrevivientes. Pero aquí también la estadística demuestra lo contrario. La vida

media de los pobres es mucho más corta que la de los ricos. En Hungría, durante el período 1874-81, la edad media de los fallecidos de más de cinco años fué de 41 años y siete meses para los pobres e indigentes; de 46 años y un mes para la clase media y de 52 años para los ricos. De las estadísticas de Inglaterra, durante los años 1880-82, resulta que de cada 1.000 personas de las ocupaciones siguientes murieron: clérigos de 25 a 45 años, 4'64, y de 45 a 65 años, 15'93; abogados para la misma edad, 7'54 y 23'13, y trabajadores en general, 20'62 y 50'85 respectivamente.

Para la ciudad de Buenos Aires, el doctor Justo, estudiando y compilando las estadísticas municipales, obtuvo los siguientes resultados: en 1904 la mortalidad general era de 16'73 por 1.000, que descompuesto según los distintos barrios de la ciudad, da para los dos barrios pobres una mortalidad de 19'21 por 1.000 y para los barrios ricos 13'91. Eliminando toda causa de error, Justo llega a las siguientes conclusiones: "que en la circunscripción 15ª la mortalidad es de 17'61 por 1.000, que no baja de 14'01 por 1.000 en la 4ª (Boca), que es de 13'55 en el barrio pobre de San Carlos Sur; mientras que en las circunscripciones 13ª y 14ª, distritos ricos del centro, la mortalidad desciende a 10'59 y 10'33 por 1.000 respectivamente, y no pasa de 9'75 por 1.000 en el aristocrático barrio del Socorro (20ª circunscripción)". Es decir, que en Buenos Aires, en el barrio pobre de San Bernardo, muere doble número de personas por 1.000 que en el barrio rico del Socorro.

Por otra parte, el estudio del desarrollo físico de los

jóvenes varones ricos y pobres hecho en una gran ciudad italiana da los siguientes resultados: edad, ocho años: el pobre pesa 20'5 kilos, mide 1'15 metros de estatura y desarrolla una fuerza muscular de 28 kilos; el rico pesa 22'7 kilos, mide 1'22 metros y desarrolla una fuerza muscular de 35 kilos. Edad, 19 años: el pobre pesa 46'7 kilos, mide 1'56 de estatura y tiene una fuerza muscular de 82 kilos; el rico pesa 57'5 kilos, mide 1'68 de estatura y desarrolla 140 kilos de fuerza muscular. Salto las edades intermedias, porque los extremos del cuadro dan una idea exacta de la inferioridad fisiológica de los pobres. Estudios hechos en otros países llegan a las mismas conclusiones. Las causas de esta manifiesta inferioridad biológica de los pobres las expresa Justo en estas palabras concisas e irrefutables: "Las fatigas tempranas y excesivas, el mal ambiente de vida y de trabajo, la alimentación mala o escasa, estrechan el campo del desarrollo posible de los individuos". "Luchan los proletarios hasta el fin con circunstancias históricas adversas que nada tienen que ver con su propia y originaria aptitud biológica; y debilitada su resistencia a los agentes de enfermedad y muerte, para ellos más asiduos y numerosos, sucumben más pronto. Según lo que se tiene y lo que se hace, así es la duración media de la vida".

Ante la realidad sombría y desconsoladora de la inferioridad biológica de la gran masa del pueblo, expresada en números, peso y medida, ¿qué valen las bellas frases de una mentida igualdad, las libertades ilusorias de la ley escrita, la hipócrita fraternidad que

aun mantienen a los hombres divididos en dos grandes clases, ricos y pobres!

Las falacias de nuestros adversarios quedan reducidas así a la nada. Ninguna objeción puede hacerse a la viviente realidad.

¿Cómo remediar el mal? ¿Cómo se puede elevar el nivel de vida del pueblo? ¿De qué modo puede atenuarse la inferioridad biológica, causa y efecto de su inferioridad social? Lejos de nosotros el rancio dogma de la "ley de bronce de los salarios", según la cual el proletariado apenas gana el *mínimum* necesario para alimentarse y procrear. Si por desgracia resultara exacta la tal "ley" y la "misericordiosa" fuera su consecuencia fatal, nada tendría que hacer el pueblo, sino aceptar resignadamente la fatalidad de su ruína y aniquilamiento, formulada ya antes en una "ley" por Malthus, que hace digno *pendant* con la "ley de los salarios".

Felizmente, la estadística ha demostrado la falacia de las tales "leyes". En todos los países civilizados el proletariado organizado en el triple terreno, sindical, cooperativo y político, ha conseguido la creciente elevación de su nivel de vida. La jornada de trabajo se ha acortado, aproximándose a la jornada normal de ocho horas; los salarios reales han subido; las condiciones higiénicas de los talleres y las viviendas van mejorando; la legislación protectora del trabajo es un hecho universal, y todo tiende a la elevación biológica de las masas obreras.

Estando la salud y el bienestar del pueblo en proporción directa con los medios materiales de vida de

que dispone, todo lo que tiende a aumentar estos "medios materiales" contribuye poderosamente a su emancipación, y todo lo que tiende a restringirlos contribuye a mantener al pueblo en estado de inferioridad.

En nuestro país la política impositiva del gobierno, que ya fuera por rutina, por ignorancia o por brutalidad, se convierte en verdadera extorsión fiscal, gravando con altísimos impuestos los alimentos, el vestido y la habitación del pueblo, y dejando casi libre de todo gravamen la renta del suelo, contribuye a mermar el salario real del obrero y mantener su inferioridad biológica.

La política inteligente y fecunda del partido socialista se aleja cada vez más del revolucionarismo retórico y verbal, que se paga de grandes fórmulas, pero que están vacías de todo contenido práctico y real.

El "bienestar mensurable" del pueblo se obtiene mediante reformas graduales y mejoramientos paulatinos y progresivos. Las ilusiones son peligrosas para el pueblo; y no hay peores ilusiones que las que lo hacen creer en la posibilidad de su emancipación brusca y milagrosa.

Más contribuyen a la verdadera elevación del pueblo los que mediante la cooperación consiguen que el pan, el arroz y el jabón sean más baratos y de mejor calidad, que todas las promesas de un futuro paraíso terrenal.

Más contribuyen a la verdadera obra internacional de emancipación proletaria los que se empeñan en la abolición de los impuestos de aduana y en la libre circulación de las cosas como de las personas, en el

mundo, que todas las vociferaciones antipatriotas y todos los insultos dirigidos a la bandera.

La clase obrera no está para aventurados ensayos ni experimentos sociales. Hay que trabajar por la creciente elevación de su nivel de vida. ¡Que desaparezca cuanto antes su inferioridad biológica, principal causa de su inferioridad social, y se habrá contribuido a que haya entre los hombres más Libertad, más Justicia y más Igualdad!

HIGIENE SOCIAL

Problema arduo y complejo es el de la salud. En todos los tiempos y lugares fué y es la preocupación dominante de pueblos y gobiernos. El don supremo de los hombres es la salud. Todos los problemas económicos, políticos y sociales podrían reducirse a esta simple fórmula: conservar y perfeccionar la salud. Vivir una vida higiénica, sana e inteligentemente vivida; no padecer enfermedad física ni moral alguna; dejar una descendencia numerosa, robusta e inteligente; morir de vejez, satisfecho y tranquilo de la misión cumplida, es el gran ideal individual y colectivo. *Mens sana in corpore sano*, decían ya los antiguos, comprendiendo claramente la importancia decisiva que el vigor físico tiene sobre el desarrollo intelectual. Y en verdad que no se equivocaban. Pueblos sanos, fuertes, robustos, son pueblos capaces de un gran desarrollo ético y mental; y pueblos enfermos, débiles y decrepitos, jamás pueden aspirar a ello. Por eso el problema de los problemas es, sin duda, el de la conservación de la salud.

¿Son las condiciones modernas de vida y trabajo propicias para el cultivo de la salud? El trabajo, la ali-

mentación, el vestuario, la vivienda de la inmensa mayoría de los hombres, ¿reunen las exigencias más elementales prescritas por la higiene? ¿El progreso de las ciencias médicas ha disminuído, en realidad, las enfermedades, mejorando la salud de las masas laboriosas? Veamos un poco.

El regimen capitalista, con su intensiva producción industrial, la aglomeración de grandes masas obreras en sitios estrechos e insalubres, la formación de grandes centros urbanos, la larga jornada y el exiguo salario, la introducción de la mujer y el niño en la fábrica y el taller, han determinado un descenso alarmante en la salud del pueblo. El vigoroso campesino de antaño es el enfermizo proletario de hoy. La raza va degenerando en sus mujeres y niños. Enfermedades desconocidas, o muy poco conocidas en la antigüedad, hacen verdaderos estragos en el seno de la clase obrera. El alcoholismo, la tuberculosis, las enfermedades venéreas, la neurastenia y la dispepsia son productos legítimos y genuinos del industrialismo moderno. Exceso de trabajo, insuficiente y adulterada alimentación, estrecha e insalubre vivienda, falta de aire, luz y sol, donde se hacinan en espantosa promiscuidad hombres, mujeres y niños, son los únicos factores de la morbosidad y mortalidad del pueblo obrero. Las ciudades industriales y populosas ofrecen otros graves inconvenientes para la salud del pueblo. Grandes barrios habitados por el proletariado están aún en un abandono lamentable. Los beneficios de las obras públicas, las cloacas, las aguas corrientes, el adoquinado y el alumbrado, no han alcanzado a muchos de nuestros suburbios. Las in-

mundicias y los excrementos acumulados en las viviendas, el agua de pozo o aljibe, las calles cenagosas e infectas, son una maldición para sus pobres moradores. Y cuando el obrero abandona su tugurio para ir a la fábrica, ésta tampoco es un modelo de limpieza, higiene y amplitud. La fábrica corre parejas con el conventillo. Las autoridades edilicias poco se preocupan de tales cosas. Quien más sufre las consecuencias de la mala vivienda y de la insuficiente y adulterada alimentación, sobre quien más pesan todos los horrores y calamidades de la organización actual, es la infancia, la débil, indefensa y desvalida infancia.

Pregúntese a las mujeres del pueblo, a las valientes madres, fecundas y heroicas hasta el sacrificio, cuántos hijos han tenido, y os contestarán: diez, doce, catorce, etc. Y pregúnteseles también cuántos viven, y con tristeza y resignación os responderán: dos, tres, cinco a lo más. Realmente, es horripilante la hecatombe de niños del pueblo en holocausto del dios Capital. ¡Y los que sobreviven! Espanta contemplarlos. Son precoces, escuálidos, raquíuticos, anémicos y escrofulosos. Abandonados desde la más tierna infancia—pues los padres tiene que trabajar duro para ganar el pan de cada día—, se revuelcan en la inmundicia y la suciedad del conventillo; y andrajosos y harapientos, en eterna promiscuidad con gatos, perros, etc., viven y se educan en las calles del barrio, donde degenera su cuerpo y se degrada su espíritu.

Y aun son felices el tiempo que corren libres por las calles de la ciudad. Pronto los engranajes del capitalismo los arrastrarán también a ellos, pobre-

bitos. La iniquidad patronal se ceba cruelmente en estas criaturas, porque son más débiles e indefensas. Los grandes protestan, se rebelan; los niños no. ¡Y ahí va la dantesca procesión de niños inmolados por la atroz iniquidad de los ricos y de los potentados de esta tierra! Las enfermedades son sus compañeras constantes. Tuberculizables, se tuberculizan rápidamente. Y concluyen prestando su escuálido cuerpo a los experimentos de una ciencia presuntuosa que poco o nada ha hecho aún en beneficio de los explotados.

¿Puede la vieja medicina clásica aliviar en algo, si no remediar, tanto mal? ¿Cuál es la receta social que nos ofrecen académicos rutinarios, profesores sin ciencia, médicos que, como el de Molière, purgan, sangran y ponen clisterios? Las clínicas, los laboratorios, los hospitales y los asilos, son simples paliativos. Buscar un suero milagroso, especie de panacea universal, es una ilusión peligrosa y vana, pues desvía el criterio popular del verdadero camino que conduce a la salvación de su salud. Y los graves académicos, profesores y médicos, se pierden en un mar de errores y conjeturas, no atinando en hallar la verdadera solución del problema: el de la conservación de la salud.

Ocioso y ridículo fuera pretender curar grandes males colectivos aliviando en algo la suerte del individuo enfermo. Sin desconocer la importancia, la necesidad y la urgencia de socorrer al enfermo, de intervenir rápida y eficazmente en todos los accidentes del trabajo y de la vida, afirmamos categóricamente que esta acción de la medicina es pequeña e insignificante al lado de aquella otra que trata de evitar las enfermedades

y los accidentes. Muy meritoria y plausible es la acción del médico que cuida y salva el tifoideo que contrajo su enfermedad bebiendo agua infecta del pozo. Pero mucho más importante y eficaz sería su acción social evitando que se bebiera agua infecta. Nadie negará la utilidad del cirujano que sabe arreglar y curar bien la fractura de una pierna de un albañil que cae de un andamio, devolviendo a la familia y a la colectividad un miembro útil y sano. Pero ¿quién puede comparar esta acción con aquella otra que tratara que los albañiles no caigan de los andamios, construyéndolos en perfectas condiciones de seguridad? ¡Compárese la acción de una liga contra la tuberculosis, que, inspirada en los mejores sentimientos altruistas y humanitarios, reparte creosota, guayacol y aceite de hígado de bacalao, con la acción social de otras ligas que tratan de mejorar las condiciones de trabajo, la alimentación y la vivienda del pueblo trabajador! Los ejemplos podrían multiplicarse al infinito. La vieja y clásica medicina que cura el síntoma sin buscar la causa, está en completa bancarrota. Tratar al individuo enfermo, dejando intactas las causas sociales productoras de la enfermedad, es reducir la acción de la medicina a un campo estrecho e ineficaz, ventajoso tal vez para médicos y boticarios sin conciencia ni pudor.

Felizmente, nuevas tendencias se dibujan en el horizonte de las ciencias médicas. La terapéutica cede su lugar a la higiene. Prevenir la enfermedad, impedir el accidente, evitar las causas sociales de la degradación de la salud, es el ideal de la higiene moderna. Alcoholismo, tuberculosis y sífilis no se combaten con re-

medios, sino ennobleciendo el trabajo, mejorando la alimentación y la vivienda, haciendo posible la formación de un hogar sano y honesto a la inmensa legión de solteros y solteras.

La medicina, o ha de ser una fecunda ciencia social que abarque, estudie y resuelva complejos problemas de higiene y salud, o continuará siendo un empirismo rutinario y estéril para honra y gloria de académicos fósiles y rutinarios.

La higiene social debe ser una ciencia eminentemente popular. El proletariado, que paga la más fuerte contribución a todas las enfermedades, es bueno que conozca los medios eficaces para conservar y perfeccionar la salud, supremo don de individuos y pueblos.

EL DESARROLLO DEL SOCIALISMO

Si se recapitula la historia del desarrollo del socialismo en la Argentina, se observa en seguida que su progreso está íntimamente vinculado a los medios de propaganda oral y escrita — vehículos mediatos e inmediatos de la idea y del pensamiento — de que el partido dispone, a los recursos materiales y a los instrumentos técnicos que posee.

Un pequeño grupo de hombres, inspirado en un alto ideal humano, vinculado y solidarizado en el común deseo de difundirlo, había sentido la ineludible necesidad de tener un periódico: de ahí nació *La Vanguardia*. Desde su aparición fué una herramienta útil en manos hábiles que la manejaran. La palabra escrita estaba al servicio de una gran idea, de un gran principio. Y a medida que el grupo primitivo crecía, y se desarrollaba y progresaba su obra, lógica y fatalmente debía crecer, desarrollarse y progresar *La Vanguardia*. En efecto, así sucedió.

En los comienzos de la obra la propaganda oral y escrita fué de índole doctrinaria. Había que afirmar el principio teórico, había que consolidar el método. Fue

ron los tiempos heroicos del socialismo argentino. Por falta de recursos pecuniarios para alquilar salones, las plazas públicas se convirtieron en tribunas socialistas. Los "sermones laicos" se pronunciaban todos los domingos al aire libre, bajo el inmenso cielo azul. Oficiaban de sacerdotes obreros del músculo y obreros del cerebro. Un verdadero y profundo espíritu religioso animaba a los primeros apóstoles. La fe absoluta en el porvenir de la obra emprendida y un entusiasmo ilimitado, fueron puestos al servicio de la ejecución de la misma. Inútiles fueron el desdén, la burla, el desprecio y la persecución. Y como los primitivos cristianos, los socialistas del mundo entero, como los argentinos, cuanto más encarnecidos, más tenaces y decididos se mostraron en la difusión de la "buena nueva".

Empero al lado, conjunto y paralelamente a la obra teórica, doctrinaria e idealista, los fundadores del socialismo argentino cimentaron la obra práctica de todos los días. De aquellos tiempos data la organización de los gremios obreros, de la Biblioteca Obrera, de la Sociedad Obrera de Socorros Mutuos, de la Sociedad "Luz"; y las primeras tentativas de cooperación libre. Fué y es la característica de nuestro partido su doble faz: teórica y práctica, positiva e idealista. Y a medida que el partido crecía, progresaba y se desarrollaba, se robustecían también los medios de propaganda, sus instrumentos de trabajo.

La primera etapa del socialismo argentino duró una década: desde 1894, año de la aparición de *La Vanguardia*, hasta 1904, año de la elección del primer diputado socialista. Fueron diez años de rudo trabajo,

de propaganda y afirmación. Trabajo oscuro y anónimo de continuo batallar contra la hostilidad ambiente, contra la indiferencia e ignorancia de la masa, contra la persecución gubernamental.

Empero fueron años fecundos en todo sentido. Se ha realizado el trabajo elemental y por lo mismo fundamental. Esta década constituye "la vieja y gloriosa tradición" del Partido Socialista.

La elección del primer diputado socialista inaugura la segunda etapa, no menos gloriosa y fecunda, y cuya característica es la incorporación del socialismo a la vida parlamentaria del país. Tal hecho debía lógicamente influir sobre la táctica del partido. Del terreno teórico debía descender más aun al terreno práctico, dando preferencia a los problemas inmediatos y locales. Desde esta época data también la aparición de *La Vanguardia* diario, pues el periódico ya era insuficiente para las necesidades cotidianas del partido. También el carácter de nuestra hoja ha cambiado: de teórico y doctrinario se transformado en un órgano de lucha y combate, de defensa y ataque, y en un órgano noticioso.

La expansión del socialismo fué grande en esta segunda etapa que abarca el período 1904-1912. Pero la reacción de las clases conservadoras y de los políticos sin escrúpulos fué también muy intensa. La ley electoral que permitió la elección del primer diputado socialista fué modificada en sentido reaccionario. El Partido Socialista y la clase obrera sufrieron varios estados de sitio. El fraude, la violencia y la venalidad alcanzaron formas desconocidas anteriormente y en flagrante

contraste con la naciente y ya vigorosa conciencia política del pueblo trabajador. El partido recibió golpes reacios que hicieron crisis en el año del centenario con la destrucción de *La Vanguardia*. La ley de residencia y la de orden social datan también de aquella época. Los enemigos del socialismo creyeron aniquilarlo destruyendo sus medios materiales de lucha y propaganda. ¡Vana y estéril tarea! El Partido Socialista ya había echado hondas raíces en el sentimiento y en la conciencia del pueblo. Y cual el fénix de la leyenda, renació de sus propias cenizas.

Entonces las clases dirigentes comprendieron que la violencia de arriba era un recurso detestable, engendradora de la violencia de abajo. Se comprendió que valía más conceder la libertad electoral que reprimir, cada seis meses, una huelga general. Y vino la nueva ley electoral, y vinieron los triunfos socialistas y vino como consecuencia lógica y como necesidad indispensable la transformación de *La Vanguardia*, nuestro mejor y más útil órgano de combate e instrumento de trabajo.

¡Y hemos transformados en todo sentido! El insignificante grupito de antaño, se ha convertido en el gran partido político de hoy, y la hojita semanal de los tiempos heroicos transformada en un gran órgano cotidiano.

Es la nueva y tercer etapa que comienza con el año 1912. El pueblo de la capital, permeable cual ninguno a las nuevas ideas e ideales, ha afirmado su soberana y consciente voluntad depositando su confianza en el

único partido orgánico y de programa que existe en el país.

Somos ya una gran fuerza coherente y disciplinada, forjada en el yunque de la adversidad y el triunfo. La nueva etapa nos crea nuevas, graves y grandes responsabilidades. En el porvenir la lucha será más consciente y más fecunda, pero también más áspera y ruda. Las clases conservadoras se aprestan al combate. La lucha se polariza. Y pronto seremos solos contra todos: el Partido Socialista contra todas las fuerzas reaccionarias coaligadas.

Grande y grave es nuestra misión histórica. Ardua y difícil la tarea. Con frecuencia, áspera y amarga la lucha. Pero en los momentos más difíciles, recordémonos de nuestros modestos y oscuros comienzos, de lo que fuimos, de lo que somos y de lo que seremos, e inspiremos nuestra acción en las puras y cristalinas fuentes de nuestra "vieja y gloriosa tradición".

LAS PASIONES

Los sibaritas de todos los tiempos y países, que en la vida no ven más que perpetuos goces, perfectas armonías y paz y tranquilidad para su propio bienestar físico y moral—y para quienes el mundo tiene siempre color de rosa—, se escandalizan horribilmente, poniéndoseles los pelos de punta ante todo conato de lucha, ante la más mínima perspectiva de combate que pueda agitar y enconar, remover y exaltar las hondas pasiones del ser humano: la lucha por el pan y el amor, por la justicia y la libertad.

¿Cómo? ¿Acaso hay quien se atreva a sacudir la pereza intelectual de la mansa grey, arrancarla a la modorra secular y lanzarla en la vorágine de la acción? ¿Acaso es lícito a alguien despertar las fuerzas dormidas de las pasiones infernales y desencadenar a Prometeo, dejando libre juego a sus insensatas inspiraciones y a sus deseos perversos? ¿Dónde encontrar al titán capaz de sofrenar a la bestia humana en su loca carrera en pos de la Quimera y en busca del país de la Utopía?

Hay que matar en germen las pasiones, fuerza im-

pura que perturba la paz de mundo. Hay que exterminar a sangre y fuego a los sectarios que quieren resucitar de sus propias cenizas, cual fénix de la leyenda, a las pasiones aletargadas. En nombre de la armonía universal, hay que levantar una colosal hoguera y arrojar en ella las carnes vivas y palpitantes de fecundos deseos y de ansias generosas, dejando los fríos esqueletos cual mudos fantasmas faltos de calor y de vida, sombras de seres que fueron.

¡Hay que matar las pasiones! Tal el grito de guerra. Grito angustioso y archiseccular, lanzado en los albores de la vida humana, cuando apenas se bosquejaron las primitivas e informes divisiones entre los hombres, cuando se cimentaron sus primeras y fundamentales instituciones: la Propiedad, la Familia y el Estado.

La pasión, fuerza central de la vida, omnipotente palanca de la acción, hubo de mover a los hombres, en el tiempo y en el espacio, a la conquista de su bienestar y felicidad. Los oprimidos de todos los países y de todas las épocas agitáronse y lucharon agujijoneados por hondas pasiones humanas. Rebeliones sangrientas de esclavos, crueles alzamientos de siervos, homicidas luchas religiosas, guerras y revoluciones, en una palabra, la trama misma de la Historia, su fuerza dinámica, ¿no fueron acaso engendrados y movidos por la pasión fundamental de la vida, el hambre y el amor? Hambre de pan y de justicia, amor a la prole y a la libertad.

Por eso los privilegiados de todos los tiempos declararon guerra a muerte a la pasión, persiguiéndola y acorralándola cual bestia feroz. Sus filósofos negaron-

la a la plebe; sus sacerdotes maldijéronla, en nombre de su dios, como a la fuerza impura que pervierte a los hombres; como al principio mismo del mal. Y caldalos y hogueras funcionaron para concluir de una vez con la maldita y siempre renaciente pasión.

¿Consiguieron matarla sus enemigos? ¿Murió la pasión, fuerza central de la vida? ¿Pero acaso los que la persiguieron y persiguen no están movidos a su vez por enormes pasiones? ¿Cómo podrían matarla los que por ella están aguijoneados, los que en ella toman su fuerza? Opresores y oprimidos, defensores del orden establecido y audaces innovadores, bárbaros tiranos y abnegados revolucionarios, mártires y santos, apóstoles y filósofos, todos obraron y obran bajo la presión de fecundas o impuras pasiones. ¿Dónde está el ser humano que ha podido sustraerse a su influjo? Los mismos anacoretas de otros tiempos o los fakires actuales, que renuncian a la vida yendo al desierto y dejándose devorar por fieras y alimañas, ¿no están dominados acaso por la más monstruosa de las pasiones, el fanatismo y la superstición?

¡Vana tarea! ¡Esfuerzo inútil! Las pasiones pueden ser desviadas, torcidas, comprimidas, dormidas; pero jamás muertas. Y cuanto más se desvían, tuercen y comprimen, más peligrosas se tornan, más potentes son sus ulteriores estallidos.

Las pasiones son fuerzas elementales, primitivas, asaz ciegas y brutales; pero son fundamentales al hombre. Son su carne, su sangre, su fuerza y su misma vida. No se puede destruirlas sin destruir al mismo tiempo al hombre. Hay que aprovecharlas. Son como las pie-

dras preciosas en bruto: hay que pulirlas por mano maestra para darles múltiples facetas brillantes y políeromas.

El torrente que baja de la montaña inunda la llanura, convirtiéndola en estéril y malsano lodazal; pero encauzado y aprovechado inteligentemente para el riego, transforma el campo yermo en fuente fecunda de vida y riqueza. Tal las pasiones, aun las peores y las que libradas a su propio impulso más estragos hacen entre los hombres, como el egoísmo, la envidia y la ambición, drenadas y encauzadas pueden convertirse en poderosos factores de progreso social, en incalculables fuentes de fecundas energías individuales y colectivas.

¡Bien venidas las pasiones capaces de remover y agitar el pantano estancado de la vida mansa del sibirismo infecundo! ¡Bien venidas las pasiones del pueblo que, educadas, ennoblecidas y elevadas al rango de ideales, lo empujan hacia adelante, abriéndole vastos horizontes de una vida noble y amplias perspectivas de hermosas cumbres bañadas de sol!

Frente a las religiones y filosofías que cifran su triunfo en el aniquilamiento del hombre y en la muerte de sus pasiones, exaltemos al hombre y bendigamos sus pasiones.

¡Benditas las pasiones, núcleo central de la Vida, palanca omnipotente de Acción, fuerza dinámica de la Historia!

TODO O NADA

La intransigencia, la terquedad, la obstinación, la intolerancia, la absoluta seguridad del propio valer y el desdén por el vecino; escuchar la propia voz y desoir la ajena; obedecer ciegamente a los propios impulsos y pasiones; tener mucha fe en la fuerza bruta y poca en la razón e inteligencia; querer resolver todos los problemas sociales en el terreno de la violencia; fluctuar entre las victorias brillantes y las crueles derrotas; huir de las soluciones pacíficas por querer llevarlo todo a sangre y fuego; anhelar *todo o nada*, es lo que constituye el sectarismo en sus múltiples formas, especie de dogma infalible, y que, en último análisis, es el genuino producto de atávicas herencias, de siglos de violencia, esclavitud e ignorancia, del espíritu de intolerancia e intransigencia religiosas que ha pesado y pesa aún sobre la especie humana.

El movimiento social contemporáneo, inspirado en las más sanas doctrinas científicas, emancipado de una gran parte de prejuicios y supersticiones, no ha podido librarse aún del todo del espíritu de sectarismo e intransigencia.

Las fórmulas absolutas, las radicales, rápidas y trascendentales soluciones, el espíritu de *todo o nada*, todavía fructifican en el seno del moderno movimiento social.

Todo o nada ha sido la palabra de orden entre nosotros en la mayoría de los movimientos obreros producidos. ¡Y cuántos excelentes movimientos, cuántas causas justísimas han fracasado debido a ese espíritu de absoluta intransigencia!

Y cosa curiosa: cuanto menos sólida es la organización obrera, cuanto menos capacidad muestra en la lucha cotidiana por su propia elevación física y mental, más radical es en sus exigencias y más intransigente en sus reclamaciones.

Todo o nada es la fórmula de los principiantes, sean ellos individuos o colectividades. La revolución social inmediata, total, con la implantación del régimen colectivista o comunista: o la esclavitud de la larga jornada, del salario exiguo, del taller inmundo, de la horrosa miseria física e intelectual. *Todo o nada*. ¡Fuera los términos medios! La evolución paulatina y progresiva, el mejoramiento gradual, las reformas sucesivas son obra de burgueses disfrazados de socialistas, son obra de traición a la verdadera causa revolucionaria.

Y en nombre de *todo o nada* se ha conducido a la clase obrera a más de un desastre, a más de una desilusión.

Ignoran estos ilusos que la vida no es una fórmula matemática, y que los múltiples factores que la componen no son simples operaciones aritméticas de su-

mar, multiplicar, restar y dividir cantidades abstractas.

Ignoran las complejidades infinitas de la vida. No saben que a cada acción corresponde una reacción, que donde hay luz hay sombra, que sin el mal no se conocería el bien, que el calor implica el frío, que el triunfo implica la derrota.

Son simplistas. Lo polarizan todo. Entre la luz y la sombra no ven la gran zona de penumbra. Entre la temperatura del hielo y el agua hirviendo no intercalan la escala termométrica. Entre el triunfo y la derrota no interponen el arbitraje, las transacciones y concesiones mutuas. A la misma lucha de clases la reducen a fórmulas matemáticas, a términos irreductibles. Los hombres se mueven en círculos cerrados, como astros en sus órbitas, y si salen de ellos es para chocar y aniquilarse.

En la lucha de clases no ven fuerzas históricas que empujan a la humanidad hacia adelante. Sin lucha de clases estaríamos aún en el fondo de las cavernas y de los bosques viviendo de la caza y de la pesca.

Si hemos llegado a la comprensión verdadera de la lucha de clases, si luchamos por su abolición, si ya empezamos por abolirla en nuestro modo de ser, en nuestras costumbres y hábitos, no queremos exagerar su aspereza, planteándola en los términos brutales del odio de clases, de la persecución y el aniquilamiento mutuos.

La lucha por la vida individual y colectiva es de por sí demasiado áspera y ruda para hacerla aún, voluntariamente, más penosa e insoportable.

Todo o nada es una fórmula que no responde a las

realidades de la lucha, a los factores de la vida, a las necesidades y exigencias de los hombres.

La vida está llena de transacciones y concesiones mutuas; y los que luchan por un ideal jamás renuncian a él si se adaptan a las condiciones actuales y reales de la vida.

Todo o nada es una fórmula absoluta que no concide con la relatividad de las condiciones humanas. Saber aprovechar las circunstancias, los hombres, los lugares y el tiempo; luchar por el todo, pero jamás desdeñar las partes por más ínfimas que ellas sean, comprender que la vida cotidiana se compone de detalles y que el cuidado de éstos es de suma importancia: todo esto constituye la verdadera táctica de lucha y de triunfo.

El movimiento social contemporáneo, cuya quintaesencia está condensada en el socialismo, emancipándose de todo prejuicio, defiende en el más amplio sentido los intereses comunes y generales a toda la especie humana, huye de la rigidez de las fórmulas absolutas y tiene que adaptarse a las condiciones reales de la vida y la lucha.

Todas las doctrinas, religiones, partidos y sectas que se han encastillado y petrificado en las fórmulas absolutas, han fracasado irremisiblemente. La gran ley de adaptación rige el destino de los individuos, de las colectividades, de las teorías y de los partidos.

Si en la República Argentina queremos adaptar los métodos de lucha que se usan en Italia, Japón o Estados Unidos, seremos extraños en nuestra propia tierra, perdiendo lastimosamente el tiempo y esterilizando nuestro esfuerzo.

Y en vez de la fórmula arcaica de *todo o nada*, aceptemos estotra: graduales, acelerados y constantes conquistas, una larga e infinita evolución hacia el ideal, hacia el bien.

En la naturaleza todo procede por gradual y paulatina evolución. El sol no alcanza el cenit sin cruzar la inmensa bóveda celeste; la humanidad jamás llegará a un alto grado de cultura y civilización sin cruzar una larga y dolorosa *via crucis*.

Y a medida que nos movemos, a medida que conquistamos más bienestar y felicidad, a medida que nos perfeccionamos y mejoramos, nos acercamos al Ideal; pero éste a su vez se ensancha y se agiganta en el espacio y en el tiempo, y cuando creemos acercarnos a él, lo encontramos cada vez más lejos y más alto.

LA VIDA HUMANA

I

Quiere la costumbre, y lo quiere la moral corriente, que nos conmovamos real o aparentemente ante las grandes catástrofes, ante las calamidades espantosas, ante las colosales hecatombes de vidas humanas; catástrofes, calamidades y hecatombes que están fuera del alcance de la acción voluntaria e intencional del hombre, fuera del alcance del poder de su ciencia limitada capaz de prever y evitar, fuera y por encima de su inteligencia y acción; catástrofes, calamidades y hecatombes que son el producto fatal e inevitable del libre juego de las fuerzas ignotas de la Naturaleza que, en su completo amoralismo, se burlan de todas las leyes divinas y humanas.

Y quiere la costumbre, y lo quiere también la moral corriente, que pasemos indiferentes e impassibles ante el cotidiano espectáculo del dolor humano, ante las pequeñas-grandes catástrofes obra voluntaria del hombre mismo, ante las calamidades que nuestra ciencia puede

prever y evitar, ante las hecatombes que dependen directamente de la acción intencional del hombre.

Así nos conmueve y agita el espectáculo del terremoto que destruye ciudades, sepultando bajo sus escombros a miles de seres humanos—terremoto que, en el actual estado de nuestros conocimientos, no sabemos prever ni podemos evitar y que apenas tenemos alguna hipótesis para explicar—; y no nos conmueve ni agita la sórdida miseria de estos mismos miles de seres humanos que en las mismas ciudades, cual en infierno dantesco, se aniquilan y se destruyen en la cotidiana y brutal lucha por la vida.

Así nos conmueve y agita el espectáculo estupendo del Océano, que rompiendo sus barreras naturales, se alza y sale de su cauce; tragando con sus fauces inconmensurables a pueblos enteros; pero contemplamos indiferentes e impassibles el monstruoso espectáculo de la guerra que, más cruel y devastadora que el maremoto, arrasa y aniquila comarcas enteras, con el agravante terrible para el hombre: que lo primero está fuera y por encima de su inteligencia y voluntad, y lo segundo es única y exclusivamente obra suya.

Así nos conmueven y agitan todas las ignotas fuerzas cósmicas naturales: la erupción del volcán que con su ardiente lava sepulta ciudades, el huracán que devasta regiones, la inundación que ahoga, el rayo que fulmina, el granizo que destruye; y somos indiferentes, criminalmente indiferentes, ante el inmenso drama de la vida, de la vida sin sol ni alegría, de la vida de oscuros martirios y estériles sacrificios, de la sórdida vida de

las multitudes miserables que en inhumano asalto luchan desesperadamente por el mendrugo.

Si en verdad amamos la vida, si la desgracia ajena nos inspira profunda compasión, si la destrucción y la muerte nos conmueven e inspiran horror, si en realidad sentimos honda e intensamente el dolor humano, que es nuestro propio dolor: evitemos lo humanamente evitable; alejemos de nuestra vida todas las causas intencionales de miseria y dolor; aumentemos las fuentes puras de la sana alegría y del placer fecundo; glorifiquemos la vida en la maternidad y en la infancia; seamos orgullosos de la virilidad y honremos la vejez; hagamos del trabajo, no un obscuro martirio y un sacrificio estéril, sino el gran factor de la alegría de vivir; ensanchemos y profundicemos nuestra ciencia investigando y escrudiñando lo ignoto, e inclinémonos respetuosos ante el desastre imprevisto o inevitable, ante la catástrofe fatal, ante las calamidades de la Naturaleza que están por encima y fuera de nuestra inteligencia y voluntad.

¿Para qué, pues, tanto dolor fingido, tanta conmoción superficial y aparente, tanto sensibilismo no sentido y tantos espavientos ante las catástrofes consumadas e inevitables; y tanta indiferencia y despreocupación, tanto abandono criminal y absoluto desdén por todas las calamidades aun no consumadas y evitables que nos acechan en nuestra diaria labor?

¿Para qué se recogen tantos caudales, cuya ínfima parte llegará tal vez a las manos de algún necesitado, desapareciendo el resto como tragado por la misma inundación, en las fauces insaciables de los profesiona-

les de la caridad, y no se dedica ni un céntimo para prever y evitar dolores y desgracias cotidianas?

Profundamente respetuosos de la vida humana, sentimos sus dolores y gozamos con sus alegrías. Y nada nos conmueve más honda e intensamente que el constante y monstruoso despilfarro de innumerables vidas útiles y fecundas.

La sociedad actual, perversa e hipócrita, caritativa por fuera, pero vil y ruin en sus entrañas, exige el sacrificio inmenso y cotidiano de vidas humanas en el altar de sus egoísmos y ruindades. Para la gran mayoría de los seres humanos, el haber nacido constituye un crimen nunca suficientemente purgado. Del nacer al morir, de la cuna a la tumba, la mayoría purga el pecado original de haber nacido. Crimen horrendo es la mortalidad de la infancia, y es un crimen colectivo y perfectamente evitable. Crimen imperdonable es la profanación de la maternidad, y la maternidad se profana hoy bajo todas las formas imaginables.

Son crímenes colectivos el envilecimiento del trabajo, la ignorancia, la superstición, el alcoholismo, la miseria, la desocupación y la enfermedad. Es un verdadero delito de lesa majestad de la vida el abandono de los viejos e inválidos. ¡Y decir que todo eso cae bajo el dominio de nuestra inteligencia y voluntad, que nuestra ciencia puede prever y evitar, y que todo eso es obra intencional del hombre!

Vana, efímera y estéril es, pues, la pretendida solidaridad actual de los hombres en la desgracia y en el dolor. En el estado normal de la organización actual de la sociedad, los hombres se explotan, se arruinan, se

aniquilan y se devoran mutuamente. Los filósofos de la ley y del derecho llaman a eso "libre concurrencia". Las clases privilegiadas, para mantener y aumentar sus privilegios, sacrifican la salud y la vida del pueblo trabajador. Pero aparentan solidaridad humana, y recurren a la hipócrita caridad cristiana cuando algún gran dolor o alguna gran desgracia aflige a los hombres.

La solidaridad que anhelamos no es la que se practica solamente en el dolor y en la desgracia, sino, y sobre todo, la solidaridad y la cooperación en la vida, en la salud y en la alegría.

La vida humana es un don supremo, cuyo despilfarro consciente e intencional es crimen monstruoso. Evitemos los dolores y las desgracias evitables y que de nosotros dependan. Hagamos conscientemente nuestra propia historia, y tratemos de profundizar y ensanchar nuestra ciencia, sometiendo el juego libre y amoral de las fuerzas ignotas de la Naturaleza a la ley, al orden y a la moral, creaciones sublimes de la inteligencia humana.

Réplica a una réplica

A Esteban Dagnino

II

Mi vecino de la derecha habita una mansión suntuosa. Es viudo, sin hijos y posee una fortuna colosal. Es propietario de un gran número de conventillos, de los más sórdidos e inmundos conventillos de la Capital Federal. Explota a sus inquilinos en la forma más brutal y odiosa. Por ocupar una pocilga estrecha, sucia, sin aire, sin luz ni sol, los desgraciados inquilinos tienen que pagarle un alquiler exorbitante. Y ¡guay del que no abone puntualmente el alquiler! La justicia y la policía, a las órdenes incondicionales de mi vecino potentado, aplican rápida e inexorablemente la ley en defensa de la propiedad violada, arrojando a la calle al mal pagador. La morbilidad y la mortalidad, sobre todo en la infancia, es espantosa en estos antros humanos, de cuya renta mi dichoso vecino de la derecha disfruta sibaríticamente. Sin mujer, sin

hijos, sin afectos ni amor en la vida, es un verdadero ogro alimentado con el sudor y la sangre de los pobres. Jamás sentimiento humano ha conmovido su corazón empedernido. Pero esta vez, la muerte trágica de cien mil calabreses y sicilianos lo ha conmovido, al parecer, profundamente, despertando en él los dormidos sentimientos de "solidaridad humana". Fué él quien inició la subscripción para socorrer a los sobrevivientes del terremoto. Su nombre figura en todos los diarios. ¡Y de la noche a la mañana, el sórdido e inhumano explotador se ha convertido en benefactor de la humanidad!

Mi vecino de la izquierda es dueño de una gran fábrica de vidrios. En su establecimiento trabajan numerosos niños de tierna edad, mujeres en cinta y madres que amamantan. Trabajan un horario brutal y ganan un salario exiguo. Los accidentés de toda clase, y las peores enfermedades, son el premio cotidiano de estos pequeños, oscuros y anónimos héroes del trabajo. Hace poco tiempo, mi vecino de la izquierda encarceló a varios, y sometió por el hambre a la mayoría, por haber tenido el atrevimiento de reclamar más salario y menos horas de trabajo. Su espíritu tiránico, como el gran tren de vida que lleva, son proverbiales. Su fortuna se levanta sobre un montón de cadáveres humanos; pero el terremoto de Calabria ha conmovido su corazón más duro que la piedra. Y en nombre de la "solidaridad humana" contribuyó a la suscripción.

Mi vecino de enfrente es un alto personaje político. Sus influencias y fortuna están labradas y amasadas

por el fraude, el dolo, los negocios turbios y los manejos sucios de los dineros públicos. Poco le importa arruinar a miles de personas, con tal de satisfacer su ambición de riqueza, de poder y de gloria. Sin embargo, el terremoto de Sicilia lo ha conmovido “seriamente”, y su nombre figura en primera línea en las listas de suscripción.

El tabernero de la esquina, cuya ocupación metódica y honesta es envenenar honesta y metódicamente a mis coparroquianos, ha sentido igualmente el aguijón de la “solidaridad humana”.

También la han sentido el cura y el cañen de mi barrio, el truhán que vende su pluma al mejor postor, el aventurero que pesca en río revuelto; y todos los elementos que viven parasitariamente a expensas del trabajo ajeno, se han conmovido y condolido por los cien mil calabreses y sicilianos muertos por el terremoto!

El Concejo Municipal de la ciudad en la cual vivo, elegido por rufianes y taberneros, y que no se conmueve ante el presupuesto de 30 millones de pesos que se malgasta y despilfarra — suma fabulosa que la ley saca de las necesidades y el hambre del pueblo —, tal concejo, y de tal catadura moral, se ha conmovido ante la desgracia ajena y contribuye con una fuerte suma a la suscripción levantada.

El Parlamento de mi país, compuesto en su mayoría de truhanes políticos y cuya única misión es hacer más difícil la vida del pueblo, cargando sus primeras necesidades con enormes gabelas e impuestos exorbitantes, contribuyendo así a la ruina material y mo-

ral de la nación, y que ha votado, sin emoción alguna, 160 millones para la adquisición de elementos de muerte y destrucción, el Parlamento de mi país se ha conmovido, sin embargo, ante el gran desastre de Sicilia y Calabria, y contribuyó con una fuerte suma a la suscripción.

Así contribuyeron también el presidente de la República, vil y ruin tiranuelo; los ministros, sus sátrapas; como contribuyó el zar de todas las Rusias, el sultán de Turquía, el plutócrata norteamericano Morgan, el papa Pío X y todas las testas coronadas y los altos dignatarios civiles, militares y eclesiásticos.

También contribuyó y contribuye la gran masa anónima cuyos sentimientos y sinceridad son indiscutibles; pero su óbolo, como su nombre, queda también en el más absoluto anónimo.

¡Tales son los elementos que concurren, amigo Dagnino, a la tan decantada "solidaridad humana" en el dolor y la desgracia! Todos, excepto la masa anónima, que es siempre víctima y no victimaria, contribuyen todos los días intencional y conscientemente a la miseria y degradación del pueblo; todos son los causantes directos o indirectos de las cotidianas pequeñas-grandes catástrofes.

¿Cómo creer, pues, en la autenticidad de sus sentimientos y en la sinceridad de su dolor?

Son grandes actos de hipocresía oficial y colectiva, muy cómodos para aparentar y fingir sentimientos humanos que no se poseen, aumentar el prestigio de la realeza y de la púrpura y consolidar las actuales instituciones sociales.

Hay desastres más grandes que los terremotos y cuyos efectos son mucho más hondos y universales; y sin embargo, pocos son los que se conmueven por ellos.

El alcohol, fabricado por el hombre, vendido por el hombre, fuente principal de la renta del Estado, produce estragos más colosales que todos los terremotos y maremotos conocidos. El alcoholismo no hace temblar la tierra, pero hace temblar a la especie humana en sus cimientos. El llena los hospitales, las cárceles, los manicomios; él degrada y envilece a los pueblos; él degenera las futuras generaciones. ¿Y dónde está la obra colectiva de humana solidaridad intensa y extensa que extirpe este grave mal social? Mas al contrario, los fabricantes y vendedores de alcohol constituyen una respetable clase social que goza de grandes privilegios y honores.

Los accidentes del trabajo en todos los países civilizados producen muchas más víctimas en un año que las que ha producido el último terremoto en Calabria y Sicilia.

La tuberculosis, mal eminentemente social y perfectamente evitable, produce millones de víctimas por año.

La guerra, obra intencional del hombre, y que escoge sus víctimas entre la flor y nata de la especie humana, ha sembrado los campos de batalla de más cadáveres, que todos los últimos terremotos juntos.

Todo eso es obra intencional del hombre; entonces, vuelvo a formular mi anterior pregunta: ¿Para qué tanto dolor fingido, tanta conmoción superficial y

aparente, tanto sensibilismo no sentido y tantos espavientos ante la catástrofe consumada e inevitable? ¿A qué tanta indiferencia y despreocupación, tanto abandono criminal y absoluto desdén por todas las calamidades aun no consumadas y evitables que nos asedian en nuestra diaria labor?

¿Mirar las cosas de este modo le parece, amigo Dagnino, que es mirarlas con “anteojos ahumados de las prevenciones partidistas”?

Admiro, como usted, profunda y sinceramente el heroísmo obscuro y anónimo de los soldados y de los no soldados, que en el lugar y en el momento de la catástrofe, con peligro real de su vida, trataron de salvar la vida ajena.

Creo, también como usted, que hay que alegar recursos rápidos y eficaces para salvar a los sobrevivientes de la catástrofe. Pero temo mucho que estos recursos lleguen siempre tardíos, lentos e insuficientes, a pesar de la conmoción universal. Gran parte de los dineros recolectados, seguramente no llegarán hasta Messina y Reggio Calabria. ¡Las vías de comunicación son malas, y el dinero es muy escurridizo!

Lo que más detesto en todo eso, y lo ha de detestar usted también, amigo Dagnino, — y con nosotros lo han de detestar todos los hombres de sanos sentimientos y de criterio recto, — es la aparatosa teatralidad, la solidaridad ruidosa, la caridad llamativa y brillante de las clases privilegiadas de todos los países civilizados.

¿No lo subleva a usted la aparición del rey Víctor Manuel y de la reina Elena sobre los escombros

humeantes de las ciudades destruidas, con el único objeto de impresionar al mundo con su grandeza real y afirmar su trono sobre un montón de cadáveres? ¡No es eso el símbolo viviente de la hipocresía oficial?

Y para terminar, le haré una confesión íntima, amigo Dagnino. Al leer las primeras noticias de la catástrofe que acaba de destruir a Messina y Reggio Calabria, un sentimiento de profundo dolor embargó mi espíritu. Ante mi vista desfilaron, en rápida y lúgubre visión, todos los fantasmas humanos enloquecidos por el pánico y el terror. Ví montones de cadáveres; madres abrazando, en los estertores de la terrible agonía, a sus tiernas criaturas; padres impotentes para salvar a su prole. Ví escombros, ruina y muerte donde un momento antes floreció la vida y la alegría. Y lágrimas cálidas y amargas empañaron mis ojos, y un fuerte nudo apretó mi garganta. Medité sobre nuestra debilidad y pequeñez frente a las potentes y destructoras fuerzas naturales. Pero en seguida reflexioné, y me dije: la criatura humana, a pesar de todo, es razonable y fuerte. Razonable: no volverá a edificar sobre un suelo que con frecuencia tiembla y frente a un mar que se alza. Fuerte: hará brotar ciudades en lugar más tranquilo y seguro. ¡Pero cuán grande es ahora mi decepción, cuando veo que todos están empeñados, con terquedad inaudita, en reedificar las ciudades destruidas para que tarde o temprano otro terremoto o marremoto conmuevan de nuevo a la humanidad civilizada!

Los hombres se parecen en eso a los insectos que, atraídos por el foco luminoso y candente, mueren

quemados a montones; pero los sobrevivientes vuelven a girar en torbellino alegre y ruidoso alrededor del mismo foco, para morir a su vez como murieron sus padres y abuelos.

¿Es eso pesimismo u optimismo? No lo sé. Pero es, sin duda, el fiel reflejo de la realidad y de la verdad.

¿Dónde están, y de parte de quien, las "consecuencias absolutas" y las "deducciones unilaterales", amigo Dagnino?

III

A Juan B. Justo

¡Larga es la eternidad, breve la vida!

Y en el hondo silencio de lo eterno
hay dos ojos que os miran,
y hay una muchedumbre que os espera
para premiar esfuerzos y fatigas.
¡Esperad trabajando!
Trabajar y esperar... ¡esa es la vida!

GORTX.

Efímera, frágil y deleznable es nuestra vida individual. Apenas somos un "momento" en la vida de la especie. En el torbellino universal de la eterna vida somos menos que un átomo. Hoy existimos. mañana no. En el eterno combate de la Vida y la Muerte, del "ser" y del "no ser", el individuo es el juguete de la Fatalidad. Las ignotas y misteriosas fuerzas del mundo nos acechan y persiguen, y nos aniquilan y destruyen en todos los instantes de nuestra breve y corta existencia individual. Un Destino cruel y lúgubre parece acompañarnos como la sombra al cuerpo.

En las compensaciones de la vida cada placer trae un dolor, cada alegría una tristeza, cada triunfo una derrota, cada ascensión una caída. Somos víctimas de las amorales fuerzas de la Naturaleza y víctimas de nuestra propia moral. Somos el eterno Prometeo encadenado a la roca. Nuestro espíritu alado se revuelve impotente y furioso contra el buitre que devora nuestras carnes. En nosotros mismos Calibán trata de destruir la obra de Próspero. Combatimos con el mundo externo y combatimos con mayor saña con nuestro propio mundo interno. Somos el resumen del universo, un microcosmos, y en nuestro propio ser se libra el combate entre el "principio creador" y el "principio destructor", entre el "mal" y el "bien", entre "Satán" y "Dios", entre la "materia" y el "espíritu".

¿El individuo existe para la especie, o la especie para el individuo? ¿El hambre es más que el amor, o viceversa? ¿Las funciones vegetativas subordinan las funciones del espíritu o les son subordinadas? Arduos problemas son, que si somos capaces de plantearlos somos incapaces aún de resolverlos. El individuo coexiste con la especie. Es inconcebible el uno sin la otra. El individuo es la síntesis de la especie. Existe "por" y "en" ella. En los mismos orígenes de la vida, de la masa informe de la materia orgánica — manifestación visible de la energía universal — se desprenden y organizan individuos y especies. El hambre y el amor tienen sus raíces en el origen de la vida; por eso son su principal fuerza dinámica. "Las actividades inconscientes son el prólo-

go de toda actividad voluntaria y consciente". Las funciones vegetativas engendran las funciones espirituales; luego coexisten, no subordinadas, sino paralelas. No somos simples "canales de salida del espíritu"; somos materia y espíritu, que si combaten, se integran y completan a la vez. Materia y espíritu son inmortales en el tiempo y el espacio, en la eternidad y en la inmensidad. La vida — frágil, efímera y deleznable — en el Hombre-individuo es eterna e imperecedera en Hombre-especie. Todas sus obras son inmortales y son la síntesis de "materia" y "espíritu". Lo es el Hache de piedra pulimentada o sin pulimentar, la Flecha del salvaje, la Venus de Milo, el Partenón de Acrópolis, la *Ilíada* de Homero, la *Madonna* de Rafael, la *Sinfonía* de Beethoven, el *Pensador* de Rodin, el Riel y el Arado.

Nos impresiona y entristece la muerte del individuo. La desaparición brusca de un ser querido perturba nuestro sentir y pensar. Afectos y simpatías se rebelan contra la fatalidad. El espectáculo de la muerte nos es siempre desagradable. El "no ser" aterra a los vivos. En nuestro apego a la vida no vemos en la muerte sino la desaparición completa y total. Quisiéramos la inmortalidad del individuo como conjunto de impresiones y sensaciones. No concebimos su desintegración. Empero materia y espíritu jamás mueren. Evolucionan, cambian, se metamorfosean; originan nuevas formas materiales y nuevas expresiones espirituales. Es el flujo y reflujo del torrente circulatorio de la vida universal. En el lento, largo y laborioso ascender de la especie, el individuo es

el escalón, el peldaño que conduce a la cumbre. Y la cumbre está cada vez más lejos y más alta.

Si nuestra vida individual es efímera, frágil y deleznable, ¿hemos de vivir agobiados bajo el peso de la Fatalidad? ¿Hemos de ser sauces llorones que sollozan inconsolables su propio fin? ¿Hemos de asistir pasivos a que nos traguen las fauces del Destino? ¿O hemos de afirmar nuestra vida, nuestra individualidad, nuestro ser, nuestra inmortalidad en nuestras obras materiales y espirituales? Los débiles, los amorfos y los anónimos siguen el primer camino; los fuertes y los viriles siguen el segundo.

El triunfo de la especie es la expansión de la vida. Y el Hombre triunfa, triunfando su especie. Las clases sociales, sus luchas e intereses, son un "momento histórico" en la vida de la especie, y como tal, transitorio y pasajero. La simpatía y la solidaridad triunfarán del egoísmo y de la ferocidad. El Hombre, síntesis de "materia" y "espíritu", debe espiritualizar lo material y materializar lo espiritual. Y para realizar el Bien, debe conocer la Verdad, que es Justicia y es Belleza.

Percibimos el Universo a través de nuestros sentidos, y las cosas son como las vemos. Todo es relativo a nosotros, nada existe fuera de nosotros. Somos la medida de las cosas. Técnica, Economía, Guerra, Política, Arte, Ciencia, son creación del Hombre; y siendo su obra, él puede moldearla y plasmarla para el mayor bienestar y felicidad colectivos.

Si frágil, efímera y deleznable es la vida del Hombre-individuo, es imperecedero e inmortal el Hombre-

especie. Vivimos en nuestros hijos, en nuestras obras, en nuestros pensamientos, en nuestros sentimientos. Frente a la efímera y frágil existencia del individuo se alza la continuidad y la perpetuidad de la especie. "Momento" y "Atomo": somos la vida; y su incremento y expansión es nuestro triunfo. Afirmemos con vigor e inteligencia nuestra propia individualidad en la común labor. ¡Felices los "Hombres-Símbolos", los "Héroes", en el más amplio sentido de la palabra! Y frente a la Fatalidad opongamos la Libertad, y frente al Destino la Voluntad. Son los extremos de la vida, sus polos. En la lucha contra el Caos sean nuestros guías corazón y cerebro, sentimiento y razón. Y que cada uno de nosotros diga con Kant: "No quiero violar en mi persona la dignidad de la Humanidad".

SABER ES PODER

Viejo pleito es el de la ciencia y de la ignorancia. Viejo como la historia del mundo. Y desde las remotas edades del hombre primitivo, habitante de cavernas y selvas, hasta el hombre del siglo XX, este viejo pleito no acaba aún. Cruentas batallas se libraron a su derredor. Y la ciencia, con un empuje lento y formidable cual las rugientes olas del mar, roe y destruye la milenaria e inmovible roca de la ignorancia.

Alguien comparó la ciencia con el sol. ¡El sol de la ciencia! Inexacta comparación por cierto. Ante el sol, las tinieblas de la noche huyen rápidamente. En pocos minutos su luz y calor dominan y vivifican la tierra, y sus tesoros los reparte por igual entre toda la viviente legión. La insignificante hierba y el gigantesco árbol, la sierpre que se arrastra y el rey de la creación, todos por igual reciben los raudales de luz y calor que de la inmensidad derrama el Padre Sol. Pero la luz de la ciencia rasga lentamente los tupidos velos de la ignorancia. Sus rayos penetran y alumbran poco a poco las densas tinieblas del pasado. Y sus tesoros, hoy por hoy, se reparten desigual-

mente entre los mortales. Los raudales de su luz y calor no alcanzan al pobre, al miserable, al débil, al ignorante. En el reparto de los beneficios del sol interviene la justa y equitativa Naturaleza, y en el reparto de los beneficios de la ciencia interviene el hombre, egoísta y cruel con sus semejantes.

Pero aun no siendo la ciencia el equivalente del sol, su poder no es menos grande y fecundo. Si el hombre algo vale, es por lo que sabe. Si a su dominio sujetó a las demás especies, no es debido a su fuerza muscular, sino a su inteligencia, a su cerebro. Con su ciencia supo aprovechar y utilizar las incalculables fuerzas de la Naturaleza. Y con su saber supo subyugar al hombre, su semejante, explotarlo y esclavizarlo. Pues ningún otro animal subyugó a su semejante.

El hombre más fuerte es el que más sabe. Los grupos sociales más fuertes son los que más saber y ciencia poseen. Es un mito el clásico burgués imbécil, rico e ignorante y que domina el mundo. Y es un mito peligroso, pues jamás da una idea exacta de la fuerza del enemigo. La burguesía, como clase, es poseedora de la ciencia, monopolizándola para su único y exclusivo beneficio. La misma guerra, que se cree ser la personificación más acabada de la fuerza bruta, no es más que una manifestación negativa y destructiva de la ciencia. El triunfo es del ejército que más ciencia ha puesto a su servicio, y no del más bruto.

Y en las luchas sociales triunfaron, triunfan y triunfarán los grupos que más saben. El empuje formidable de la clase obrera no es debido a su fuerza

numérica, sino a la mayor ciencia y conciencia que diariamente adquiere. Y el día en que sepa y pueda más que la clase burguesa, su triunfo será seguro e indiscutible.

Nadie en su cabal juicio negará lo que se acaba de exponer. Todos reconocen que el hombre, individual y colectivamente, vale por lo que sabe. Parece ser una verdad evidente. Sin embargo, el viejo pleito entre la ciencia y la ignorancia no acaba aún. La lucha entre ambas toma las modalidades de la época, del momento histórico. En Grecia, Sócrates bebió la cicuta por ella. En la Edad Media se quemaban a los herejes. Fulton y Watt fueron objeto de la mofa y del ridículo. Darwin y Marx lucharon a brazo partido contra el error y el prejuicio. La cruzada contra los intelectuales es una nueva modalidad del viejo pleito. En Rusia el gobierno organiza matanzas de intelectuales.

El saber, la intelectualidad, no pueden ni deben ser privilegio de nadie. Todo hombre que tiene cerebro puede y debe cultivarlo. Ningún oficio ni profesión son un obstáculo para el cultivo de la inteligencia. No son los títulos doctorales los que dan el saber, ni son las universidades los únicos ni los mejores templos de la ciencia. Doctores hay que están vacíos de saber y llenos de prejuicios y supersticiones; y zapateros que tienen nutrida la inteligencia de útiles y fecundos conocimientos. Desde el inmortal invento de Gutenberg, el libro, vehículo del pensamiento humano, está al alcance de todos. La ciencia, desde entonces, virtualmente, dejó de ser privilegio de pocos. Todo el que quiere aprender puede aprender. Basta que-

rer. La voluntad en eso es el principal factor. Hombres y mujeres, sin cursar facultades, con el modesto e irremplazable concurso del libro, folleto, periódico, y biblioteca, pueden adquirir una sólida instrucción. Y la mayoría puede realizar el ideal del trabajo manual e intelectual asociados. Tener oficio y cultivar el cerebro, aumentando así la potencia individual y colectiva por el trabajo y el saber: he aquí un ideal.

Los enemigos del saber, que los hay muchos y de distintas categorías, hacen una guerra solapada, ruín y subterránea a la ciencia y a sus cultivadores. Proclaman su bancarrota. Dicen que no cumple lo prometido. Y lo curioso es que ellos aprovechan y usan las armas suministradas por la ciencia.

La Iglesia, enemiga a muerte de la ciencia, nunca dejó de aprovechar y utilizar en su propio beneficio todos sus descubrimientos. El patán que vocifera contra el intelectual, bebió en la fuente de éste los pocos conocimientos que posee.

Hay charlatanes que se proclaman ellos mismos intelectuales. El oficio y la profesión de ellos es ser intelectuales. Pretenden monopolizar el saber. Quieren formar una nueva casta de aristarcos. Ellos son la aristocracia de la inteligencia, y niegan capacidad a los demás mortales. Estos no son intelectuales: son su negación.

La guerra no ha de ser, pues, contra la intelectualidad, sino contra el charlatanismo, que lo hay intelectual como manual.

El movimiento social contemporáneo, para ser vigoroso, útil y fecundo, debe ser inspirado y apoyado

por la ciencia. Los obreros manuales, para emanciparse de la pretendida tutela de los intelectuales, traten de hacerse intelectuales ellos mismos. La tarea no es tan difícil como parece serlo.

Multiplíquense las escuelas, las bibliotecas, las conferencias; vulgarícese la ciencia; póngase al alcance de todos el libro, el folleto, el periódico; convéznase al pueblo que saber es poder, y que el hombre vale por lo que sabe, y se habrá cooperado digna y eficazmente a la emancipación del hombre.

Y si por ahí salen paladines de la ignorancia y del atraso, llámense ellos como quieran, no son más que los eternos enemigos del saber, los instrumentos inconscientes del viejo y aun no acabado pleito entre la ciencia y la ignorancia.

LOS DEFENSORES DEL ORDEN

¡Cuántas veces en el íntimo afán de desprestigiar-nos ante la opinión pública sensata e independiente, en el ardiente deseo de descalificarnos como hombres de progreso y de orden, en el vano y mezquino propósito de exhibirnos como ciudadanos de mala conducta, rebeldes y desordenados, nuestros enemigos y adversarios se han erigido en paladines del orden social contra los que quieren el desorden y el caos!

“Perturbadores del orden”, “agitadores de oficio”, “sectarios peligrosos”, “gente sin patria ni ley”, “destructores de la familia y de la propiedad”, son los calificativos comunes que contra los socialistas usan los defensores, grandes y chicos, del orden social existente. Desde los altos funcionarios de la nación, hasta el último patán al servicio de los privilegiados, están empeñados en la santa cruzada de salvar a la sociedad del desorden y del caos con que la amenazan los perturbadores del orden social: los socialistas.

Y esta cantinela malvada y estúpida se repite con demasiada frecuencia. Por desorden se encarcela a los

huelguistas que exigen más salario y menos horas de trabajo; por desorden se ha perseguido, desterrado y expulsado a inteligentes e capaces propagandistas del movimiento obrero; por desorden se han disuelto manifestaciones públicas y se han suspendido conferencias; por desorden el santo oficio policial ha perseguido con saña salvaje a los pacíficos y ordenados ciudadanos que profesan los nuevos ideales.

¿Somos realmente elementos de desorden y de disolución? ¿Somos gente insociable que busca la destrucción y el caos? ¿O es una burda mistificación, un salvaje atentado a la lógica y el buen sentido, perpetrado con premeditación y alevosía por los satisfechos de la sociedad actual, en el temor de perder sus privilegios? Veamos.

¡Bella cosa es el orden! Le profesamos entrañable cariño y profundo amor. El orden es la sal de la vida. En pos de él vamos. Por su reinado todos bregamos y luchamos. El orden da serenidad al espíritu y vigor al cuerpo. Y por eso, dichosos son los hombres que han sabido y podido introducir el orden en su vida de familia y de colectividad.

Pero vivimos en una sociedad donde el desorden es la norma de conducta y la regla; donde la anarquía reina soberana e incontrastable.

¡Horroriza pensar en el enorme despilfarro de energías, fuerzas y riquezas causado por el desorden reinante, por la anarquía absoluta de nuestra sociedad capitalista!

En el campo de la industria el desorden hace estragos. El capitalismo no consulta las necesidades reales

de la vida. Su objeto es producir e inundar de mercancías el mundo. Fabricar artículos malos y venderlos caros es el objetivo del capitalismo.

• El desorden económico es causa de los bajos salarios, de las largas jornadas, del trabajo del niño y de la mujer, de la decadencia y degeneración de la raza, de las crisis periódicas, de las huelgas, etc.

Los capitanes de la industria jamás consultan a los que trabajan. Estos para nada intervienen en la dirección tecnico-económica, no nombran a sus directores, no saben el costo de la producción, ni saben para qué se produce. Son un simple engranaje en el vasto mecanismo industrial.

En el campo del comercio el desorden causa mayores estragos aún. La competencia es su única ley de vida. Arruinarse, aniquilarse mutuamente, para que el grande devore al chico es la moral corriente del mercader. Comprar barato, vender caro, engañar en la calidad y cantidad, se conceptúan como habilidades inherentes e indispensables al comercio. La moral del mercader es la peor de las morales. Los mercaderes son, pues, peligrosos elementos de desorden y anarquía.

Y en las altas esferas de las finanzas y de la política, en la Bolsa, en la Banca, en el Gobierno, el despilfarro y el desorden reinan soberanos.

El desorden y la anarquía dominan en todas las esferas de la vida social, en todas las instituciones económicas y políticas. En la producción y distribución de la riqueza, en el comercio, en la legislatura, en la justicia, etc.

La vida contemporánea es un continuo desorden,

un despilfarro monstruoso de vida, energía y riquezas, una anarquía completa política e intelectual.

Introducir un poco de orden en todo este colosal desorden ha sido, es y será la obra práctica y fecunda de los socialistas de todos los países.

En la teoría los socialistas concebimos la posibilidad de organizar la sociedad sobre bases sólidas de orden y progreso.

Y en la práctica desde ya aplicamos este concepto claro y sencillo. Introducimos el orden en nuestra vida privada y pública, en nuestras organizaciones económicas y políticas.

Organizamos y disciplinamos a los productores en sindicatos de resistencia, enfrente de la anárquica e indisciplinada clase industrial, desarrollando en ellos la capacidad tecnico-económica para que algún día puedan, con ventaja, sustituir a los actuales capitanes de la industria.

Organizamos y disciplinamos a los consumidores en cooperativas de consumo, frente a la clase comercial, suprimiendo desde ya por medio de la cooperación libre, su función social.

Organizamos y disciplinamos a los ciudadanos en el terreno político, en partido de clase, enfrente de los anarquizados partidos políticos burgueses.

Introducimos el orden doquiera alcance nuestra influencia y la eficacia de nuestra acción. En el orden y la disciplina vigorizamos nuestra mente y robustecemos nuestro cuerpo.

Nuestros mejores triunfos, nuestras más legítimas

aspiraciones, los esperamos del orden y la disciplina y no del desorden y de la anarquía.

Y quienquiera se oponga al paulatino y progresivo desarrollo de nuestras ideas e ideales, quienquiera obstaculice nuestra ordenada y metódica acción, se erige en paladín de la anarquía, en airado defensor del desorden.

Y Gobierno, y Parlamento, y jueces, y militares, y sacerdotes, y gendarmes, son genuinos representantes y legítimos defensores del desorden y la anarquía actuales.

Aspiramos a proyectar un rayo de luz a través de las espesas tinieblas de las supersticiones y prejuicios seculares; aspiramos a implantar el orden en la caótica y desordenada sociedad actual.

¡Somos, pues, los únicos y verdaderos defensores del orden!

VIOLENCIA Y ATENTADOS

Rusia, el clásico país del nihilismo y de las bombas, viene a revelar al mundo atónito un hecho estu-pendo y sombrío, un procedimiento gubernamental de astucia y de violencia que sobrepasa en mucho al maquiavelismo más refinado de la Inquisición medioe-val: el zarismo salvaje, para salvarse del naufragio total y para justificar las colosales hecatombes de vi-das inocentes que diariamente inmolan sus tribunales militares en el altar de la reacción sangrienta, fraguó, por medio de sus agentes secretos, todos los complots, motines y revueltas de los últimos tres años; atentó contra la vida de los funcionarios, arrojó bombas con-tra los grandes duques; en una palabra, todo lo que se creía obra del terrorismo rojo resulta ser proce-dimiento gubernamental, que por medio de audaces y habilísimos agentes introducidos en el seno mismo de los partidos y grupos avanzados, sembró el terror y el espanto en todo el vasto imperio.

La relevación es de una grandeza trágica y som-bría. No por la novedad y la originalidad del proce-dimiento, sino por sus vastas proporciones, por la sa-

ña inaudita de la violencia y de la represión, por el frío y calculado salvajismo de los hombres del Gobierno, por la astucia y la habilidad de los espías y por la ingenuidad e inocencia de las masas populares.

Ya otros gobiernos emplearon y emplearán todavía el mismo procedimiento. Las bombas que casi diariamente estallaban en Barcelona fueron preparadas y colocadas por los sabuecos del Gobierno español. Todos los días y en todos los movimientos populares, se ven agentes provocadores que empujan a las muchedumbres a la violencia para provocar luego la represión. Las policías secretas sostenidas por todos los gobiernos para guardar el orden social, no hacen otra cosa que fomentar el desorden, justificando así la propia existencia y creando méritos ante las clases conservadoras, apareciendo como salvadores de la sociedad. En el seno de todas las sociedades gremiales y grupos políticos avanzados se introducen espías más o menos astutos y hábiles para informar y tener al corriente a los gobiernos sobre lo que se piensa y hace. Es un sistema de aplicación corriente en todos los países civilizados. El espionaje es un puntal formidable de la sociedad actual. Pero el mismo sistema en manos de la autocracia rusa adquiere un aspecto trágico y sombrío, revelando procedimientos de una despiadada y refinada crueldad.

Los agentes provocadores del zarismo no han titubeado en sacrificar a sus propios partidarios con tal de tener pretexto para exterminar a los enemigos po-

líticos. La muerte trágica de muchos personajes de la autocracia rusa es obra exclusiva de los agentes provocadores del gobierno. Ellos fraguaron motines, revueltas y complots. Y el gobierno, ávido de sangre, acusó de ello a los partidos extremos, habiendo pagado con su vida, después de un cruel martirio, los mejores hombres de la Rusia nueva, las maquinaciones infernales del zarismo.

¿Puede haber algo más espantosamente cruel?

La más salvaje e inhumana violencia erigida en sistema de gobierno, en método de defensa del orden social, en procedimiento común y corriente de represión individual y colectiva. Y nada sería si la violencia fuera abierta, franca, leal, de cara al sol; si los agentes del gobierno apareciesen como tales. Pero lo grave y trascendental del asunto es que los agentes provocadores fingen ser los mejores amigos del pueblo: se mezclan en sus filas, erigiéndose a veces en jefes, hablándole en nombre de altos ideales, empujándolo ciegamente a la violencia y sacrificándolo vil y traidoramente.

Todo eso pone en tela de juicio el valor y la eficacia de la violencia y del atentado individual o colectivo como factor eficiente del progreso humano. ¿Ha servido alguna vez la violencia para propulsar a la historia hacia adelante? ¿Cómo distinguir entre la violencia espontánea y sincera que surge como una fatalidad engendrada por fuertes pasiones políticas y profundos odios sociales, y la violencia fríamente calculada, sistemáticamente organizada, maquiavélicamente ejecutada por agentes provocadores con el único propósito de permitir la cruel y sangrienta represión?

Sería ignorar las profundas raíces de la historia humana, desconocer las leyes biológicas y económicas que la rigen, el creer que la supresión violenta de uno o más hombres puede torcer o modificar su curso. Para los que admiten el papel preponderante del héroe en los negocios humanos, la violencia y el atentado son factores eficientes de la historia. Pero los que vemos en el progreso un deesenvolvimiento paulatino y regular de factores físicobiológicos y tecnicoeconómicos, y admitimos la posibilidad de la acción intencional del hombre para hacer conscientemente su propia historia, podemos explicar y justificar tal o cual atentado o acto de violencia, pero jamás atribuirle un papel preponderante y decisivo.

La violencia pudo haber tenido importancia relativa en sociedades de organización primitiva; y puede tenerla menos relativa aún en determinadas circunstancias y localidades. Pero a medida que la historia deja de ser un juego caprichoso de dioses y reyes, un caos inextricable de ignotas fatalidades, y a medida que la conciencia del pueblo se esclarece e ilumina, el atentado y la violencia individual y colectiva pierden su eficacia, pasando a ser una supervivencia de pasadas y crueles épocas.

¡Guay de los partidos que cifran sus esperanzas y fundan sus triunfos sobre el atentado y la violencia!

¿Dónde, cuándo y cómo la supresión de un hombre produjo un cambio profundo y radical en las costumbres, en las prácticas y en la estructura de una colectividad humana?

¡La desaparición violenta de tal o cual tirano puede satisfacer los odios personales y momentáneos de algún grupo político o social; pero jamás constituir un gran acontecimiento histórico. Tan ineficaz es actualmente el atentado, que el último y doble regicidio de Portugal no ha podido siquiera cambiar su forma de gobierno!

Por otra parte, en el atentado de Portugal, como en los innumerables atentados de Rusia, surge la duda cruel de si realmente fué un acto de violencia espontáneo y fatal, engendro de profundas pasiones políticas y de fuertes odios sociales, que en parte lo explicarían y justificarían, o si fué obra siniestra de los agentes provocadores.

Después de la condena de Rull en Barcelona, y de las últimas y estupendas revelaciones de Rusia, todo es posible y admisible. Ya nadie puede saber a ciencia cierta dónde termina y dónde comienza la violencia de abajo y la violencia de arriba.

Siendo casi nulo el papel histórico de la violencia, aun de la más auténtica y genuina, y siendo la violencia y los atentados contemporáneos en gran parte obra de los mismos gobiernos para justificar las persecuciones y represiones, debemos los socialistas combatir sistemáticamente la propaganda de la violencia y del atentado, denunciando a sus apóstoles como agentes provocadores.

No debemos confundir la revolución hecha por el pueblo en defensa de su vida y su salud, o para conquistar nuevas libertades y derechos, con la violencia

o el atentado, actos aislados y esporádicos. La revolución es manifestación de fuerza y madurez, y la violencia de debilidad y cobardía; la revolución ataca de frente y la violencia mata a traición.

Y aun siendo la revolución la antítesis de la violencia, su frecuencia e importancia histórica disminuyen notablemente. Puede afirmarse, sin exagerar, que en los países políticamente organizados sobre la base del sufragio universal, y donde el pueblo sabe ejercitarlo conscientemente, la revolución armada no tiene ningún sentido ni utilidad.

La revolución puede servir aun en los países donde todavía no existe el sufragio universal. Sin embargo, y es un síntoma de los tiempos modernos, Austria lo ha conseguido pacíficamente.

En los países donde el sufragio universal existe y el pueblo no sabe usarlo en su provecho, hay que iluminar su conciencia; y esta es obra de educación lenta y laboriosa y no de una revolución.

Las autocracias moribundas, las tiranías tambaleantes y las oligarquías cobardes recurren, por medio de sus agentes provocadores, a la violencia y el atentado como recurso supremo de su propia existencia. Son procedimientos que denuncian impotencia y postración.

Los pueblos modernos y los partidos avanzados, confiados en el proceso lógico de la historia, saben desenvolver sus aptitudes y energías en el terreno de la ley y del orden.

A medida que la ciencia y la conciencia del pueblo progresa y se afirme, la historia dejará de ser un jue-

go caprichoso de héroes o tiranos, para convertirse en una sucesión regular y normal de acontecimientos, previstos y calculados, obra intencional y consciente del hombre.

¡Entonces habrá terminado para siempre el papel de la violencia en la historia humana!

EL QUE DIRAN

Pagan los hombres un pesado tributo a los rancios convencionalismos, a la estéril tradición, a la vil mentira, a la ajena opinión. Son, no lo que desean ser, sino lo que les conviene ser. Sus opiniones, sus ideas, sus creencias, su modo de ser y de vivir no son, las más de las veces, producto de su propia individualidad, de su propio "yo". Calcados sobre el perfil de la época, fundidos en el molde general, adaptados al ambiente del grupo o del círculo a que pertenecen, los individuos desaparecen, los caracteres se esfuman, los "yo" no existen. Aparece la masa anónima, la sociedad, la opinión pública, con sus tiránicas e inquebrantables exigencias. El hombre regula sus movimientos, sus actos, según lo marca la pauta general. La libertad individual se convierte en una palabra vana. Y antes de realizar cualquier hecho, de ejecutar cualquier designio, de dar un paso en la vida, los hombres se preguntan *el que dirán* de ellos los demás, los vecinos, los prójimos.

El que dirán se convierte en dominante preocupación de muchos hombres, en norma de existencia de

muchos grupos sociales. Comen, visten, opinan de modo que no choque al medio ambiente. Violentan sus opiniones, hacen ridiculeces, aceptan farsas, aparentan lo que no son, y todo para agradar al círculo, al grupo a que se pertenece, acatando el inapelable fallo de *el qué dirán*.

Y sea cual fuere la clase a que uno pertenece, el ideal que profesa, la doctrina que acepta, la ley es general, única. Rige para todos los humanos, y pocos son los felices mortales que se sustraen a su dominio. Cada grupo, colectividad o partido elabora en su seno una opinión pública, y a ella se someten los que en su seno desarrollan su actividad o en sus filas militan.

El qué dirán es una faz de la educación que recibimos; es una modalidad de nuestra ética. Es la red de tupidas mallas que aprisiona al individuo; es el círculo de hierro que encierra a nuestro "yo".

¡Cuántas cosas se dejan de hacer, cuántas ideas de exponer y cuántos sentimientos de expresar por el estúpido temor de *el que dirán!*

La sabiduría humana parece consistir en la sumisión, el acatamiento a las ideas dominantes, aceptadas. El ostracismo, material o moral, es premio de los que rompen el círculo de hierro del achatamiento general, emancipándose del tiránico *el qué dirán*, pensando y obrando según su propia inspiración.

Fulano tuvo una idea, una opinión respecto a tal o cuál problema de la vida. Dedicó a ello inteligencia, voluntad y energía. Y como jamás creyó en las verdades reveladas, absolutas, no se cristalizó. El estudio, la adquisición de nuevos conocimientos, el tiempo, las cir-

cunstancias, los hombres y las cosas modificaron, en parte o en totalidad, sus primitivas ideas y opiniones. Fulano progresó, evolucionó, obedeciendo a la ley universal de progreso y evolución. Y como es militante activo de un partido, necesita comunicar sus nuevas vistas a todo el grupo. Pero algo lo detiene. ¿Qué dirán los demás Fulanos, sus correligionarios, que no estudiaron ni progresaron y que titulándose ortodoxos no conocen más que los elementos embrionarios primitivos de las ideas y opiniones que pretenden profesar? Fulano tiene otra debilidad: la popularidad. Y si manifiesta francamente lo que piensa y siente, teme perderla. Y Fulano calla. Se somete al tiránico *el que dirán* de su grupo, de su partido.

¿Quién no conoce casos de esta naturaleza? Es el típico y acabado ejemplo de la cobardía moral, del incondicional sometimiento a la ajena opinión.

Hay excepciones a la regla. Son los innovadores, los verdaderos revolucionarios, los que interrumpen la abrumadora monotonía del medio ambiente, los que se libran de las garras de la ética común, los que rompen el férreo círculo de *el qué dirán*.

Pero éstos se exponen a la ira de sus contemporáneos, a la rabia de sus compañeros. Aparecen los hirientes epítetos: traidor, tráfuga, apóstata; pues no impunemente se interrumpe la tranquila digestión intelectual de la grey.

Sin embargo, éstos son los que marcan rumbos, descubren verdades, formulan teorías. Son los faros que iluminan el mar borrascoso de las pasiones humanas.

Son los solitarios oasis en el inmenso y árido desierto de la mentira, la traición y la hipocresía.

Ellos no se fijan en el *qué dirán*. Tienen ideales y cumplen con su apostolado honrada y sinceramente. Afirman su individualidad dentro y fuera del grupo, dando amplio desarrollo a todas sus facultades mentales y morales, pues están convencidos de que la prosperidad de la colectividad depende del integral desarrollo del individuo.

La disciplina no es para ellos una cadena, sino una nueva afirmación de su "yo". No renuncian, sino afirman. Aceptan el método, el orden, sin los cuales es imposible ningún trabajo ni progreso.

Son jefes y soldados: mandan y obedecen. Son maestros y discípulos: enseñan y aprenden. Son individualistas y colectivistas: afirman y desarrollan su "yo" para que de la reunión de los "yo" inteligentes se forme la libre y vigorosa colectividad.

No quieren el rebaño, pues en él desaparece la personalidad. Su afán es que todos los de su partido sean iguales en inteligencia y voluntad. No quieren la ceguera, pues saben que en el reino de los ciegos el tuerto es rey. Si no admiten gigantes, tampoco quieren admitir pigmeos. Y como la normalidad es su modo de ser, no se dejan arrebatar por mórbidos accesos de neurasténicos entusiasmos. No buscan estímulos en el alcohol y la religión, sino en la vida, en la idea y en la acción. Y como poco les importa *el qué dirán* los demás, viven la vida íntegra del hombre sano de cuerpo y de espíritu.

He ahí los vivientes modelos sobre los cuales pode-

mos calcar nuestra existencia. Hemos de desechar los rancios convencionalismos, la estéril tradición, la vil mentira y la ajena opinión. Vivir la vida propia, íntegra, sana y moral. Progresar, siempre progresar. Jamás estancarse ni cristalizarse. Ser paladines de la verdad, tal cual la concebimos y sentimos, a despecho de todos y de todo. Jamás auscultar la opinión ajena, ni prestar oído a *el qué dirán* los demás. Guiarse por un alto sentimiento del deber. Y pensar y obrar según propias, profundas y arraigadas convicciones.

¡Tales han de ser los verdaderos obreros del progreso social y de la emancipación del hombre!

LABOREMUS

Cuando en un alto del camino de la vida uno se detiene a contemplar la obra realizada y la por realizar; cuando en la falda de la montaña se alza la vista para vislumbrar la cumbre; cuando a grandes rasgos se abarca el conjunto de la tarea; cuando abreviando las distancias se vuelve a recorrer las sucesivas etapas por donde ha pasado el espíritu humano para llegar a su estado actual; cuando en una revista crítica se hace desfilar a hombres, cosas, partidos, teorías, doctrinas, hipótesis, ideas e ideales; cuando en una síntesis del conjunto se aprecia la historia de la civilización, se llega a comprender cuán poca distancia se ha recorrido, cuán poca labor se ha realizado y cuán enorme es la tarea por realizar, cuán amplio y cuán vasto es el camino por recorrer.

La delgada y frágil capa de civilización que barniza al hombre moderno no resiste a un examen crítico, severo e imparcial. Escarbándola un poco, aparece el hombre primitivo, brutal, sanguinario, corrompido, que apenas ha llegado a cubrir su desnudez con la bíblica hoja de parra.

Si se esquematiza la vida, si se la simplifica reduciéndola a sus elementos componentes, se llega a la teoría de la lucha de clases; pero si se toma la vida en su conjunto, si se la generaliza, si se concibe al hombre como una especie animal cualquiera, se comprende que la lucha de clases no es causa, sino efecto de la explotación del hombre por el hombre; y si existen explotados y explotadores, oprimidos y opresores, ricos y pobres, no es porque hay lucha de clases, sino porque somos aún una especie primitiva y atrasada dominada por un brutal instinto de la vida.

Surgimos de las tinieblas del salvajismo y aun nos domina la barbarie; somos egoístas, malos y perversos; satisfacemos nuestros apetitos donde y como podemos; nuestra razón es aún débil para dominar nuestros instintos; nuestra guía es todavía la casualidad y el azar.

Las religiones no han existido ni existen porque hay iglesias y sacerdotes, sino por que la especie humana ha sido y es aun fanática y supersticiosa, atrasada e ignorante. Los reyes y tiranos no perduran porque tienen ejércitos y escuadras, sino porque los pueblos así lo quieren; tal es la voluntad activa o pasiva de las masas.

La edad de oro, que las religiones colocan en el pasado, es un mito ridículo y absurdo. Nosotros somos mejores que nuestros padres, y nuestros padres fueron mejores que nuestros abuelos, y esperamos que nuestros hijos serán mejores que nosotros. Es el lento progreso de la especie, es el constante y paulatino triunfo de la idea y del pensamiento.

La poca libertad de que gozamos es producto de di-

fíciles y laboriosas conquistas, la pequeña dosis de ciencia que ilumina nuestro cerebro es producto de titánicos esfuerzos de activas e inteligentes minorías contra la ignorancia y el misonéismo de las mayorías.

¡Y cuán débil es aún nuestra ciencia! Si mucho sabemos, aún más ignoramos. Si dominamos el rayo, somos impotentes contra el volcán; si nos jactamos de dominar la tierra, nada podemos contra el terremoto; si cruzamos el mar, nada podemos contra la furia de las olas. Somos aún pequeños, débiles, insignificantes, en el inmenso universo de ignotas y omnipotentes fuerzas cósmicas.

El hombre, centro y rey de la creación, la tierra centro del universo, es un cuento infantil y ridículo. La tierra es un punto en el macrocosmos, y el hombre es menos que un punto en la tierra: he ahí nuestra importancia relativa en el universo.

Y para llegar a este sencillo concepto de relatividad, la humanidad ha necesitado la labor intelectual de miles de años.

Para comprender que somos una especie animal a la par de otras especies, que no somos indispensables ni de mayor importancia para la existencia del universo, que lo que poseemos — libertades, ciencia, progreso, etc. — lo debemos a nuestro propio esfuerzo, que jamás hemos tenido una edad de oro, sino que a ella tendemos, y que si queremos ser mejores, más sabios, más fuertes, más libre, debemos trabajar y luchar para conquistarlo; para comprender todo eso se ha necesitado también muchos miles años y enorme labor.

Los que luchamos en las filas del pueblo, los que

anhelamos realizar una tarea fecunda de constante mejoramiento de las condiciones de vida de los que trabajan y sufren, los que queriendo emancipar a la clase obrera queremos emancipar así a la especie humana de sus errores y prejuicios seculares, hemos de aceptar el método positivo y la relatividad de las cosas en nuestra constante lucha con nuestros enemigos.

Ni fórmulas absolutas, ni bellas utopías. Realizar la labor cotidiana como ineludible deber, con la íntima satisfacción de que con el modesto trabajo de hoy preparamos el mañana, que de las pequeñas conquistas del presente surgirá radiante el porvenir.

El socialismo, poseedor del método positivo, no puede ni debe soñar en futuras grandezas ni paraísos terrestres. "Más vale pájaro en mano que ciento volando", dice un refrán popular, expresando una gran verdad.

El trabajo obstinado, tenaz, constante y valiente es el que da el triunfo. Somos creyentes sinceros en la religión del trabajo, y en él confiamos y ciframos nuestros futuros éxitos.

Laboremus: esta ha de ser la palabra de orden. El socialismo es semejante a una roca incommovible en plena mar borrascosa de odios y pasiones que se rompen y destruyen a sus pies.

Somos de la materia de que se forjan los titanes. Poseemos el talismán de la victoria: el trabajo.

Laboremus: hora a hora y día a día ejecutemos una parte de nuestro programa, una parte de nuestro ideal.

Y si no lo realizamos todo, nos quedaremos satisfechos de haber dejado algo hecho para nuestros hijos,

para nuestros nietos, para que ellos a su vez continúen la árdua labor.

Y cuando en un alto del camino de la vida nos detengamos a contemplar la obra realizada y la por realizar, cuando en la falta de la montaña alcemos la vista para vislumbrar la cumbre, exclamaremos henchidos de fe y entusiasmo:

¡Cuán poco hemos hecho y cuánto queda aún por hacer!

MALON DE INDIOS

En el fondo de los impenetrables bosques chaqueños, lejos, muy lejos del mundo civilizado con sus bellezas y encantos, se han refugiado las últimas tolde-rías de los indios salvajes—restos miserables de las in-dómitas tribus americanas—,quienes aun no han sido reducidos a la vida civilizada por la santa trinidad capitalista: la cruz, la espada y el alcohol.

Son pocos los indios chaqueños; pero bastan y sobran para dar que hacer y que fiablar a los genuinos portaestandartes de la civilización capitalista. Frailes, militares y periodistas se desviven por hacer gozar de su dulce paraíso de ultratumba a todo ser viviente con tal de que se deje explotar mansamente en este triste valle de lágrimas; persiguiendo y exterminando con saña inaudita a aquellos que se rebelan a su omni-potente voluntad de indiscutidos e indiscutibles repre-sentantes de dios en la tierra.

La historia de la conquista del continente ameri-cano es la página más cruel y sangrienta del cruel y sangrientísimo libro de la historia universal del ca-tolicismo. ¡Horroriza pensar cómo han sido aniquila-

das y exterminadas razas enteras con sus respectivas civilizaciones, culturas, técnicas y religiones! La raza blanca, tan ufana y orgullosa de sí misma, ha cometido más atrocidades y crímenes que todas las razas juntas. ¿En virtud de qué principio, en nombre de qué derecho el invasor blanco y cristiano ha desposeído y aniquilado al verdadero y único dueño del suelo americano? Y si éste ha tratado de resistir al invasor brutal, si en nombre del más sagrado e inviolable derecho—el derecho a la existencia—el indio ha tratado de defender su vida y sus bienes; si a la fuerza de la espada y del mauser ha opuesto la destreza de su arco y el vigor de su lanza; si a la disciplina de un ejército regular ha opuesto la astucia de sus correrías; si a la violencia ha respondido con la violencia, el invasor blanco y cristiano, ciego de ira y de furor, le ha colocado fuera de la ley humana y divina, fuera del más elemental derecho de gentes, declarándole la guerra sin cuartel, sembrando la pampa infinita de montones de cadáveres humanos, y tiñendo de sangre de hermanos las puras y cristalinas aguas de sus caudalosos ríos. La leyenda bíblica de Caín y Abel se ha reproducido en proporciones colosales en el vasto continente americano.

Tres siglos han bastado para extirpar de raíz los últimos vestigios de las razas que habitaban esta tierra. Muchas tribus indígenas han cedido palmo a palmo el suelo al invasor. Luego, vencidos, reducidos, aniquilados, se han refugiado en las impenetrables selvas chaqueñas; y junto al tigre, a la boa y a la serpiente venenosa quieren vivir lejos de los blancos y de

las bellezas y encantos de su cristiana civilización. Y he aquí que los blancos invaden la selva, profanan su inmaculada virginidad y a los rudos golpes de su hacha formidable estremécense los troncos seculares. El riel extiende su línea infinita hasta los confines de la selva. El silbido de la locomotora ahuyenta a la alimaña y llama al indio a las rudas tareas del trabajo envilecido y mal retribuído. El indio ruge de cólera y de coraje. Pero la fuerza del invasor lo rinde, y el indio astuto, aparentando mansedumbre se convierte en esclavo del blanco. Y éste, siempre brutal y sin entrañas, humilla al indio y lo explota sin compasión. Le obliga a emborracharse, pues en vez de dinero le paga con tabaco y alcohol su trabajo, corrompiendo así su cuerpo y su espíritu, degradándolo aun más con su moral católica. Y en vez del indio sobrio, fuerte, valiente, sano y libre como el potro en la pampa, tenemos al indio corrompido, débil, cobarde, esclavo y enfermo. La raza se acaba entre los estertores de una agonía miserable. El blanco remata su obra de civilización cristiana iniciada hace tres siglos. Es el último acto de la gran tragedia de la conquista del continente americano.

Falta aún el epílogo. Pero éste no se desarrolla ya en el vasto escenario de los lejanos bosques del Chaco, sino en el estrecho y mefítico ambiente de las oficinas gubernamentales y en las trastiendas de los diarios ricos. Es aquí donde se inventan imaginarios malones, relatando en espeluznantes descripciones el salvajismo de las tribuas chaqueñas.

¡Pueblos destruídos, aldeas incendiadas, chacras y

fincas invadidas y habitantes devorados en antropófagas orgías, batallas sangrientas con el ejército de la nación, llevándose este último la peor parte! ¡En una palabra, los indios dueños de la selva inmensa! ¡El avance de la civilización y del progreso detenido por la horda salvaje! ¡Audacia imperdonable, inaudito atrevimiento! Y los funcionarios y periodistas claman venganza. Hay que castigar dura y ejemplarmente a esta raza maldita que ni la cruz, ni la espada, ni el alcohol han podido reducir a la mansedumbre cristiana!

Los indios blancos y mestizos de la calle Florida, de la casa Rosada y de las redacciones ricas, preparan así un malón contra los miserables indios de color. Y los motivos de este nuevo malón son mucho más prosaicos y vulgares que los pretendidos por los voceros del capitalismo. En el fondo no se trata de defender el progreso contra el avance de la barbarie. Si tal fuera el objeto, demasiada tarea tenemos para desbarbarizarnos y civilizarnos nosotros mismos. Tendríamos que quitar la viga de nuestros ojos y no la paja del ojo ajeno. Y en eso Buenos Aires aventaja al Chaco. Los malones son aquí cotidianos y a pleno sol. La vida y los bienes de los habitantes de la República son amenazados, más que por los indios del Chaco, por los indios de la oligarquía. Pero de eso nadie se ocupa. ¡Qué importa que en las calles de Buenos Aires el bandolero pueda aún exigir al transeunte “¡la bolsa o la vida!” En los confines del país hay algunas tolderías. Sus moradores no quieren trabajar por una remuneración miserable que no les alcanza para matar el ham-

bre ni para cubrir de andrajos su desnudez. Ya no se rebelan contra el blanco por ser blanco, sino por ser el amo y el explotador. El alcohol, la cruz y la espada han matado la indómita energía del indio para continuar aún la lucha de razas. Pero en su lugar ha surgido la lucha de clases. No es ya el indio quien se alza contra el blanco, sino el proletario quien se alza contra el capitalista.

La correría y el malón dejan su lugar a la huelga y a la protesta. La selva se puebla de himnos extraños de redención.

En el misterio de los bosques sus sonidos adquieren apocalípticas solemnidades. Un soplo de vida, un hábito de libertad anima a la raza esclavizada. Pero el invasor blanco no quiere tolerar tales audacias. Mal las tolera a los parias de las ciudades porque también son blancos. Pero la gente de color no tiene ningún derecho a disfrutar de la libertad y del progreso. Tales conquistas son patrimonio exclusivo de las razas superiores y de las castas privilegiadas. Y en nombre de un falso cristianismo y de un mentido progreso, se decreta el exterminio de razas enteras.

Pueden ufanarse los blancos de su cristiana civilización. En los Estados Unidos de Norte América se lincha al negro por ser negro; en Rusia se mata al judío por ser judío; en América del Sur se fusila al indio, por ser indio; y en todas partes se aniquila y se extermina al débil y al pequeño por ser débil y pequeño.

Entre nosotros, ¿quiénes son los autores del malón? ¿los ricos y los potentados que se han apropiado el suelo americano, o los restos de las tribus indias que débilmente defienden su derecho a la vida?

A la tragedia de la lucha de razas en las selvas chaqueñas se agrega actualmente el drama de la lucha de clases.

ESCUELAS LAICAS

Profundo y crónico es el mal que aqueja a la enseñanza primaria de la República. La escuela del Estado es deficiente cuantitativa y cualitativamente.

Gran cantidad de niños de edad escolar no encuentran asientos en las escuelas públicas; y los que en ellas caben reciben una instrucción viciada y deficiente. Las altas autoridades escolares, políticos de profesión generalmente, están minadas por la deletérea influencia clerical que desde hace muchos años inspira la acción oficial; y el cuerpo docente, maestros y maestras, gremio castigado y servil, obedece a las influencias de arriba. El resultado final es que los frailes son los verdaderos mentores de la escuela del Estado. Dios y la Patria son dos entidades abstractas que empeñosamente se inculcan en la mentalidad infantil. La religión y el patriotismo llenan los textos escolares. Y en vez de dedicar las horas hábiles a la enseñanza de conocimientos reales y positivos, muniendo a los niños de instrumentos útiles y fecundos en la lucha por la vida, se dedican largas horas al aprendizaje de estériles y huecas declamaciones patrióticorreligiosas.

Y la escuela del Estado, la escuela del pueblo por excelencia, pagada y sostenida con el dinero del pueblo, ha caído, por sus indiscutibles deficiencias, en un desprestigio grande.

Gente sensata e inteligente, y sobre todo bien inspirada, pensó en remediar el mal. El plan era aparentemente sencillo. Frente de la escuela patrioterica y clerical del Estado, levantar la escuela laica, de iniciativa popular, emancipada y libre de todos los sectarismos y perniciosas influencias. La simpática iniciativa encontró cierto eco, y la fundación y sostenimiento de algunas escuelas laicas fué un hecho.

Pronto los iniciadores de la obra se encontraron con serias dificultades. La carencia de elementos materiales e intelectuales. La pequeña cuota impuesta a los padres de los alumnos que frecuntaran las escuelas laicas era insuficiente. Se recurrió a las suscripciones y donaciones. Pero eso jamás puede constituir un fondo regular y normal de recursos escolares. Se solicitó ayuda pecuniaria al Estado cuya escuela se pretende combatir. La subvención oficial no llegó todavía. La carencia de elementos docentes idóneos para la obra es más grave aún. Esto, salvo raras excepciones, escasean enormemente, y lo peor del caso es que no se les consigue mediante suscripciones, donaciones ni subvenciones oficiales. Y es evidente que una escuela laica sostenida a fuerza de grandes sacrificios no puede ser entregada al primer maestro postulante. Y así la obra se vió restringida, cohibida, reducida a un ensayo en el cual abundan la sinceridad y la buena voluntad y es-

casean los recursos fundamentales para su adelanto y progreso.

Empero cabe preguntar: aun existiendo los elementos necesarios para la obra, ¿es la escuela laica de iniciativa privada, frente de la escuela del Estado, la llamada a resolver en nuestro país o en país alguno el grave y trascendental problema de la instrucción primaria? ¿Puede la colectividad confiar a grupos particulares la enseñanza elemental, o es ésta un servicio público de cuya función ha de encargarse necesariamente el Estado?

¿Cuáles son los medios eficaces para obtener la laicización de las escuelas del Estado?

Después de un maduro e imparcial examen del problema en todos sus aspectos, hemos llegado a las siguientes conclusiones: 1ª Jamás la escuela laica de iniciativa privada puede oponerse ni reemplazar a la escuela del Estado, ni es la iniciativa privada la llamada a resolver el trascendental problema de la instrucción primaria. 2ª En principio es peligroso confiar la enseñanza elemental a grupos particulares, pues en manos de éstos puede sufrir alteraciones, desviaciones y mutilaciones; puede hacerse sectaria en grado extremo. La instrucción primaria debe considerarse como un servicio eminentemente público, elemental y fundamental función de todo Estado moderno. 3ª El único medio eficaz para obtener la laicización de la escuela del Estado es el ejercicio amplio y consciente del sufragio universal.

En ningún país civilizado la escuela elemental de iniciativa popular privada ha prósperado ni tenido

gran desarrollo. Ni en Inglaterra, país clásico del individualismo, y cuya instrucción primaria es bastante atrasada, ha prosperado la escuela elemental particular, de iniciativa privada de grupos constituídos con este objeto. Mucho menos en Suiza, Francia, Alemania, Bélgica, Italia, etc.

En Francia, la lucha se ha entablado entre la escuela laica del Estado y la escuela confesional de las congregaciones religiosas. Todos conocen el resultado de la encarnizada lucha. Es en el terreno político donde se ha librado y decidido la batalla. La escuela laica del Estado ha triunfado sobre su rival. Nadie ha pensado en Francia constituir grupos para la fundación y sostenimiento de escuelas laicas. Todas las fuerzas liberales, democráticas y socialistas han concurrido para apoyar al Estado en su lucha contra la Iglesia. El sufragio universal ha inclinado la balanza en favor del primero. Y la escuela laica del Estado será allí, en un futuro no muy lejano, el verdadero templo del pueblo adonde éste irá a buscar la satisfacción de sus necesidades morales e intelectuales.

En los demás países, la lucha por el laicismo está orientada en el mismo sentido. El Estado, siendo o debiendo ser emanación del sufragio popular, forzosamente reflejará las tendencias de la mayoría. Será laico siéndolo el cuerpo electoral, y será clerical en caso contrario.

La instrucción primaria exige enormes recursos. La escuela moderna debe ser amplia, hermosa, llena de aire, de luz y de sol. Necesita bibliotecas, museos, instrumentos y útiles de enseñanza, numeroso perso-

nal técnico, idóneo y bien remunerado. Y para dar instrucción a todos los hijos del pueblo se necesitan muchísimas escuelas. El único que puede afrontar, con holgura, tan cuantiosos gastos es el Estado. Los recursos los puede tomar sin recargar al pueblo con nuevos impuestos y gabelas. Su gran fuente fiscal está en el impuesto sobre la renta, los legados y las herencias. Jamás la iniciativa privada puede contar con los recursos del Estado, y fatalmente las escuelas hechas en tales condiciones resultan ser deficientes en todos sentidos. Locales estrechos, falta de elementos y útiles de enseñanza, personal exiguo no siempre idóneo y mal remunerado.

Nótese bien que no negamos toda utilidad y eficacia a las escuelas laicas de iniciativa popular. Dentro de sus modestos recursos y de la reducida esfera de su acción, pueden ser fecundas en ensayos y vivir a la sombra de la escuela del Estado. Hasta alguna de ellas puede ser modelo en su género. Pero para no caer en perjudiciales exageraciones, hay que darse cuenta exacta de la importancia real de la obra; jamás llegarán ellas a resolver ni tal vez influir mayormente sobre el gran problema de la instrucción primaria.

La escuela del pueblo, la que él paga y sobre la cual tiene derechos inalienables es la escuela del Estado. Mejorarla, laicizarla y perfeccionarla debe ser el objeto y el deseo del pueblo trabajador. Y como la única forma de realizar esta obra es el voto, haga, pues, política inteligente y consciente, y puede estar segu-

ro de que, más o menos pronto, tendrá buenas escuelas laicas.

La escuela del Estado de nuestro país es de origen y tradición laica. Lo es aun en la letra. Influencias subterráneas la han bastardeado. Culpa es de la desidia y de la indiferencia de nuestro pueblo. Ciudadanos que pueden votar y no votan o venden el voto al mejor postor, no tienen derecho a quejarse de la mala marcha de la cosa pública. El cuerpo docente del país, si muestra actualmente alguna tendencia clerical, es obedeciendo a una consigna de arriba. Si mañana cambian los vientos, no serán, de seguro, las maestras y maestros los que se opondrán a ello.

Apoyemos y fomentemos las pocas escuelas laicas de iniciativa popular. En ellas no debemos ver por el momento más que una viril protesta permanente contra la deficiencia cuantitativa y cualitativa de la escuela del Estado. Tal vez resulte ser, con el tiempo, un feliz ensayo. Pero no perdamos de vista la verdadera y amplia acción para obtener buenas y suficientes escuelas laicas para la instrucción del pueblo: la conquista de la escuela del Estado por el ejercicio consciente del sufragio universal.

Es una de las tantas modalidades de la fecunda acción política del Partido Socialista.

UNIVERSIDADES POPULARES

Si la instrucción primaria ha de ser principalmente una función del Estado, si en el terreno de la enseñanza elemental de la infancia, por su índole y extensión, poco o nada puede hacer la iniciativa privada, en cambio hay otro campo de acción de amplios horizontes, vasto y fecundo, donde la iniciativa privada puede y debe desarrollar toda su voluntad y toda su capacidad; este campo casi virgen entre nosotros, es la popularización de la ciencia; la cultura y la instrucción del pueblo por medio de la conferencia, el folleto y el libro; la fundación de sociedades cuyo fin sea poner al alcance de la masa popular adulta, hombres y mujeres, las verdades positivas y los conocimientos elementales del humano saber; la fundación de universidades y bibliotecas populares y la edición de folletos y libros escogidos para el mismo fin y objeto.

Esta clase de instituciones, todas de origen e iniciativa privada, son las que han prosperado y prosperan admirablemente en todos los países civilizados.

Estados Unidos, Francia, Austria, Bélgica, Alema-

nia, Suiza, Italia, etc., han multiplicado al infinito las escuelas nocturnas, las bibliotecas y universidades populares, las conferencias, los folletos y los libros de popularización científica. Y continuamente surgen nuevas y fecundas iniciativas en el vasto campo de la cultura popular. Sabios y obreros fratenizan en la obra común de proyectar un rayo de luz a través de las densas capas de la ignorancia y de la superstición, mortales enemigas de todo progreso y libertad.

Estos pueblos han comprendido que con la enseñanza primaria que reciben los niños en la escuela del Estado, o en otra escuela cualquiera, no acaba la instrucción y la cultura del hombre. Pocos son los que siguen estudios secundarios y menos aún los que cursan institutos de enseñanza superior. Este género de estudios es, hoy por hoy y salvo raras excepciones, un privilegio de clase. Además, los estudios universitarios, como lo hacen actualmente, son más bien técnicos; su objeto es preparar profesionales. Y la gente del pueblo, que jamás llega hasta los dinteles de las universidades oficiales, que apenas ha aprendido a leer, escribir, sumar, restar y algunas otras nociones elementales, y que desde la más temprana edad está condenada a un trabajo físico pesado y embrutecedor, ignora el colosal progreso de la Ciencia y del Arte; para él están vedados los divinos placeres de lo verdadero y de lo bello. Y los goces espirituales indispensables para todos ser humano los saca el pueblo de la taberna y del lupanar, embruteciéndose y degradándose física y moralmente, llegando a constituir una verdadera clase de parias modernos.

De ahí ha surgido la urgente necesidad de la cultura popular intensiva y extensiva. Continuar la obra de la escuela primaria, desarrollando la personalidad humana, en la adolescencia, la edad adulta y hasta en la vejez.

La división del trabajo, fatal consecuencia del progreso técnico y de la producción intensiva, ha estrechado el campo de la actividad del hombre, especializándolo en tareas limitadísimas. Muchos hombres pasan su vida pegando botones, clavando suelas, mirando en el microscopio, operando cataratas o puliendo un pedazo de bronce. Si estos mismos profesionales especializados no desarrollan su inteligencia y no integran su mentalidad con conocimientos generales de la vida y de la ciencia, quedarán reducidos a las automáticas funciones de un estrecho y muchas veces infecundo tecnicismo.

La misma conquista del acortamiento de la jornada de trabajo no puede tener un objeto más alto y más noble que la instrucción y cultura del pueblo trabajador. El obrero que trabajara menos horas y no dedicara su tiempo desocupado a cultivar su inteligencia en la adquisición de nuevos conocimientos positivos y reales, vería esterilizadas sus conquistas e infructuosos sus esfuerzos. Pues no dedicándolas al estudio, las dedicará a la taberna, al juego o a la iglesia, degradando su cuerpo y su espíritu en las más bajas pasiones humanas.

Todo concurre, pues, a la imperiosa necesidad de la difusión de la cultura y de la instrucción entre la masa popular, entre los adultos de ambos sexos.

¿Y cómo realizar tan plausible y alto fin? Es la experiencia ajena y propia la que ha de guiarnos en esta tarea. Que el Estado cumpla con su elemental y primordial deber de dar instrucción primaria laica a todos los hijos del pueblo, y que la instrucción y cultura de los adultos sea principalmente obra de la iniciativa privada, de grupos constituídos con ese objeto, pudiendo y debiendo ser también apoyada y estimulada por la Comuna y por el Estado.

En los países que hemos mencionado, la instrucción y la cultura del pueblo han progresado gracias a la iniciativa privada. Muchos hombres han comprendido la necesidad de acercar la ciencia a la vida, haciendo de ella un patrimonio común. Y dirigiéndose al pueblo en la forma sencilla y comprensible de la verdad evidente, sus iniciativas han brotado y crecido en su medio natural y genuino. Es el mismo pueblo el que da calor y vigor a todas estas obras útiles y generosas. Sin su concurso todo fracasaría irremediablemente. Las universidades y bibliotecas populares han prosperado allí donde han encontrado el decidido apoyo y el concurso populares.

Entre nosotros, las únicas instituciones de este género han crecido y prosperado en el seno mismo del movimiento obrero, tomando de él y prestándole su calor y entusiasmo. La Biblioteca Obrera de la capital, manejada por obreros manuales, es una institución floreciente. Muchas otras bibliotecas obreras, fundadas y sostenidas por centros socialistas y sociedades gremiales, están en vías de una halagüeña prosperidad. La Sociedad "Luz", única institución en su

género en toda la República, sin el pomposo título de universidad popular y con el solo concurso de pocos ciudadanos intelectuales y manuales, ha podido realizar una hermosa obra de instrucción y cultura popular. En los ocho años de su existencia ha realizado una serie de cursos y conferencias, siempre muy concurrecidas, sobre numerosos temas científicos, sociológicos y económicos. Su método de enseñanza ha sido eminentemente demostrativo, pues casi todas sus conferencias han sido ilustradas con proyecciones luminosas, o han sido experimentales.

Al lado de esta obra eminentemente práctica y popular hay gente entre nosotros que gasta una grandilocuencia hueca e inútil ensalzando “la extensión universitaria”, fundando “universidades populares” y “universidades libres”, “centros de educación popular”, de “estudios sociales”, etc.

Es de lamentar que este aparente interés y simpatía por la cultura popular no haya salido aún de la esfera de la teoría y de la palabra. Tememos mucho que jamás salga de ahí.

Las obras grandes se hacen lentamente, sin ruido ni bombo, sin buscar efímeras glorias ni aplausos pasajeros. Lo ruidoso, lo bombástico, lo grandilocuente, es generalmente inútil e infecundo.

Trabajemos con amor y ahinco por la cultura e instrucción popular. Es la más sana y fecunda tarea del porvenir. El trabajo cotidiano es embrutecedor y fatigante; integremos nuestra personalidad con la adquisición constante de nuevos conocimientos; re-

cocijemos nuestro espíritu en la pura y cristalina fuente de la Ciencia y del Arte.

Ahí está, pues, un vasto campo de amplios horizontes, obra útil y fecunda para la iniciativa privada.

Cooperar a la cultura e instrucción del pueblo es contribuir inteligente y eficazmente a la emancipación del hombre.

DISCIPLINA

El éxito de una doctrina o teoría está en la cohesión y uniformidad de los elementos que la defienden y propagan. El triunfo de un partido está en la unidad de pensamiento y de acción que lo inspiran y guían. Jamás triunfó doctrina, teoría ni partido algunos minutos por la incoherencia, la indisciplina, la mezquindad de intereses, la diversidad en el pensamiento y la anarquía en la acción. Tales doctrinas y partidos están condenados fatalmente a desaparecer; son víctimas de sus propios errores y las rencillas intestinas los matan; y si, en algún momento, llegan a producir ruido y a conmover las capas superficiales de la historia humana, pronto se hunden en el vacío y la nada; desaparecen sin dejar rastros ni huellas en la vida de los hombres.

Consúltese la historia universal y se verá la veracidad de tales aserciones. Es una ley histórica que rige los destinos de las doctrinas y de los partidos. Obedeciéndola, el triunfo es su recompensa; e infringiendo sus preceptos, la derrota es su castigo.

Tal sucede en todos las faces de la actividad huma-

na. En último término triunfan los coherentes, los metódicos, los disciplinados, los ordenados y los sinceros. El charlatanismo tiene vida efímera. El desorden es hermano del caos. La indisciplina anuncia la derrota. Los rencores y las rencillas son precursores del fracaso y de la disolución.

El socialismo doctrinario y militante — como idea directriz del movimiento social contemporáneo y como partido político de acción, — debe sus mejores triunfos y sus más bellas conquistas a la cohesión y disciplina de sus adeptos.

Y nótese bien que unidad, cohesión y disciplina no quieren decir imposición, tiranía, ni sujeción. Los partidos son más fuertes cuando sus miembros son más libres e independientes. Y para aceptar voluntariamente una disciplina, sujetarse a ella y ajustar nuestra acción dentro de sus preceptos y reglas, se necesita mucha libertad de espíritu y mucha independencia de carácter.

La disciplina es necesaria e indispensable para el individuo, como para la colectividad, el partido y la especie toda. Ella es la guía y la norma de conducta para una vida sana, laboriosa y fecunda. Ella es la estabilidad y el orden dentro de la colectividad. Ella es la cohesión, la unidad y la homogeneidad dentro del partido. Y ella es, en fin, el lazo de unión y de solidaridad de la especie entera.

Sin disciplina toda acción individual y colectiva se hace imposible. Sin ella, el desorden y la anarquía reinan soberanas.

La libertad absoluta, el triunfo del *yo* individual

es un mito, una mistificación, una ridiculez. Los que pretenden cernirse en las alturas, los que proclaman el triunfo de un rancio individualismo en oposición al espíritu gregario de las masas, son unos pobres mentecatos. Ignoran o fingen ignorar los infinitos e invisibles lazos que con fuerzas indisolubles los atan a sus prójimos y a la colectividad en que viven.

En el fondo de cada uno de nosotros reside aún un pequeño tiranuelo. Envueltos en vistoso ropaje de independencia y libertad, somos todavía o mandones u obedientes y humildes. El amor propio,—el ridículo, el mezquino e insignificante amor propio, — se rebela cada vez que de él tenemos que ceder algo en holocausto de una causa, en beneficio de los demás. Miramos el mundo a través del prisma de nuestro amor propio. Tenemos una idea o un pensamiento que creemos ser justo y racional, y lo primero que se nos ocurre es imponerlos a nuestros semejantes. Protestamos de la tiranía de las mayorías y no nos damos cuenta de que la tiranía de las minorías es mucho más absurda e intolerable.

Duele ver a hombres que aparentemente aceptan y se someten a una disciplina colectiva, que concurren a la formación de un partido de principios, que se dan un programa, estatutos, autoridades, que establecen procedimientos racionales y legales para modificar, cambiar y revocar lo hecho y lo resuelto anteriormente; duele verlos alzarse con santo y seña a la primera contrariedad, al primer choque de las pasiones en juego, a la primera adversidad en sus razones o caprichos personales o de grupo.

Duele ver a hombres que pretenden renovar el mundo y cuya intolerancia raya en sectarismo en todo lo que se refiere a defectos y culpas ajenas, sacrificar ideas, principios y sentimientos en holocausto de un amor propio mal entendido o de vergonzosas e inconfesables rencillas personales.

Todo afiliado al Partido Socialista tiene el derecho y el deber de velar por su buena marcha y vigilar por el fiel cumplimiento de su programa y estatutos. Pero tales derechos y deberes implican una disciplina y un método. El que quiere hacer respetar los estatutos debe empezar por respetarlos él mismo.

Los individuos y los centros que quieren erigirse en guardianes de la buena marcha del Partido, — lo que es muy encomiable y simpático, — tienen el deber de cumplir ellos, estrictamente, las decisiones de la mayoría. Y no es, seguramente, indisciplinándose y alzándose airadamente contra prescripciones y autoridades creadas por la voluntad de la mayoría, como se consigue hacer triunfar la razón y la justicia.

Las mayorías pueden equivocarse, pues el error es humano. Pero el deber de las minorías es ilustrar, persuadir y convencer a las mayoría de su error. Procediendo así, temprano o tarde la minoría se convierte en mayoría, y consigue hacer triunfar la buena causa.

¡Bien venidos el control escrupuloso y la crítica sana! Son las fuerzas morales de un partido, como el saber y la ciencia son sus fuerzas intelectuales. Pero cuando estas fuerzas se convierten en instrument-

tos de imposición y predominio se hacen antipáticas y peligrosas.

Cuando nos incorporamos a un partido, no para destacar nuestra propia personalidad, sino para defender intereses colectivos, debemos sacrificar mucho de nuestro amor propio y de nuestro "yo".

Aceptemos y acatemos la disciplina, que es sinónimo de orden y de triunfo; pues sin ella no es posible la existencia regular y el desarrollo normal de ningún grupo ni partido. Si mala es la ley, el remedio no está en desobedecerla, sino en modificar o abolir, la ley.

La libertad de espíritu y la independencia de carácter no consisten en encontrarlo todo malo y en protestar contra todos. Se es libre e independiente cuando uno se impone una norma de conducta y la cumple consigo mismo y con los demás.

La disciplina y el orden conducen al triunfo seguro, mientras la indisciplina y el desorden son causas de disolución y de bancarrota.

Y si por ahí alguien preguntara para quiénes van todas estas reflexiones y observaciones, la respuesta surge libre y espontánea; cada uno debe decirse a sí mismo: *De te fabula narratur.*

BESTIAS Y HOMBRES

Sayán, el viejo elefante del Zoo, está gravemente enfermo. Los cinco médicos que lo asisten desesperan salvarlo. Parece haberse perdido toda esperanza, salvo algún milagro de la Naturaleza. Y a medida que el desenlace fatal se aproxima, el interés público crece y se agiganta por la preciosa salud de esa vida inútil. Treinta mil personas han desfilado ya ante el imponente y lúgubre paquidermo. Los diarios le dedican sentidos artículos. Hasta en boletines especiales se anuncian las peripecias de su enfermedad. ¡Dichoso Sayán!

Los hombres, endurecidos en la ruda lucha por la vida, insensibles al dolor de sus semejantes, indiferentes a las más tremendas desgracias ajenas, contemplando impávidos como la muerte troncha prematuramente innumerables vidas lozanas y fecundas; los hombres, que todos los días contribuyen intencional y deliberadamente a aumentar el montón de cadáveres humanos, son los que se han conmovido ante tu dolor y tus sufrimientos; ¡oh dichoso Sayán!

¡Sabes, Sayán? Durante los pocos días de tu en-

fermedad, en la misma ciudad de Buenos Aires, ocho albañiles cayeron de los andamios. Todos murieron después de atroces sufrimientos. Todos estaban en la plenitud de su vigor, en la flor de la vida Fuertes como robles y valientes como héroes, contribuyeron, con su esfuerzo hercúleo, a levantar soberbios palacios y lujosas mansiones. Cinco eran casados y tres solteros. Los primeros dejan en la orfandad y la miseria a viudas indefensas y tiernas criaturas, y los últimos a padres ancianos y desamparados, inconsolables en la desgracia y el dolor. Sobre sus tumbas recién abiertas nadie derramó una lágrima cálida. Sus féretros desfilaron tristes y solitarios delante de un público indiferente y hostil. Los diarios apenas les dedicaron la indispensable y cruel noticia de policía. La tierra fría cubrió sus míseros despojos. Y nadie se conmovió por ellos, siguiendo la vida su curso rugiente y torrentoso. ¡Dichoso Sayán! ¡tú no caíste de un andamio! ¡por eso los hombres te compadecen y te admiran!

También durante tu enfermedad, Sayán, tres carreros cayeron de sus pescantes. Con los cráneos destrozados, con la masa encefálica derramada y mezclada al lodo y fango de la calle, los tres tuvieron una muerte espantosa. Los tres eran verdaderos gigantes. la guadaña de la parca segó su juventud como siega el vigoroso segador la débil hierba. También ellos dejan en la más negra miseria a su fecunda y numerosa prole. Ni un leve suspiro público acompañó su desgracia. Sus ataúdes bajaron a la fría tumba en medio de la indiferencia y desdén generales. ¡Dichoso Sa-

yán! ¡tú no cometiste la tontera de caerte de un pescante! ¡por eso mereces la estima pública!

Otra tragedia, más espantosa aún, pasó mientras los cinco profesores cuidaban tu preciosa salud, Sayán. Un joven, adolescente apenas, trabajando para ganar el pan de todos los días, cayó en una caldera de grasa hirviente. ¡Horror! Murió quemado vivo. Tuvo la más cruel y espantosa de las agonías. Lejos de su hogar de su familia, de su terruño, nadie depositó una lágrima sobre sus míseros despojos. ¡Su cadáver viene a aumentar el montón de las anónimas víctimas del trabajo! ¡Dichoso Sayán! ¡tú no caíste en una caldera de grasa hirviente! ¡por eso la muchedumbre compasiva ansía saber la marcha de tu enfermedad!

Muchas otras víctimas caen cotidianamente en la tremenda batalla de la vida. Son víctimas humanas. Tiernas criaturas, hermosas doncellas, madres fecundas, hombres vigorosos y ancianos venerables. Caen en los antros del vicio, en los abismos de la degradación, en las profundidades insondables del homicidio y del suicidio. Los hospitales, las cárceles, los manicomios y los asilos, son el refugio y albergue de esa doliente muchedumbre. Sordos rugidos de humano dolor estremecen, cual leve terremoto, los cimientos de la sociedad. Es la inmensa legión de los excluidos del banquete de la vida que reclaman en él un asiento.

Pero los dichosos no se molestan ni se incomodan mucho ni poco por ello. Más bien se fastidian por lo inoportuno del espectáculo. ¡Guay de aquel que con su llanto o su protesta fastidia al prójimo feliz! Es

un perdulario o un criminal. Los jueces lo condenan, la policía lo persigue y la sociedad lo anatematiza. La bestia humana no tiene derecho a quejarse. La resignación, la humildad, la pobreza y el sufrimiento son las virtudes cardinales del catolicismo. Y quien se queja comete imperdonable sacrilegio. ¿No lo sabías, Sayán?

En los inmensos e impenetrables bosques africanos de tórrido sol donde tú naciste, Sayán, las fieras y los negros son más humanos que los blancos orgullosos.

En la selva existe una ley que todos, grandes y chicos, fuertes y débiles, tácitamente respetan y cumplen. En nuestra sociedad civilizada, las leyes son hechas por los grandes contra los pequeños, por los fuertes contra los débiles.

A tí, Sayán, los hombres te arrancaron de tu país natal, te hicieron cruzar muchos mares y te encerraron en la prisión del Zoo, donde probablemente dejarás tus huesos. En realidad no puedes sentir mucha gratitud hacia tus carceleros. En tus lejanas y confusas reminiscencias, aparece esfumado el vasto escenario de tus correrías y hazañas. Eran inmensas e impenetrables selvas, vastas e infinitas praderas, lagos tranquilos cual espejos bruñidos, ríos caudalosos de turbias y amarillentas aguas. Tú eres el rey de la selva. En algún rinconcito de tu borrada memoria se revuelven confusos dulces idilios con ubérrimas hembras. Todo eso es ya muy lejano y confuso. ¡Ahora estás aprisionado, viejo y enfermo!

Pero tu cárcel es regia mansión, tu vejez venerada y venerable, y tu enfermedad preocupa a millares de

humanos. Cinco médicos te asisten, boletines especiales anuncian la marcha de tu dolencia, y si mueres, Sayán, más de un alma caricativa derramará lágrimas cálidas sobre tu tumba. ¡Muera tranquilo!

¡Mira, Sayán, mientras la dulce luz del padre sol alumbrá tus ojos! El guardián que te cuida y te quiere, es una criatura humana. También él ha sido arrancado de su suelo natal donde el más hermoso cielo sonreía en tonos suaves a la más fecunda y ubérrima Naturaleza. Pero él ha sido arrancado por la miseria y el hambre, aunque parezca paradójal la cosa. Ahora él también es ya viejo, achacoso y enfermo. Pronto no servirá para cuidar a los animales. ¿Para qué servirá entonces? De estorbo. Nadie compadecerá su suerte. Morirá, solitario e ignorado, sobre algún montón de harapos, en el rincón de algún conventillo inmundo, y luego será arrojado a la fosa común.

Dime, Sayán: en la actual sociedad, ¿no es mejor ser elefante que criatura humana?

MISION DE LA PRENSA SOCIALISTA

(Extracto de una conferencia)

Admiro y aplaudo la actividad inteligente, la labor perseverante y anónima, la propaganda constante e incansable que realiza el Comité pro La Vanguardia para allegar recursos materiales para el sostén de nuestra hoja diaria y para la prosperidad de nuestro órgano de combate.

Y la admiro y la aplaudo más aún, cuando pienso que tal labor la realizan ciudadanos modestos, sin ridículas vanidades, sin ruidosa aparatosidad, sin intereses mezquinos ni ocultos, sin rivalidades que empequeñecen y esterilizan la obra; la realizan simplemente, como quien realiza una obra buena y fundamental, obra duradera y fecunda que lleva en sí misma la sanción de sus méritos, la recompensa de sus virtudes.

Allegar recursos materiales para la prensa socialista es obra fundamental. Porque la índole doctrinaria y social de nuestros diarios, su concepto de la moral política, su misión de decir la verdad, hacen de ellos empresas económicamente precarias, pobres de recursos de toda clase. Y para cumplir la misión general de la pren-

sa moderna, para poder competir con los grandes diarios ricos de la burguesía, para ofrecer al obrero un diario informativo y educativo se necesitan grandes recursos materiales, poderosos medios técnicos, cuya adquisición y sostenimiento cuesta mucho dinero.

Somos el Partido de los pobres y un Partido pobre por excelencia. Nuestros recursos pecuniarios son limitados, y ellos provienen en su mayor parte del salario del obrero, y por lo tanto su empleo y manejo es de mayor cuidado y responsabilidad. Empero todo sacrificio que el pueblo haga para robustecer nuestro órgano de combate está ampliamente recompensado.

En las complejidades de la vida moderna, en la vasta e intrincada red de actividades tecnoeconómicas, en sus múltiples funciones sociales, la prensa desempeña un rol prominente y asaz fundamental. El diario es el órgano de información local y universal, de educación política y de cultura científica y artística, que orienta y guía a la opinión pública. En tal sentido el periodismo es el ejercicio de un gran poder y la función de un verdadero apostolado. Las ocupaciones absorbentes y abrumadoras de la gran mayoría de los hombres, su ruda lucha por la existencia, apenas les permite leer un diario. Y éste es para ellos la fuente única del saber humano; es su cartilla elemental y es su enciclopedia. Allí beben todos sus conocimientos. Es su pan intelectual de todos los días. Así, conversando con un ciudadano cualquiera sobre cualquier tópico de la vida, se puede afirmar, sin equivocarse casi, cuál es el diario que lee. Se comprenderá, pues, fácilmente cuán difícil,

cuán delicada y cuán noble es la misión de la prensa.

¿Y cómo lo cumple la prensa rica, la prensa que pertenece a las clases privilegiadas y gobernantes?

Consciente del poder sugestivo que ejerce sobre las masas incultas e ignorantes, la prensa rica se sirve de él a las mil maravillas para sus fines de clase. Su información, sus artículos de fondo, como sus comentarios y crónicas, son absolutamente tendenciosos. Sistemáticamente ocultan la verdad al pueblo. Tergiversan o silencian los hechos que le interesan. Mistifican en política y mienten en religión. Diarios hay que viven de los negocios turbios, del aviso de la adivina y del alcohol, de la diatriba, de la calumnia y del *chantage*. Por lo mismo que la prensa es un gran poder, es un poder temible. Si grande es su fuerza para el bien, no es menor su fuerza para el mal. Y desgraciadamente, el mal que causa la mala prensa es enorme, a veces irreparable. Patriotera y chauvinista, defensora del régimen actual, la prensa rica es una institución poderosa del régimen capitalista, una columna de la actual sociedad, un verdadero baluarte del privilegio y de la explotación.

Hay, sin duda, excepciones a la regla. Diarios ricos hay que cumplen más o menos concienzudamente su misión. Empero con *rara avis*, y en lo referente a la defensa del privilegio, en verdad, no hay excepción.

¿Cómo quebrantar este poder temible y sugestivo que obra a diario sobre la mente del pueblo? ¿Cómo sustraer a su influencia nefasta de sistemática mentira a las masas laboriosas y fecundas? ¿Cómo contra-

rrestar la omnipotencia de la prensa rica? Simplemente oponiéndole otra prensa que sirva al pueblo con inteligencia y sinceridad. Y ninguna es más indicada para tal tarea de redención mental de las masas que la prensa socialista. Que el obrero lea "su diario" en lugar del diario enemigo; que su alimento intelectual se lo prepare y condimente la "cocina socialista" y no la "cocina burguesa", y se habrá dado un gran paso en el camino de la emancipación.

Pero para que el diario socialista cumpla bien su alta misión política y social y satisfaga al mismo tiempo las necesidades generales de la prensa moderna, necesita grandes recursos materiales poderosos y costosos medios técnicos.

El lector que por la mañana recibe, a veces en la cama, su diario, y desperezándose lo desdobra con desganado e indiferencia en busca de la noticia trivial o sensacional, no sabe ni remotamente la enorme, la múltiple y compleja labor humana que en sus páginas contiene. Es la síntesis de la técnica y de la economía modernas.

En el perentorio tiempo de algunas horas el diario debe ser escrito, compuesto, impreso y distribuído. El genio inventivo se ha, realmente, sobrepasado en la construcción de máquinas poderosas como titanes, exactas como cronómetros y dóciles como niños, para la composición e impresión. Quien no ha visto funcionar una máquina linotipo y una rotativa moderna ignora en absoluto los progresos de la técnica de imprimir. El cable trasatlántico, el telégrafo terrestre, el teléfono y el correo, traen al diario informaciones de los

cuatro ámbitos del universo. Una legión de obreros del músculo y del cerebro trabaja con febril actividad. Y todo eso está hecho para que algunos hombres escriban y comentan los sucesos del día. La técnica está al servicio de la inteligencia. Y lo que estos hombres producen intelectualmente, sus pensamientos buenos o malos, sus sentimientos auténticos o fingidos, son condensados, materializados, en las páginas del diario, y constituyen el pan intelectual de millares y millares de seres humanos cuya opinión modelan y forman.

La prensa socialista, cuya misión intelectual es bien distinta de la prensa burguesa, necesita disponer de los mismos elementos materiales y técnicos, de los mismos poderosos medios de componer e imprimir modernos.

El socialismo, más que un partido político, es un complejo y vasto movimiento histórico y humano. Sus luchas y combates se realizan a la par en el campo de los hechos y de las ideas. Y para ello necesita poderosos órganos de combate, formidables instrumentos de ataque y defensa. Y el diario es, sin duda alguna, no el menos eficaz de estos instrumentos.

¿Y cuál ha de ser la misión “específica” de un diario socialista? ¿Cuál es su “característica” que lo diferencia de los diarios ricos? Por supuesto, no ha de ser la supresión de la información cualquiera sea su índole. Los acontecimientos, buenos o malos, son hechos que nadie debe ignorar. La caída del albañil de un andamio, el vuelo de un aeroplano, el precio del trigo en el mercado universal, la entrada al puerto de un trasatlántico lleno de inmigrantes, el estado sani-

tario de la población, la temperatura, como la presión del aire, son fenómenos cotidianos que todo el mundo debe conocer y saber. No hay para qué ignorar ni ocultar el hecho policial, el fenómeno político o el acontecimiento social. Es la información; y esta misión debe cumplirla la prensa en general, so pena de dejar de ser tal. Diario sin información no es diario. Los hechos y los sucesos forman la materia prima del periodismo moderno. Y la prensa socialista no puede ni debe sustraerse a esta misión. Su misión "específica", su "característica" propia está en la interpretación del hecho, en su comentario.

El diario socialista debe ser ampliamente informativo. En sus columnas debe reflejar el caleidoscopio múltiple y complejo de la vida universal. Sirviendo a la clase obrera debe suministrarle el pan intelectual de todos los días en el artículo de fondo, en la crónica ligera, en el comentario serio o risueño. La teoría y la doctrina, para ser verídicos y fecundos, deben surgir de la vida vivida. No hay que olvidar que el diario no es la revista ni el libro. Los sustituye en cierto modo, pero simplificando y abreviando.

Si importante es el fondo de un diario, no menos importantes debe ser la forma.

Para desarrollar el buen gusto y elevar el sentimiento estético del pueblo, el diario socialista debe ser bien escrito. La literatura no está reñida con el socialismo. Mas al contrario. El pueblo es capaz de comprender y gustar las más altas formas literarias. Por ende, el diario socialista no puede ser refugio de analfabetos.

Difícil y compleja es, como se ve, la misión de la prensa socialista. Diario de información, órgano de combate, instrumento de educación y cultura, intérprete de las necesidades, deseos, sentimientos, ideas e ideales de la clase obrera, la hoja socialista debe librar batallas encarnizadas con la prensa rica, poderosa en recursos materiales e intelectuales. Empero la prensa socialista progresa en todos los países civilizados. El *Worwaerts*, diario socialista de Berlín, posee elementos técnicos y materiales más importantes que *La Prensa*, diario capitalista de Buenos Aires. A medida que la conciencia de la clase obrera se aclara y afirma, su prensa crece y se robustece.

Los socialistas en la Argentina podemos afirmar con legítimo orgullo que desde el primer día hemos comprendido la verdadera misión de la prensa socialista.

La Vanguardia, nuestra modesta y querida hoja de propaganda y combate, desde el día de su fundación — 7 de Abril de 1894 — hasta el momento actual, dentro de sus limitadísimos recursos materiales e intelectuales, ha cumplido a conciencia su deber.

Fué, es y será portaestandarte de la “buena nueva” en el medio hostil y refractario de nuestra seudodemocracia mestiza. En sus 18 años de vida, y a través de los obstáculos y percances sin fin, ha abierto amplia brecha en la fortaleza enemiga. *La Vanguardia* es nuestra arma de combate por excelencia. Seamos siempre su “fuerza” y nunca su “debilidad”. Saludemos a los obreros anónimos que trabajan “en” y “por” *La Vanguardia*. Aportemos a nuestra querida hoja todo nuestro concurso material e intelectual en este mo-

mento que se trabaja por su ensanche y engrandecimiento. Y ahora que ya somos una fuerza temida y respetada, trabajemos incansables para que *La Vanguardia* sea el gran órgano del gran Partido Socialista del Porvenir.

TEORIA Y PRACTICA DE LA HISTORIA

UN LIBRO PARA EL PUEBLO

I

El doctor Juan B. Justo había contraído consigo mismo y con el partido que él fundara e inspirara, un grave y solemne compromiso: volcar en un libro de doctrina las fecundas e inteligentes prácticas del gran movimiento social contemporáneo, cuyo núcleo central y fuerza dinámica es la clase asalariada moderna. Compromiso más grave y solemne aún para un hombre que no se paga de fórmulas teóricas y que está siempre dispuesto a sacrificar el rótulo al contenido. Ya en largos años de intensa labor práctica y de serenos estudios y profundas meditaciones teóricas, el doctor Juan B. Justo nos ha dado los lineamientos generales y el esquema fundamental de su peculiar modo de sentir, ver y concebir los grandes problemas sociales. Positivista e idealista en el más vasto sentido de la palabra, su práctica histórica lleva el sello inconfundible de un alto pensamiento y fecundo amor. Las instituciones por él fundadas o inspiradas, sus folletos, llenos de sa-

na doctrina, sus artículos jugosos y medulares publicados en revistas y diarios, sus conferencias y lecciones durante quince años de trabajo fecundo, son el más alto testimonio de la unidad de su pensamiento y de su acción. Pero faltaba el libro que diera coherencia y homogeneidad a la vasta obra teórica y práctica; que compendiaré y resumiera la múltiple y dispersa labor; que construyera el cuerpo de doctrina con la unidad y variedad arquitectónicas, resultante lógica de la unidad y variedad de su pensamiento y acción. ¡Y he aquí el libro! Fruto sazonado de una vasta concepción, vino al mundo con la modestia y la tranquilidad de las grandes obras humanas. ¿Cumplió el doctor Juan B. Justo el grave y solemne compromiso que había contraído consigo mismo y con el partido que él fundara e inspirara? Nos proponemos analizarlo en este bosquejo de exposición y de crítica de su obra *Teoría y práctica de la Historia*.

El análisis y la crítica de una obra contribuye a su mejor entendimiento y asimilación intelectual. Me daría por ampliamente satisfecho si consiguiera tal propósito. Otro de mis vehementes deseos es no caer en errores de interpretación y por lo tanto no tergiversar el pensamiento del autor. Pero ahí está el autor mismo, celoso de sus ideas y siempre dispuesto para aclarar cualquier duda, corregir cualquier error y enmendar inexactas interpretaciones.

“El estilo es el hombre”. El estilo del doctor Justo es el exacto y fiel reflejo de su modo de sentir, pensar y accionar. Sobrio, sencillo, conciso y preciso, expone su pensamiento con exactitud y claridad. Los vocablos que más usa son los sustantivos y los verbos: las cosas reales, los objetos del mundo exterior y sus acciones y reacciones. Jamás busca efectos literarios en el uso y abuso de los adjetivos. No se repite. No hace juegos malabares con teorías, doctrinas, esenelas ni fórmulas para asombrar a las buenas gentes con su vasta erudición. Con frases sobrias y llanas expone las verdades más grandes y los pensamientos más atrevidos. Intencional y conscientemente sacrifica lo subjetivo a lo objetivo. Su corazón es el primer motor de la obra; pero su cerebro es el freno consciente de sus impulsos y el crisol por donde pasan sus sentimientos, dejando en el fondo las escorias e impurezas, y dando a luz el oro puro de sus pensamientos. Las cifras y los números ocupan un lugar prominente en toda su exposición. Sacrifica la palabra al número, el giro literario al trazado gráfico, la lucubración teórica al diagrama. No se jacta de ser dialéctico, ni hegeliano, ni comtista, ni ninguna otra cosa por el estilo. Concedor profundo del marxismo, está en el polo opuesto al método marxista y a su modo peculiar de exponer y razonar. Es la diferencia que media entre el jurista y el biólogo. Carlos Marx, hablando del método que usó para el estudio y la exposición de su libro *El Capital*, decía: “En el análisis de las formas económicas, no podemos servirnos del microscopio ni de los reactivos químicos; tenemos que reemplazarlos con la fuerza de la abstracción.”

El mismo Marx dice, en otra parte, hablando siempre de su propio método: "Mi método dialéctico no sólo difiere fundamentalmente del de Hégel, sino que le es diametralmente opuesto." "Hégel pone la dialéctica al revés. No hay más que darle vuelta para descubrir el núcleo racional bajo la envoltura mística." A tal método responde también un estilo confuso y obscuro. Hay que confesar que un método consistente en *la fuerza de la abstracción y la dialéctica hegeliana*, es deleznable, inconsistente y muy poco científico. Es el punto vulnerable y el blanco principal para la crítica fundada del marxismo. Es que en la época de Carlos Marx, el verdadero método para los estudios histórico-sociales: — la estadística — aun no existía o estaba en embrión. El gran Marx lo dice: "La estadística social de Alemania y del resto occidental del continente europeo, es miserable". Preveía, pues, Marx, que el verdadero método histórico estaba en la estadística. El doctor Juan B. Justo aplica en su libro el método estadístico en toda su amplitud y rigor. "En los principales países las necesidades del gobierno — dice Justo en su prólogo — han creado la estadística, que registra en cifras las manifestaciones de la vida colectiva." Y con amplio criterio científico, amontona y coordina el inmenso material de cifras y números registrados y acumulados en todos los países civilizados. Jamás libro alguno de Historia ha presentado, en tan reducido volumen, tal cúmulo de datos estadísticos. Y no es un amontonamiento de números sin propósito fijo, al azar. Hay en todo aquello una línea directriz que lo guía desde la primera hasta la última página:

descubrir la ley que regula el fenómeno social. Y cuando el doctor Justo descubre la ley, prefiere a la fórmula escrita el trazado gráfico o el diagrama. Pero el mismo autor se encarga de mostrarnos la que surge de la estadística: “Toda ley científica — nos dice — es simplemente aproximada, como los diagramas que trazamos para representar un aspecto del movimiento histórico, uniendo varios puntos cuya altura nos es dada por la estadística, y suponiendo que en los intervalos de un punto a otro el movimiento va en línea recta. Pero ni los datos de la estadística pueden ser de una exactitud absoluta, ni expresan la altura del movimiento en cada instante, sino en períodos más o menos largos, ni pueden trasladarse al papel con una precisión completa; y si en el curso del movimiento representado encontramos un pico muy saliente, puede suceder que prescindamos de él por comodidad, por no caber en el papel, y no servirnos para juzgar de la tendencia general del fenómeno estudiado.”

Agregad al método estadístico un riguroso método inductivo, al revés del deductivo de los metafísicos, un modo de ver que encuadra perfectamente en el más puro *realismo ingenuo*, y un estilo claro y preciso, junto a una gran honestidad intelectual y a una infinita perspectiva de ideales y sentimientos, y tendréis una imagen fiel del libro *Teoría y práctica de la Historia*.

Es, pues, un libro nuevo en su género, singular por su forma y su método, y más nuevo y singular aún por su fondo y su sana doctrina y teoría científica. En otros artículos iremos analizando el fondo de la doctrina. Por ahora creemos haber bosquejado el estilo y

el método del libro, cuyo autor lo dedica “a la masa laboriosa y fecunda, sincera aún en el error, hasta en la rebelión santa”.

II

El título de la obra, más que “al estado de ánimo de un hombre que ve en la vida, no una condena, ni una lotería, sino una acción que, para ser placentera y eficaz, ha de ser inteligente”, responde a un concepto fundamentalmente distinto y radicalmente opuesto a los viejos y clásicos conceptos de las *fuerzas históricas*.

No es un libro de historia en la vulgar acepción de la palabra; pues para nada se ocupa de los “sucesos memorables, pasto de la crónica que, como la comedia, como la tragedia, tiene en el Parnaso su musa propia, la musa Clío, y cuyos cultores brillan en el arte de describir combates, y poner en boca de príncipes y generales elocuentes arengas.” No interesa al autor *lo teatral y lo aparatoso* de las actividades humanas, sino *lo ordinario y corriente*. Le “*importa menos la magnífica vestidura del rey que el abrigo usual de la masa del pueblo*”. No es, pues, una obra de historiografía narrativa y novelesca donde la frondosa imaginación del autor sirve para deleitar a “*los hombres que se pasean por la Historia como por ciudad extraña viajeros sin objeto*.” Tampoco es un libro de Economía Política, “*esa pseudociencia que en los cerebros burgueses ha sido ante todo la teoría del*

enriquecimiento, el arte sórdido de la acumulación”, y cuya crítica Marx trazó tan profunda y admirablemente. “En la economía política burguesa — dice el doctor Juan B. Justo —, como factores de la producción, entran, pues, indistintamente, materias primas, máquinas, hombres y caballos. De ahí la obscuridad de sus conceptos y lo ininteligible de su jerga. Asimila al productor manual el instrumento animado o inanimado, confunde al obrero con los animales y las cosas, y no puede, por consiguiente, distinguir las relaciones de los hombres a los fines de la técnica, o la división del trabajo, de la técnica misma, o sea la acción intencional de los hombres sobre los animales y las cosas. ¡Qué de extraño, entonces, que sean absurdas e incomprendibles sus doctrinas generales sobre las sociedades humanas?” “La producción para el cambio, el papel creciente de dinero en las relaciones humanas, han sustituido en muchos hombres a la sana preocupación por las necesidades de la familia la fiebre del enriquecimiento a toda costa; la religión del capital ha hecho clases enteras de fanáticos, para quienes la mentira y el fraude son sagrados, la codicia la principal virtud y los sacrificios humanos necesarios para la mayor gloria de su dios. Los economistas son los teólogos de esa religión; sólo es bueno a sus ojos lo que se puede registrar en contabilidad por partida doble; miran con ojeriza, como un estorbo a sus sanas doctrinas, los hogares del campo que consumen directamente algo de lo que producen, y no calculan la renta de su habitación. ¡Qué importa si esas familias viven felices, cultivan el suelo con inteligencia y amor, y obtienen de él abundantes

frutos? Lo esencial es determinar el tanto por ciento de ganancia, el rendimiento neto, y eso no es posible para gentes tan fuera del orden natural de las cosas, que consumen leche y legumbres sin llevarlas a tasar al mercado.”

Al doctor Justo le repugna esa pretendida ciencia del más puro egoísmo brutal y desenfrenado, y cuyos únicos cultores son, en el presente, alguno que otro profesor pagado por el Estado burgués para justificar y hasta glorificar el *statu quo* de la sociedad actual. Su libro está muy lejos, a enorme distancia, de la clásica economía política.

Ni siquiera la obra del doctor Justo es un libro de sociología. Oigamos la opinión del mismo autor sobre esta nueva ciencia: “El cúmulo de datos sobre la evolución humana es ya imposible de registrar sin una teoría que lo coordine, sin una idea general de cómo los hechos se entrelazan y suceden en la Historia, necesidad que se ha creído llenar creando una ciencia nueva, la sociología. Pero si bien Comte, su iniciador, fué movido por el deseo de poner orden en los acontecimientos, los sociólogos han creído después necesario y posible, para estudiar las necesidades humanas, ponerse fuera de ellas, enfrente de ellas, como los zoólogos ante las ostras o los pájaros. Ven la Historia como un cuadro cinematográfico, y para explicarlo, no se les ocurre sino sacar de él fotografías instantáneas. Reniegan de toda solidaridad de clase o de partido, ponen el más pueril empeño en ignorar los preceptos que, a pesar suyo, pudieran resultar de los dogmas de su ciencia inmaculada, y proclamando su social intención

de no tener ninguna, reiteran su propósito de no entrometerse en la práctica. ¿Hipocresía o ilusión? Todos estamos dentro de la sociedad, inclusive los sociólogos, y si alguien realmente prefiriera sus teoremas sociológicos a la vida de la comunidad, sería tan estéril en la teoría como en la práctica.” “Como previo acto de contrición, los sociólogos mutilan su personalidad alejándose aparentemente de toda tendencia y se declaran puros y limpios de todo fin práctico. Nada de extraño entonces que, embanderados en escuelas, pierdan su tiempo en discutir muy seriamente si lo que reina en la sociedad es la simpatía o la imitación, si el curso de la Historia es circular o espiral”. Tal es la opinión del doctor Justo sobre esta nueva ciencia, tan en boga entre muchos *dilettanti* del movimiento social moderno.

Ni historiografía, ni economía política, ni sociología, ¿qué es, pues, el libro en cuestión?

El mismo autor se encarga de contestarnos. Para él la Historia es “un proceso universal y continuo, y cuya teoría es la teoría general de las actividades humanas”. Más que a todas las escuelas y doctrinas atribuye una importancia enorme a la “alborada de la conciencia histórica del pueblo”, y más que todas las teorías valen la trascendental facundia de los hechos, de la práctica histórica de los hombres, de su acción inteligente e intencional sobre el medio físicobiológico para adaptarlo a sus fines técnicoeconómicos.

La teoría formula la ley, y la ley resume en una fórmula breve un conjunto de hechos y fenómenos y su encadenamiento y relación recíprocos. Pero la teo-

ría del doctor Justo no es dogmática, ni rígida, ni cristalizada, ni anquilosante. “No creo—nos dice—conducente y genuina sino la teoría que surge espontánea de los hechos, puestos en un orden a la vez lógico e histórico. Dispuestos estamos a sacrificar toda palabra, a desprendernos de toda denominación, siempre que el contenido real de la teoría se enriquezca y aumente su eficacia para la acción. La solidez de la verdad científica, el valor de la teoría, consisten en que nos sirven en la práctica del trabajo directamente productivo o del trabajo investigador. La experiencia es la fuente del conocimiento, la crítica inexorable de la ilusión. Y la gran experiencia es la que se hace en el mundo, por todos, en la vida práctica, en el complejo trabajo histórico. Son los prácticos, los militantes, quienes más saben de las fuerzas del mundo social”. Hemos transcrito, deliberadamente, todos estos fragmentos de las admirables páginas de la obra para comprender bien el título del libro y su contenido real. Es un nuevo concepto de la Historia. La teoría que surge de la práctica, de la múltiple y compleja acción del hombre a través del tiempo y del espacio, del hombre como ente biológico y como ente histórico; la teoría que a su vez sirve para la mejor inteligencia de la práctica, para introducir orden y método y hacer intencional y consciente la actividad histórica de los hombres.

Tal es el fondo de la obra. A nuevo contenido nuevo título. Teoría y práctica, es el lema del autor. ¿Y cómo se eleva y llega Justo a la nueva inteligencia de la Historia? Nos lo dice también él mismo: “Para llegar

a la verdad histórica preciso es querer descubrirla en toda su desnudez, militar del lado donde no hay privilegios que disimular ni defender. Para comprender la Historia hay que hacerla, defendiendo al pueblo con inteligencia y con amor. La verdad así descubierta nace con enorme fuerza expansiva. A igualdad de inteligencia y energía, quien menos impone su persona es quien más impone sus ideas". ¡Cuánta sinceridad en estas últimas palabras! Puede estar seguro el autor que sus ideas han de imponerse con la fuerza expansiva y fecunda de la verdad descubierta.

III

"*Teoría y práctica de la Historia*" es un libro profundo y sincero. Sus admirables páginas están repletas de ciencia y conciencia. La vasta erudición del autor campea en todas sus líneas. Pero no es un libro para el pueblo. Ni por su forma ni por su fondo es accesible para la rudimentaria e inculta mentalidad popular. Hay que popularizar y divulgar sus páginas. Y esta tarea incumbe a los amigos y discípulos del doctor Juan B. Justo. Repetimos: no es, pues, un libro para el pueblo".

Este, o parecido, juicio elogioso e imparcial en apariencia, es, sin embargo, intencionalmente equívoco en el fondo. Los que así juzgan el libro, intelectuales de profesión o profesionales del intelectualismo, pretenden haber comprendido la obra; y porque creen haberla comprendido ellos, niegan al pueblo inteligencia

y capacidad para comprenderla. Es el eterno prejuicio de casta sacerdotal. Más aún, con tal juicio pretenden desautorizar al autor en su deseo más íntimo de haber escrito un libro para “enseñar al pueblo las fuerzas históricas e instruirlo en su manejo”. Si el pueblo no es capaz de comprender lo que para él se escribe, ¿entonces para qué y para quién se escribe? Para una clase de privilegiados, destinados por la providencia, a dirigir y conducir al rebaño de incapaces. ¿Para qué dedicar, pues, el libro “a la masa laboriosa y fecunda, sincera aún en el error, hasta en la rebelión santa”? Los intelectuales y críticos de profesión quieren vengar el agravio inferido por el autor de *Teoría y práctica de la Historia*, quien de su propia obra afirma el siguiente concepto: “Hecho para el pueblo, quisiera, sin embargo, este libro ser leído por personas de toda condición. Macchiavelli, escribiendo para los príncipes, enseñó al pueblo. ¿Cuánta más no enseñaríamos a los príncipes los que escribimos para el pueblo, si se dignaran leernos!”. Los aludidos príncipes contestan: “Hemos leído el libro, lo comprendemos, y hasta lo aplaudimos, aunque no fué escrito para nosotros; pero el pueblo, para quien fué escrita la obra, no la comprende, porque le falta capacidad e inteligencia para ello”. Tal es el equívoco intencional lanzado a la publicidad en diarios y revistas y recogido por la opinión adversa al autor y a su libro. Es la aprobación que hiere, el aplauso que lastima, la sonrisa que mortifica. No pudiendo negar el talento, se niega su eficacia y oportunidad; no pudiendo contrarrestar la grande obra, se afirma que ella no responde al fin per-

seguido y propuesto. Es la pasajera y efímera satisfacción de la mediocridad y de la impotencia, lógica actitud de los adversarios vergonzantes.

IV

Difícil es, sin embargo, encontrar un libro que responda mejor y más eficazmente al fin que se propuso el autor como *Teoría y práctica de la Historia*. Clara y concisa exposición de las principales y fundamentales *fuerzas históricas*, su inteligencia es accesible a toda mente no anquilosada por el dogma, a todo cerebro no pervertido por el privilegio. El doctor Juan B. Justo, huye como de una peste intelectual, de las obscuridades intencionales, de las calculadas nebulosas teóricas, de las atrevidas e inconducentes hipótesis. Su pensamiento es nítido y transparente como la verdad que lo informa; su lógica férrea tiene la fuerza incontrastable de los hechos y de los números. Las verdades por él formuladas no admiten réplica: son axiomas sociales, porque no son afirmaciones caprichosas hechas *a priori*, sino lógica resultante de una serie de fenómenos comprobados y registrados en el tiempo y en el espacio. Escribe para el "Descendiente de los héroes anónimos de todos los tiempos, herido por la diferencia de clase más que por la diferencia de raza, el pueblo trabajador moderno tiene que ver en la Historia un proceso universal y continuo, cuya teoría es la teoría general de las actividades humanas". Y el pueblo comprenderá al autor del más sincero y pro-

fundo libro escrito para él; porque “nadie como el pueblo trabajador necesita conocer la verdad en materia social; nadie como él puede proclamarla sin ambages; nadie como él sufre sus propios errores, por lo mismo que son sinceros”.

Las grandes verdades históricas, a la par que las grandes verdades biológicas, por lo mismo que son fundamentales, resultan sencillas y elementales. Reducen a sus elementos componentes el vasto complejo de la Historia y de la Vida. Iluminan y aclaran su sentido íntimo y profundo. Desvanecen la leyenda de lo divino y de lo providencial. Lo caprichoso y lo ocasional conviértese en lo regular y casual. “Todo lo que sucede sigue un orden regular; hay entre las cosas relaciones que podemos descubrir y hacer valer en nuestro bien”. El libro del doctor Justo responde a tal fin, y por eso no es una exposición fría y escueta de fenómenos y hechos observados y estudiados por un hombre que se coloca fuera y por encima de la sociedad, y de cuyo estudio no pretende sacar ninguna conclusión práctica, sino el análisis metódico y lógico de las *fuerzas históricas* hechas con gran amor y profundo cariño para servir a la “elaboración intencional de nuestro destino colectivo” y para “difundir entre los hombres las actividades superiores más solidarias y nobles, y para que haya en el mundo más razón, más belleza, más bondad”.

V

En los cimientos de la Historia el doctor Justo coloca la piedra fundamental de la biología. El hombre

es un animal; lo dominan las fuerzas primordiales de la animalidad: el hambre y el amor, la nutrición y la generación, la conservación del individuo y la conservación de la especie. Las grandes leyes biológicas: la herencia, la variación, la multiplicación, la lucha por la vida y la selección son comunes a todos los seres vivientes, incluso el hombre.

Las manos, consecuencia de la estación bípeda, y el lenguaje, resultado de un gran desarrollo cerebral y mental, dan al hombre una inmensa superioridad sobre todos los animales. Para mejor *crecer y multiplicarse* el hombre reacciona intencional y conscientemente sobre el ambiente físico-biológico, modificándolo y creando el mundo técnico-económico.

Desde este momento comienza la Historia propiamente dicha. Con el descubrimiento o invento del fuego, con el laboreo del hierro, con la domesticación y la cría de animales, con el cultivo de la tierra y con la fabricación de las herramientas, principia la era de la civilización. La técnica es el fundamento propio de la Historia. Las herramientas, proyección de nuestros propios órganos, son la síntesis de la *Naturaleza* y el *hombre*, la conjunción de la *materia*, y el *espíritu*.

El crecimiento de la población y el ingenio vivo de los hombres, impulsan y perfeccionan la técnica. La productividad del trabajo humano, merced a la técnica, crece desmesuradamente. Pero para llegar a este fin, los hombres se han impuesto instituciones que limitan el desarrollo de una gran parte de ellos. La propiedad privada, hecho fundamental de la Historia,

divide a los hombres en dos grandes clases: los que poseen las fuentes naturales de vida y de riqueza y los instrumentos de trabajo y los medios de cambio, y los que poseen sus brazos, su fuerza de trabajo: en una palabra, en ricos y pobres. Tal división trastorna las leyes biológicas. La lucha por la vida y la selección se realizan en condiciones desventajosas para los pobres. Todo tiende a limitar su desarrollo como clase.

A los fines de la técnica y de la cooperación los hombres se asocian y se organizan: tal es la economía. Pero la cooperación no es libre, los hombres entran en ella por medios coercitivos, por la fuerza. Los esclavos, los siervos y los proletarios entran en la cooperación obligados por las clases privilegiadas, que de hecho se convierten en los directores del mundo técnico-económico. La guerra y la política sirven principalmente para mantener en la sugestión a las clases serviles. Las clases privilegiadas tratan de mantener y defender sus privilegios, se convierten así en la fuerza estática de la Historia; las clases serviles tratan de mejorar sus condiciones de vida modificando el mundo económico, convirtiéndose así en la fuerza dinámica de la Historia: tal es la lucha de clases, motor principal del progreso histórico. Tales son las *fuerzas históricas* en acción.

Nociones elementales y fundamentales para la inteligencia de la Historia, fueron obscurecidas y embrolladas, en todos los tiempos y países, por los defensores del privilegio.

Filósofos de la antigüedad, teólogos y metafísicos de la Edad Media, economistas, historiadores y sociólogos

modernos han construído teorías a cual más ingeniosas y extravagantes para justificar y perpetuar el privilegio. El doctor Justo analiza y refuta todas estas teorías falsas y erróneas. Y para eso reúne en su libro un enorme cúmulo de datos y cifras comparándolos y reduciéndolos a leyes que interpretan y marcan el derrotero de la Historia.

VI

La propiedad, la guerra, la esclavitud, la política, la lucha de clases no son caprichos de un Ser Supremo, ni inventos ingeniosos o malvados de una casta de hombres; son fenómenos fundamentales de la Historia. Pero no son eternos ni inmutables.

En *Teoría y práctica de la Historia*, el doctor Justo formula las leyes de su evolución, de su transformación. “Marchamos sin descanso por el camino de la Historia. La Humanidad está siempre en vías de crecimiento y transformación”. “¡Ay de los ilusos que suponen al mundo quieto porque no tienen ganas de andar! Lento o impetuoso, encubierto o visible, el progreso histórico es continuo”. Así comienza el gran libro. Y todo él tiende a demostrar estas premisas fundamentales. En la Historia, como en la Vida, nada es eterno, todo cambia y evoluciona, todo se modifica y perfecciona. La técnica,—desde la primitiva y rudimentaria herramienta, hasta la máquina a vapor, el dínamo, la turbina, la máquina linotipo y los grandes

medios de locomoción y transporte,—ha evolucionado y progresado enormemente.

Desde la primitiva forma de organización y división del trabajo por razones biológicas de sexo y edad y el trueque simple de cosas, hasta la infinita división de los gremios, la creación de la moneda, la organización de los trusts, las grandes migraciones de los hombres, los modernos medios de información, la imprenta, el telégrafo y el teléfono, la economía se ha transformado y progresado al infinito. La guerra y la política han sufrido el mismo cambio. La lucha de clases, de instintiva y brutal, se va convirtiendo en ordenado y consciente factor histórico. Su forma típica y acabada está representada en la paulatina y gradual elevación, y en el triunfo final de la burguesía. Como clase dominante, la burguesía dió un impulso colosal a la técnica y revolucionó la economía. El industrialismo burgués engendró al proletariado, moderna clase servil, que difiere profundamente de los siervos de la Edad Media y de los esclavos de la antigüedad. En el régimen burgués las formas típicas del privilegio se acentúan y se diferencian; al lado de las legítimas ganancias del empresario inteligente está el menos legítimo interés del capital y la poco legítima renta de los propietarios del suelo.

La burguesía, con ser una clase altamente capaz e inteligente, no ha podido organizar la producción sin un colosal despilfarro de energías y fuerzas humanas.

Dominada por el deseo de la ganancia y del lucro fácil, estableció, como ley fundamental de la actual sociedad, la competencia ciega y destructiva.

De ahí las crisis periódicas y la desocupación forzosa que deja en la miseria y el desamparo a millares de hombres. La especulación y el monopolio son las últimas formas del industrialismo burgués. La propiedad privada de los medios de producción queda reducida así al absurdo. El régimen capitalista estaría metido en un verdadero callejón sin salida, si una nueva fuerza histórica no abriera nuevas y más amplias vías para el progreso, transformando y aboliendo el mismo régimen.

VII

La moderna clase servil, el proletariado, se pone colectivamente en movimiento en defensa de su vida, salud y bienestar. Contra la tiranía y rapacidad de la burguesía, el proletariado opone la resistencia de su organización sindical. Transitorio y ocasional, al principio, el gremialismo proletario se consolida y fortifica. Por medio de la organización sindical aumenta su salario, acorta la jornada de trabajo y establece tratos colectivos de trabajo. Poco a poco el gremialismo proletario de potencia nacional se transforma en internacional. Su fuerza coercitiva modera y atenúa la explotación patronal; pero no es capaz de transformarla ni de abolirla. Entonces la clase obrera busca y halla nuevos medios de emancipación, y con sus propias fuerzas construye un nuevo mundo basado sobre la cooperación libre, donde los hombres entran en nuevas y más inteligentes relaciones económicas.

Corone e integra su obra el proletariado, con el ejercicio del sufragio universal. La democracia obrera se afirma en todos los países civilizados. Por primera vez en la Historia, la clase servil interviene directamente en la confección de la ley. Con el ejercicio consciente del voto, modera la coerción del Estado, conquista y afianza los elementales derechos políticos: el derecho de reunión, la libertad de palabra y de prensa; construye una nueva legislación capaz de elevar el creciente nivel de vida del pueblo obrero.

El gremialismo proletario, la cooperación libre y la democracia obrera, constituyen las grandes fases de la moderna lucha de clases.

VIII

Tal es el reflejo palidísimo y el resumen más que breve de las jugosas y medulares 500 páginas del libro *Teoría y práctica de la Historia*. El doctor Juan B. Justo trazó con mano maestra y con incomparable método científico las grandes líneas de las *fuerzas históricas*. La estadística, nuevo método histórico por excelencia, es el argumento más decisivo que el autor usa en apoyo de todas sus tesis y premisas. Lo *mensurable* es lo real y lo útil. Fuera de eso está lo problemático y lo hipotético.

Desdeñando las *vanas fórmulas*, el *dogma* y la *hipótesis inconducente*, el doctor Justo busca *el contenido real de la teoría* para enriquecer y aumentar su efica-

cia para la acción y elevar el *bienestar mensurable* del pueblo.

Al lado de los *factores fundamentales de la Historia*: la técnica, la economía, la guerra y la política, el doctor Justo coloca las *actividades derivadas y accesorias* como la religión, el arte y la ciencia, que empiezan a ocupar también la mente del pueblo.

“El misterioso cuadro del mundo psíquicofísico, con sus fuerzas buenas y malas, con los sueños, con la memoria de los muertos”, dan origen a la leyenda, la fábula y el mito. Estos engendran el terror y la superstición, aprovechados hábilmetne por una casta sacerdotal para organizar el culto y la religión. El dogma es la esencia de todas las religiones; y es el dogma el que las anquilosa y esteriliza. La religión es la impositura que constituye una admirable policía social para la defensa y el mantenimiento del privilegio de las clases dominantes. Lo religioso y lo dogmático se infiltran también en el moderno movimiento social. No es la crítica de las religiones la que emancipará la mente popular de la engañosa ilusión, sino el progreso técnico-económico y el conocimiento real del mundo físico-biológico. El arte social es lo emotivo y lo bello puesto al servicio de la emancipación del proletariado. Es fecundo y útil mientras no es agravado por *todo lo mórbido y perverso del arte*. El porvenir es del arte por el arte, del *cultivo de la belleza por la belleza misma*.

La ciencia es el coronamiento de todas las actividades del hombre. La ciencia libre de dogmas y prejuicios, la ciencia que sirve para la vida práctica, la que

no se anquilosa ni se petrifica en fórmulas absolutas, la que concibe su propia relatividad y que ve en la "experiencia la fuente del conocimiento y la crítica inexorable de la ilusión". "Y la gran experiencia es la que se hace en el mundo, por todos, en la vida práctica, en el complejo trabajo histórico". Pero el pueblo no tiene por qué rendir culto a toda ciencia que se le brinda como tal. Aun en esta actividad del hombre hay impostura y mistificación". "El pueblo ve en sus propios sentimientos, cuando son intensos y difundidos, una realidad enorme que debe traducirse en acción. Y no lo detienen entonces las homilías que se le brindan como ciencia. Lo absoluto de la ley de la población, la pretendida teoría del fondo de los salarios, la afirmación de que sólo de las ganancias de los empresarios pueden acumularse nuevos medios de trabajo, el darwinismo, han sido copiosas fuentes de sofismas que economistas y políticos han opuesto a la acción autónoma de la clase trabajadora por su propia elevación. Ella les ha respondido demostrando en los hechos su falsedad, creando el material con que están elaborándose leyes históricas nuevas". El *sentido común* y el *realismo ingenuo* son la última conclusión de la ciencia que, prácticamente, considera al "hombre como el centro del mundo, y que nada tanto como el hombre mismo debe preocupar al hombre". La Naturaleza es amoral, y solamente la acción intencional e inteligente del hombre puede introducir en ella *más razón, más belleza, más bondad*.

IX

Lea el pueblo el libro *Teoría y práctica de la Historia*. Léalo con el mismo cariño y amor que el autor puso en la concepción y elaboración de sus admirables páginas. Lo comprenderá, y aprenderá en él muchas cosas útiles y fecundas que le servirán para su inteligente acción y para la creciente elevación de su propio nivel de vida.

Y cuando llegue a la última página convendrá con nosotros que es un gran libro escrito por un grande hombre por y para el pueblo.

EXTRANJERISMO

Recrudece, de un tiempo a esta parte, una propaganda insidiosa, mala, pérfida y solapada contra todo lo que no es nativo, indígena, estrechamente nacional; contra todo lo que no lleva marca de tierras adentro. En los diarios, en las revistas, en la tribuna se insinúa el peligro del *cosmopolitismo* que nos invade, del *extranjerismo absorvente*. Se invoca el patriotismo para salvar la tradición nacional, las sanas costumbres de nuestros antepasados, la fe sincera de nuestros padres, el ciego amor al terruño; y se profieren amenazas veladas contra el extranjero invasor, contra el sin patria, que de lejanas tierras y de remotas comarcas invade el suelo patrio que haciendo tabla rasa del pasado, introduce hábitos y costumbres nuevas, distinto modo de ser y vivir, nuevos métodos de trabajo y progreso, de orden y de libertad.

Es una propaganda consciente e intencionalmente organizada, que responde a un propósito deliberado: el de envenenar la opinión de los nativos, estimulando en ellos el atávico odio contra el extranjero para impedir la inminente intervención de éste en la cosa pública.

Nadie ignora, y menos lo ignoran los periodistas y políticos, el predominio demográfico y económico que paulatinamente va adquiriendo entre nosotros la población extranjera. En nuestras ciudades predominan el tipo étnico blanco y rubio; en las escuelas, en los colegios y en las facultades predominan los apellidos extranjeros; la propiedad raíz urbana y rural pasa de manos de los nativos a las manos de los extranjeros; la industria y el comercio están en su poder; los talleres y las fábricas están poblados de obreros extranjeros; de ellos es todo lo que constituye obra productiva y fecunda; pero hasta ahora están excluidos, en absoluto, del campo de la política y de la administración pública. Son los nativos los que conservan el privilegio de dirigir y gobernar el país; ellos constituyen el grueso de los políticos profesionales; ellos manejan, con manos sucias, los dineros del pueblo, y no quieren perder este privilegio hereditario, defendiéndolo con garras y uñas contra toda tentativa de extraña e importuna intromisión.

Es un dualismo inexplicable, e imposible que continúe por mucho tiempo. Si la población extranjera es la más activa y laboriosa, si ella constituye el número y la fuerza, si ella produce la riqueza y paga los impuestos, ¿por qué, entonces, no intervienen en el gobierno y la administración del país? Es un desequilibrio peligroso y fatal para el desarrollo y la evolución de nuestro progreso. Y así lo ha comprendido la fracción más inteligente y avanzada de la población extranjera y nativa, la clase obrera organizada en partido político. Y los periodistas y políticos profesionales, dándose cuenta de lo inminente del peligro que cons-

tituye este nuevo factor político para sus rancios privilegios, han iniciado una campaña antiextranjera absurda y ridícula por lo injusta e ineficaz; pero que pinta de cuerpo entero a nuestros campeones de un nacionalismo estrecho y mezquino. He ahí la explicación del fenómeno.

El patriotismo incinero, en este como en muchos otros casos, es el refugio de los pillos y de los farsantes. Es el escudo que tapa y defiende sus deleznable situaciones personales. Es el ropaje vistoso con que envuelven sus pobres y raquíicas ideas.

Vociferar contra el extranjero es conspirar contra el progreso técnico y económico del país. Fomentar el odio entre nativos y extranjeros es fomentar nuestra ruina y anarquía. Los que tal propaganda hacen son los verdaderos traidores, en el amplio sentido de la palabra, de la patria.

Si algo valemos técnica y económicamente es debido a la perseverante e inteligente labor de los extranjeros. Ellos introdujeron el riel y el arado, la locomotora el dínamo, y nos dieron los hombres aptos para conducir el tren a través de la pampa infinita, y los hombres hábiles para romper la virgen tierra americana y arrojar en ella la fecunda semilla, convirtiéndola en una vasta sementera de trigales y maizales. Ellos introdujeron el arte de la industria y del comercio. Sus buques navegan nuestros caudalosos ríos y sus trenes recorren nuestra fértil campaña. El chacarero, el agricultor, el peón del campo y el del taller son extranjeros. Lo son también el comerciante y el industrial. La misma ganadería, al parecer ocupación exclu-

siva de los nativos, debe el refinamiento de sus razas a la obra de los extranjeros. El novillo criollo, puro huesos y piel, es reemplazado por el macizo y valioso Durham; y el carnero indígena flaco y sin lana es sustituido por el lanudo y gordo Rambouillet.

Los primeros maestros de nuestras escuelas y los primeros profesores de nuestras facultades fueron extranjeros. Ellos introdujeron la imprenta y el libro, la herramienta y la pluma. Ellos engrandecieron y fecundaron a la pobre y miserable colonia española, ensangrentada y desgarrada por la guerra civil y la anarquía.

La *riqueza nacional* cantada tantas veces por políticos y poetas, no es, por cierto, obra de los nativos indolentes por temperamento y naturaleza.

En la jerga criolla la palabra *extranjero* o *gringo*, equivale a un ser inferior, despreciable. En nuestra campaña quien no calza botas de potro, no viste chambergo y chiripá, ni sabe montar un bagual es un *gringo*. Y el gringo, para el gaucho, es un ser vil y odioso.

La tierra argentina es todavía un inmenso erial, necesita muchos brazos y cerebros para que la trabajen y la fecundicen. Y no es la propaganda antiextranjera la más apta para poblar el país.

Reaccíonese en buena hora contra el *cosmopolitismo* sin ideales ni horizontes, contra el *extranjerismo absorbente* de los mercaderes; foméntese el amplio desarrollo de la nacionalidad en todas sus manifestaciones materiales e intelectuales; consérvese, si se quiere, la tradición como reliquia que no daña ni estorba; pero

hágase obra sana y buena incorporando la gran masa de extranjeros a la vida política del país.

Mientras el género humano esté dividido, natural o artificialmente, en nacionalidades distintas, bueno es que éstas traten de conservar y afianzar su independencia, sus libertades y su progreso, para que en la futura confederación de los pueblos entren todas como iguales y no como inferiores. La independencia, las libertades y el progreso de la República Argentina dependen de la incorporación total y definitiva de la población extranjera a la vida política del país.

Hagan eso los patriotas, periodistas y políticos de verdad. Derógase la ley de residencia y de orden social y facilítese la naturalización de extranjeros, y se habrá combatido eficazmente el *cosmopolitismo* y el *extranjerismo absorbente*.

Pero se hace obra deleznable vociferando y fomentando el odio entre nativos y extranjeros.

De la fusión de ambos elementos resultará el progreso demográfico, técnico y político de nuestro país. De la vivacidad criolla y de la laboriosidad extranjera surgirá nuestro futuro tipo étnico.

Donde uno vive, trabaja, produce y se reproduce, allí está su patria. Trabajemos, pues, por el progreso de este pedazo de suelo americano que se llama República Argentina.

De la inteligencia, acuerdo y armonía de nativos y extranjeros depende nuestro progreso y civilización.

Mientras los campeones de un absurdo y estrecho nacionalismo siembran el odio de razas, trabajamos por su fusión y armonía. Cooperamos a combatir el *cosmo-*

politismo sin ideales ni horizontes, el *absorbente extranjero* de los mercaderes, incorporando a la vida política del país a la gran masa laboriosa de la población extranjera.

Y nuestra política dejará de ser un feudo de caciques y caudillos.

HACER LA AMERICA

Si los políticos criollos poco o nada hacen para asimilar e incorporar a la vida cívica del país a la gran masa de la población extranjera; si los nativos miran, generalmente, con desdén a los inmigrantes *mueritos de hambre* que vienen a *hacer la América*; hay que confesarlo éstos tampoco tratan ni quieren asimilarse al organismo nacional, prefiriendo formar grupos sociales separados, colonias aparte, y conservar sus costumbres, hábitos y tradiciones mantenidos y fomentados por los periodistas de la prensa extranjera que aquí se publica; desinteresándose, por completo, de la cosa pública argentina.

Los prejuicios pueden a veces más que los intereses. Los extranjeros, a pesar de los valiosos intereses materiales y morales que aquí poseen, quieren conservarse como tales; mirando como a renegados a sus compatriotas que se naturalizan, invocando un mentido patriotismo que ni lo sienten ni lo practican, pero que sirve admirablemente a los intereses y las ambiciones de camarillas de aventureros que medran a expensas de la credulidad y la ignorancia de sus nacionales.

¿Quién no ha presenciado el desborde de *patriotismo* los 20 Septiembre y los 14 de Julio y los 2 de Mayo? Y no solamente participan de estos festejos los capitalistas extranjeros, sino también la gran masa trabajadora, inconsciente e ignorante, la que contribuye con su óbolo y hace de comparsa.

La sana política yanqui fomenta y favorece la incorporación de los extranjeros a la vida cívica de la gran República, y éstos a su vez ansían ser ciudadanos norteamericanos. Las colonias extranjeras son allí absorbidas por la intensa vida nacional. Esto explica el enorme progreso económico y político del gran coloso del Norte.

Entre nosotros las cosas suceden al revés. Formamos una verdadera torre de Babel. Nadie se entiende. Razas y lenguas no se confunden. Ni los nativos quieren incorporar a los extranjeros a la vida política del país, ni éstos quieren incorporarse. Esto explica el desdén de la mayoría por todo lo que es política, el estrecho y erróneo concepto que de ella se ha formado y el consiguiente estancamiento de todas nuestras instituciones político-sociales.

Los extranjeros gravitan como una masa inerte sobre el estancamiento y el atraso político del país. Con su pasividad e indiferencia aprueban y sancionan la obra equivocada y mala de los estadistas criollos. No son ciudadanos de ninguna parte. Su influencia es nula sobre los acontecimientos políticos-sociales de sus respectivos países de origen. Y menos es aún pesan en los sucesos cotidianos de nuestro país. Voluntariamente se privan del alto derecho del ciudadano: el voto. Y

a pesar de las múltiples manifestaciones de confraternidad, quedan siendo siempre muy extranjeros dentro del país.

Es que la mayoría de los inmigrantes viene a *hacer la América*; esa es la explicación del fenómeno. Obreros de la ciudad o del campo, comerciantes o industriales, todos vienen con la misma idea fija: *hacer la América*. Y el obrero de la ciudad se resigna a una vida miserable, vive en un inmundo tugurio, se alimenta mal y viste peor, con el pensamiento único de ahorrar, de *hacer la América*. Y el chacarero se convierte en un beduino que vive en un toldo, sin plantar un arbolito para tener un poco de sombra, explotando la tierra, trabajándola sin amor, pero sembrando mucho para hacer grandes cosechas. El afán, el deseo del colono es *hacer la América* lo más pronto posible.

Y el comerciante se convierte en un mercader sin escrúpulos, lo mismo que el industrial en un explotador inhumano para llenar rápidamente la gaveta, para hacer fácilmente *la América*.

Y el mal no es reciente ni cercano. Viene de lejos y tiene hondas raíces. Es una enfermedad atávica que pesa sobre las generaciones presentes.

La América del Norte fué poblada, en sus comienzos, por gentē que buscaba tolerancia religiosa y libertad política. Sus primeros pobladores fueron puritanos en materia religiosa, y republicanos en materia política, que huían de las persecuciones y vejámenes soportados en la madre patria: la Inglaterra.

Así fué poblándose la parte Norte del continente

americano. Colonos que labraban la tierra y luchaban por su libertad religiosa e independencia política.

Luego vino la gran masa de inmigrantes de todos los países del mundo. Pero ciertas costumbres y hábitos elementales de democracia y libertad estaban ya profundamente arraigados en la conciencia de la población nativa. El *self government* estaba asegurado. Y la inmigración iba incorporándose paulatinamente a la vida política del país.

La América del Sur fué conquistada y poblada en sus comienzos, por gente aventurera y audaz, cuyo único afán era buscar riquezas, oro en abundancia. Los Pizarro y los Cortés fueron los prototipos de la legión invasora. Y en España se reclutaba la gente, no para buscar *tierra y libertad*, sino para buscar fortuna, oro, riquezas. *Hacer la América*, era ya el objetivo de los primeros conquistadores de la parte Sur del continente americano. La sed de oro devoró a los primeros pobladores, sacrificando en su altar familia, dignidad, honor y todo sentimiento humano.

La intolerancia religiosa y la persecución política fueron transportados de España a la parte Sur del suelo americano. Hasta fines del siglo XVIII, la inquisición funcionaba en muchas ciudades de la América española.

Y los que vinieron después siguieron las huellas de los primeros: Buscar oro, *hacer la América*. Muchos lo consiguieron. Ahí está el origen de las grandes fortunas de nuestros magnates. Pero la inmensa mayoría vió defraudadas sus esperanzas. Y así se formó el proletariado rural y de la ciudad. Pero los que siguen vi-

niendo beben aún su inspiración en la fuente impura de los primeros pobladores.

Aun está arraigado el sentimiento de *hacer la América*, sobre todo en la masa de la población extranjera; y esto impide su incorporación definitiva a la vida política del país.

Los primeros que se dieron cuenta del engaño de la leyenda de *hacer la América* son los proletarios de la ciudad, los obreros de la industria y del comercio. Explotados miserablemente por otros extranjeros como ellos, por industriales y comerciantes sin escrúpulos, son los obreros de la ciudad los que dieron la voz de alarma de que la América ya no es la tierra de promisión. Y son también ellos los primeros extranjeros que comprendieron su situación de tales, y los primeros que iniciaron el movimiento de incorporación a la vida política del país.

Desgraciadamente son pocos aún. La gran masa de los extranjeros yace en el engaño y la ignorancia. Sueñan aún con *hacer la América*, y constituyen la rémora más grande para el progreso político del país.

El gran remedio para este mal crónico está en el genuino y sano movimiento obrero. Parecerá una paradoja, pero es la expresión de la verdad: el movimiento obrero, siendo eminentemente internacional, es también eminentemente nacional. En la República Argentina nadie más ni mejor que la clase obrera organizada hace obra verdaderamente nacional. Es ella quien en su seno confunde las distintas inmigraciones, borrando sus diferencias étnicas, unificando sus propósitos en el objetivo común de la lucha de clases.

Los intereses de la clase obrera organizada son de carácter eminentemente nacional, y mal puede ocuparse de los intereses de su país de origen. Los obreros extranjeros y los obreros nativos son los primeros en comprenderse, en vincular sus intereses, en unificar sus esfuerzos, en incorporarse de lleno a la vida política del país.

Contra el *extranjerismo* de unos, contra el *criollismo* de otros, y contra el deseo de *hacer la América* de muchos, opongamos el socialismo, que al mismo tiempo que trata de incorporar la gran masa extranjera a la vida política del país, formando definitivamente la embrionaria nacionalidad argentina, nos acerca también a todos los pueblos libres, fomentando los verdaderos vínculos de solidaridad internacional.

EL SOCIALISMO Y LA VIDA

Pueden los hombres inventar hipótesis, teorías, sistemas, religiones y formas de gobierno; pueden vanagloriarse de sus riquezas, saber y poder; pueden repudiar lo que ayer adoraban, condenar y excomulgar lo que antaño idolatraban; pueden caer al abismo de la decadencia y la corrupción, entregarse a espantosas orgías del cuerpo y del intelecto, mutilarse horriblemente en aras de tenebrosas y ocultas potencias; pueden ser modelos de virtud, de pureza, de fuerza física y moral; pueden los hombres mudar de opiniones y de doctrinas, como de colores cambia el clásico camaleón de la leyenda; la vida es siempre la vida, independiente y por encima de la voluntad humana; y como la gravedad, el calor, la luz y el sonido, sigue el curso universal de inflexibles e inmutables leyes, perdiéndose en las ignotas lejanías del espacio y el tiempo, formando un todo con la inmensidad y la eternidad.

La teoría más universal y de carácter menos mutable es la que concibe la vida como una e indivisible; y su paulatino y gradual desarrollo, el pasaje de sus formas simples a otras más complejas, la diferenciación

de lo homogéneo a lo heterogéneo es lo que constituye las múltiples fases de su progreso.

La teoría de la evolución es el concepto más fecundo y universal que haya formulado la mente humana. Es la moderna brújula de las ciencias físiconaturales, como de las económicasociales. Es la estrella polar que guiará a los hombres hacia un risueño y feliz porvenir.

Si de la cumbre de la historia se contempla a la viviente legión de los humanos en su marcha regular por la vía accidentada y escabrosa de la vida; si desde el bosque y la caverna se sigue al hombre hasta el tugurio y el palacio; si desde la caza y la pesca se llega hasta las modernas industrias y artes; si se contempla en su conjunto a la especie humana que sujetó a su poder los elementos de la Naturaleza, — el fuego, el agua, el aire y la tierra,—se llega a una profunda e indestructible convicción: el triunfo de la vida y su concepto teórico: la evolución.

Desaparecieron Atenas, Cartago y Roma. Yace en profundo olvido la antigua civilización de los caldeos, egipcios y fenicios. El Océano tragó a la misteriosa Atlántida. El Vesubio sepultó a Pompeya y Herculano. Terremotos, ciclones y tempestades arrasaron a pueblos y ciudades. Pestes y enfermedades diezmaron a la humanidad. Guerras y revoluciones aniquilaron a la flor de los hombres. Y doquiera la destrucción y la muerte lucha con la vida, ésta triunfa. Jamás el hombre fué más fuerte y poderoso que en el momento histórico actual.

Pudieron las religiones detener, por un momento, el desarrollo de la vida; pudieron sus ministros inocular, transitoriamente, en la mente humana la glo-

rificación de la muerte. Nirvana, empero, jamás triunfó. Y la religión de la muerte cede al empuje formidable de la religión de la vida.

La misma muerte no es más que una faz de la vida. Cierra su ciclo por un instante, para empezar de nuevo. Sobre la tumba crecen bellas y fragantes flores. Es el verdadero concepto de la inmortalidad. La vida llena el universo. En el aire, en el agua, en la superficie de la tierra y en su profundidad, ella pulula exuberante. Arboles y pájaros, hombres y peces, insectos y animales se multiplican a lo infinito, afirmando su eterna e indestructible existencia.

Pueden aún las religiones, las castas, los privilegios obstaculizar la marcha triunfal de la vida, inmolándola en el altar de sus egoísmos.

Las hecatombes humanas son todavía colosales. La vida es aún frágil juguete de torpes y malvados apetitos. Su despilfarro parece ser hoy ley soberana. Pero son las últimas fases de la lucha. Es el genio del Mal que libra la postrer batalla con el genio del Bien. Y la duda no es posible. El triunfo es siempre de la vida.

Los que luchan por el bienestar del pueblo, antes que en escuelas económicas, filosóficas y sociales, han de inspirarse en la escuela de la vida. Un cuadro de miseria sugiere más sentimientos e ideas que el conocimiento de la teoría del valor. Es la supremacía del hecho sobre la teoría, de la realidad sobre la ficción. La acción fué anterior al pensamiento. Y la vida es movimiento y acción. Los seres vivos se mueven y accionan antes de que razonen y piensen. Por eso el

pensamiento, más que causa, es efecto de la acción. Y las teorías son apenas el reflejo de la realidad.

La biología es la ciencia de la vida, la fuente pura de la sana doctrina. Por eso el concepto biológico del socialismo es inmensamente superior al viejo concepto económico. El hambre y el amor, la conservación del individuo y de la especie, son anteriores y superiores a las instituciones económicas y políticas de las colectividades humanas.

Que la lucha cotidiana se entable en tal o cual terreno; que en un momento dado sea más o menos áspera; que los grupos sociales combatan más o menos lealmente y con tal o cual arma; que a veces sea necesario el sacrificio de muchas vidas para obtener una insignificante reforma: todo eso no autoriza a generalizar ni a formular teorías. Son simples incidentes de la lucha, meros detalles del conjunto.

Se esquematizan los hechos para su mejor comprensión y para la mayor eficacia de la lucha. Pero bueno es a veces mostrar el todo; contemplar y comprender el vasto conjunto.

El socialismo, inspirado en la vida, es la doctrina social más amplia y universal que registra la historia. En su seno caben muchas hipótesis, teorías, escuelas, etc. No por eso es menos científico ni verdadero. Y los hombres que en sus filas se alistan luchan por y para la vida.

El socialismo es un eslabón en la infinita cadena del progreso.

La vida no se sujeta a fórmulas matemáticas. Es un océano cuyas olas bañan continentes. La ciencia

es su instrumento. Mejorar la vida, intensificarla, glorificarla, ennoblecerla, es el objetivo principal y fundamental del socialismo.

Y concluiremos con las profundas palabras del más grande pensador y poeta de los siglos pasados:

La ciencia es árida: en vano
con su sombra nos convida;
pero el árbol de la vida
siempre está verde y lozano.

ESPIRITU DE TOLERANCIA

Entre las conquistas más preciadas del librepensamiento, del libre examen y de la libre crítica, con toda seguridad, se cuenta la tolerancia. Frente a las viejas y rancias doctrinas teocráticas, absolutistas, intransigentes e intolerantes, que imponían por fuerza sus credos, castigando cruelmente con el tormento y la hoguera a los audaces que se atrevían a discutir o dudar de la veracidad de tales doctrinas y credos; frente al viejo espíritu dogmático, inquisitorial y torquemadesco, se levanta el espíritu moderno del libre examen, de la libre elección de las creencias religiosas, filosóficas y políticas, sin recíprocas imposiciones, con un amplio sentido de la mutua tolerancia,—en cuanto esto no daña ni estorba a la salud, el bienestar, la ética la estética de terceros.

Y no es que el librepensamiento no vea en todo culto religioso o de otra índole un resabio de barbarie y de ignorancia. No ignora que las religiones son el producto del error y de la mentira. Aquilata la inferioridad mental de los que voluntaria o involuntariamente se someten a ridículas prácticas religiosas, políticas o

morales. La tolerancia que profesa y propaga el libre-pensamiento no es la tácita conformidad con la ignorancia, la superstición y el error; tampoco es la impotencia de su doctrina y su credo; sino el íntimo y profundo convencimiento de que jamás idea alguna fué impuesta por la fuerza, por la violencia, por la intolerancia o la intransigencia.

Pudieron pocos hombres imponer, aparentemente, sus creencias a las mayorías. Pero profundizando más el fenómeno, se observa que las cosas pasaron al revés. Siempre las mayorías, activas o pasivas, dictaban e imponían sus creencias a las minorías. Tiranos, papas, profetas e impostores de toda clase, no hacían más que interpretar y expresar la voluntad general de un momento histórico dado. Ahí está el secreto de sus éxitos. Empero, desde el momento que las mayorías querían romper sus cadenas, jamás hubo quien se lo impidiera. La violencia y la intolerancia nunca sirvieron sino para fomentar odios, rencores, sordas guerras y dolorosos estallidos revolucionarios.

El libre examen, producto último de la ciencia y de la investigación positiva, no admite el libre albedrío, no cree en la absoluta y omnímoda voluntad del hombre. Las acciones humanas son regidas por leyes fijas y estables, a igual de las acciones del mundo cósmico y físico. Solamente su infinita complejidad hace más difícil su estudio y conocimiento. El hombre, más que a su voluntad, obedece al medio fisicobiológico, a la herencia, a la educación. Jamás el hombre comete errores y absurdos a sabiendas. Todos creen obrar bien,

cumplir concienzudamente con su deber, con su función social.

Pocos son los malvados, y muchos los inconscientes y los equivocados. La gran masa es ingenua y buena, y sus errores son consecuencia de su ignorancia. Pretender educar al hombre imponiéndole doctrinas, ideales, creencias, etc., es caer en aquel viejo error teológico que "la letra con sangre entra".

La tolerancia se impone, pues, como condición indispensable para el progreso de las ideas modernas. Persuadir, convencer. Nunca imponer.

Todas las sectas se caracterizan por su espíritu de intolerancia. Sectarismo es sinónimo de intransigencia e intolerancia. Y, hecho histórico curioso, las sectas cifraban su éxito en la intolerancia y en la persecución. Buscaban ser perseguidas, y se perseguían mutuamente. Los sectarios, en nombre de sus principios, buenos o malos, siempre eran capaces de cometer cualquier acto, por más ilícito e inhumano que fuera.

Pero jamás triunfaron las ideas sectarias. Siempre servían de estorbo y de obstáculo al desarrollo y al triunfo de ideas más vastas y generales.

Los enemigos del socialismo pretenden exhibirlo como un nuevo sectarismo entre los muchos que han pululado en todos los tiempos y lugares.

Pretenden encontrarle los caracteres específicos que caracterizaban a toda secta: confunden la disciplina que voluntaria y conscientemente y sobre puntos concretos y determinados, aceptan, y a la cual se someten los afiliados al partido socialista, con la intolerancia e intransigencia sectarias.

Los que así piensan, en el fondo son sectarios. No comprenden el alto significado de la disciplina de un partido, y el amplio espíritu de tolerancia que se necesita para su interpretación y observancia.

Y lo más sugerente del caso es que no son precisamente los más puros ni los más castos los más intolerantes e intransigentes. Muchas veces sucede lo contrario. La austeridad de costumbres y el desarrollo de un elevado sentimiento ético coinciden, en la mayoría de las veces, con un espíritu ecuánime, tolerante y equitativo. Los que jamás toleran ni perdonan una transgresión o un error propio, justifican y explican los errores y las faltas ajenas. Son intolerantes consigo mismos y tolerantes con el prójimo.

Poco crédito hay que prestar a los que proclaman públicamente y a voz en cuello su moralidad, su honradez y la pureza de sus propósitos. Se parecen a los pillos y embrollones que continuamente juran sus buenas intenciones; o a la mujer deshonesta que hace alarde de su honestidad. Las buenas cualidades individuales y colectivas no se proclaman: se practican.

Los partidos no son mejores por lo que dicen y escriben, sino por lo que hacen y practican. Son los hechos y las prácticas del partido socialista los que lo diferencian de los demás partidos, y no sus programas escritos ni sus futuras promesas.

En el interés del partido socialista está no ser confundido con una secta cualquiera, y por eso debe huir del sectarismo. Su método de lucha jamás ha de ser la imposición, sino la persuasión, el convencimiento.

Los que están de acuerdo sobre puntos fundamenta-

les de la vida económica, política y religiosa de los hombres, deben trabajar con amor y ahinco por su próximo triunfo. ¡Es tan difícil poner de acuerdo a muchos hombres sobre puntos concretos y determinados! ¡Para qué buscar aquellos puntos sobre los cuales no están de acuerdo, para dividirlos más aún de lo que están y esterilizar su acción en inútiles e interminables discusiones?

Huyamos de los fariseos. Sintamos, pensemos y obremos de acuerdo con nuestra doctrina y nuestro ideal. Primero controlemos nuestra propia acción, y luego la acción ajena. Y aquel de nosotros que se sienta puro y casto, que arroje la primera piedra.

Combatamos el error, la ignorancia y la mala acción. Pero que esta lucha jamás sea personal, individual. Son, principalmente, los sistemas, y no los hombres, los que engendran el mal. Dirijamos nuestro ataque al sistema y seamos tolerantes con el hombre.

Somos los obreros más sinceros del librepensamiento. Y mal caben en nuestras filas la intolerancia y la intransigencia.

Inspiremos nuestra cotidiana acción en un amplio espíritu de tolerancia, que es el verdadero néctar de la vida.

LOS DIOS TIENEN SED

Comentaremos brevemente la última novela de Anatole France. Harto conocido del gran público lector, el príncipe de las letras no necesita, en verdad, de nuestro comentario. Ni intentamos siquiera hacerlo en toda su extensión. La personalidad literaria y social de France es tan múltiple y compleja, tan vasta y varia, que no cabe en un pequeño bosquejo, ni nos creemos con la competencia suficiente para trazarlo. Solamente queremos escribir algunas líneas sobre su última novela, traducir muy brevemente el sentimiento hondo e imperecedero que su lectura nos ha dejado.

Los dioses tienen sed, es sin duda alguna, la novela más humana, más sentida, más verdadera, más intensa y amarga que escribiera Anatole France. Su argumento es la epopeya de la gran revolución francesa del siglo XVIII, especialmente el año 93, la época del terror. France, a diferencia de la mayoría de los escritores y novelistas, estudia este período con un criterio humano, despojándolo del ropaje vistoso y deslumbrante con que a un siglo de distancia lo han revestido ya la leyenda y el mito. La gran revolución, el estupendo acontecimiento humano cuyas proyecciones en el tiempo y el espacio no se alcanzan aún a medir, fué hecha

por hombres, por seres de carne y hueso, por la frágil materia viviente sometida a todas las torturas y tormentos de las pasiones y errores humanos. Durante la revolución, como en todos los tiempos y lugares, hombres y mujeres padecían hambre y sed, sufrían frío y calor, se amaban y se odiaban, tenían ambiciones mezquinas de figuración y poder, mentían, intrigaban y conspiraban. Desde los más humildes hasta los más encumbrados personajes, desde Marat y Robespierre hasta el vergudo que hace caer la cuchilla de la guillotina sobre el alabastrino cuello de la *austriaca*, y alza su cabeza ensangrentada ante el pueblo de París, todos están animados por enormes pasiones humanas, bajas y mezquinas a veces, altas y sublimes otras.

Los hombres, más que fautores, son instrumento de los acontecimientos. El determinismo histórico pesa cual enorme fatalidad sobre todos nuestros impulsos y actos. Lo que llamamos voluntad no es más que el último e inevitable eslabón de una larga cadena de causas y efectos. Y Anatole France diseña, con su escalpelo de gran anatomista social, la trama viva de la sociedad humana, analiza escrupulosamente el telar de la vida donde la Historia teje el porvenir.

Los dioses tienen sed es un libro amargo como la verdad, cruel y encantador como la vida y el amor, domina y subyuga al lector torturando sus sentimientos a través del vasto drama del 93, donde los hombres, para salvar el gran principio, metafísico si se quiere, de la libertad, se destruyen y se aniquilan mutuamente.

El 93 es el momento álgido de la revolución. O es derrotada y vuelve a imperar en la sociedad humana el

principio divino de la autoridad, de la reyecía, de la nobleza y del clero; o triunfa e inaugura la nueva era de los derechos del hombre, el principio democrático de la vida colectiva. Contra ella se lanza toda la Europa reaccionaria coligada, y contra ella conspiran los traidores del interior; y la Francia revolucionaria se ve por un momento acobardada, paralizada y acorralada por sus enemigos internos y externos. ¿Qué hacer? ¿Dejarse vencer y morir? No. Y la Convención, aquella asamblea gigante y monstruo a la vez, decreta el terror y la guillotina contra los traidores internos y la guerra sin cuartel contra los enemigos de afuera.

Los generales de la República, que por incapacidad o por inferioridad numérica se dejan derrotar, son acusados por alta traición ante el Tribunal Revolucionario. Y estos generales de *cráneo de buey y de cerebro de pájaro*, son condenados a la guillotina. ¡Los generales de la República no deben dejarse derrotar! Entonces se opera el gran milagro: los ejércitos de la revolución, hambrientos y descalzos, guiados por generales decididos a vencer o morir, inflamando su ardor revolucionario por las inmorales notas del canto épico de la *Marsellesa*, derrotan a la Europa monárquica y triunfa de sus enemigos de afuera.

¿Y de los enemigos de adentro? Durante los tres meses que dura el terror, las prisiones y las cárceles de la República se llenan y vacían sin cesar. Basta la más leve sospecha, la más insignificante denuncia, para ser acusado ante el Tribunal Revolucionario; y ser acusado equivale a ser condenado y guillotinado. En el ardor de la lucha, la desconfianza mutua em-

pieza a cundir en las filas de la revolución. Todos se sospechan recíprocamente. Los mejores amigos de la víspera se convierten en mortales enemigos. La vanidad, el orgullo, el fanatismo y el sectarismo sinceros, el charlatanismo disfrazado de revolucionarismo extremo, la envidia, el odio, la crueldad, la delación y la traición convierten a París y a la Francia entera en un verdadero pandemonium. El Tribunal Revolucionario condena en montón, mecánicamente y por simple presunción. Y la guillotina funciona día y noche, funciona sin cesar. “¡Oh, santa guillotina, salve la república!...”

Tal la trama de la novela de Anatole France.

Y los personajes que en ella se mueven no son menos interesantes y estupendamente trazados. El héroe de la novela, Evaristo Gamelín, pintor malogrado, de una austeridad cruel e inhumana, sincero en el error, deísta, miembro del Tribunal Revolucionario que condena siempre, capaz de enviar a la guillotina a toda la humanidad con tal de salvar los principios, es el prototipo de aquella época singular. Y Brotteaux, el exnoble y especulador que para ganarse la vida fabrica ahora polichinelas y vive en una buhardilla, donde se refugia también una prostituta y un fraile; ateo y filósofo que todo lo comprende y todo lo perdona, este señor Brotteaux, con su invariable casaca color de pulga y su *Lucrecio* en el bolsillo, sube las gradas de la guillotina con una sonrisa en los labios y agradece a su amigo Evaristo de haberlo librado de esta vida...

Y la silueta austera e imponente de Marat, el Amigo

del Pueblo, asesinado en el baño por Carlota Corday; y la figura fina y atrayente, cual mujer delicada, de Robespierre, el Incorruptible, el Metafisico de la revolución, deísta y defensor de la propiedad privada, jefe de los jacobinos y figura central del terror, que encanta y subyuga con su palabra, pero que en el momento de prueba es incapaz para la acción... ¡Y cuántas otras figuras secundarias, apóstoles y héroes anónimos y abnegados, que dan su salud y su vida en holocausto de la revolución! Pero los dioses tienen sed. ¡Todos se devoran mutuamente, todos se acusan, todos suben las gradas de la guillotina!... Y la revolución se salva y triunfa.

¿Y luego? Luego, como siempre: los hombres y las mujeres tienen hambre y sed, se unen, se multiplican, aman y odian, mienten e intrigan, dicen la verdad a veces, tienen pasiones bajas y sublimes, porque son de carne y sangre, porque están forjados de frágil materia viviente...

Todo esto, escrito en un estilo puro y cristalino como la más pura y cristalina fuente, animado por un profundo sentimiento humano de piedad y compasión hacia sus semejantes, es el libro de France, amargo como la verdad, cruel y encantador como la vida y como el amor; y porque parece ser muy pesimista, resulta, en el fondo, de un grande y humano optimismo. Tal el resumen más que pálido de esta novela.

France es el mago de las letras contemporáneas, digno heredero de la gloria inmortal de Rabelais y Voltaire, y el más genuino representante del genio galo, lleno de claridad, de simetría y de belleza.

ASI HABLA PEROGRULLO

Para mi hijo, cuando sea grande.

Llama siempre al pan pan, y al vino vino.

Nunca dejes de decir la verdad por consideraciones subalternas de interés personal o de una amistad mal entendida.

No aceptes lo nuevo porque sea nuevo, ni rechaces lo viejo porque sea viejo; acepta lo bueno porque es bueno y rechaza lo malo porque es malo.

Nunca dudes en el momento de la acción. La duda es útil antes de la acción. Pero es su parálisis si la duda la acompaña y la sigue. El que siempre duda, jamás realiza nada.

Espíritus hay que dudan siempre. Hasta dudan de la misma duda. Son espíritus negativos.

Si quieres practicar el bien, conoce antes la verdad, para que no seas un "malhechor del bien".

La vanidad es el cáncer del espíritu, lo condena a irremediable perdición.

Come para vivir y no vivas para comer; así te diferenciarás de la bestia.

Que tu acción se inspire siempre en un gran ideal, pero que la contemplación del ideal no paralice tu acción. El ideal debe ser una fuerza dinámica, nunca estática.

Que tus verdades sean sencillas, claras y concretas, que jamás sean dogmáticas: pues el dogma es la negación de la verdad.

Desconfía del que se proclama puro, honesto e íntegro; los verdaderamente puros, honestos e íntegros no proclaman sus virtudes. Las virtudes que se proclaman son falsas: huye de ellas.

El pueblo, tal vez sin saberlo ni quererlo, posee la mayor suma de virtudes. Es laborioso, es fecundo, es altruísta y es abnegado. Su alegría es ingenua y sus vicios no son calculados ni intencionales.

Hombres hay que sirven a un movimiento, a una causa, a un partido; otros que se sirven de un movimiento, de una causa, de un partido. La diferencia entre ambos está en que los primeros anteponen los intereses colectivos a sus intereses personales, y que los segundos subordinan todo a sus intereses o ambiciones personales. Pero aun así sirven en el conjunto de las cosas.

No disfraces tu propia incapacidad con el manto dorado de las doctrinas. Las doctrinas son útiles y fecundas en cuanto inspiran e impulsan a la acción.

Jamás adules las bajas pasiones del pueblo. No busques popularidad en tales fuentes impuras, pues la popularidad así adquirida es deshonesto, efímera, inestable, pasajera y estéril.

Has de buscar el bienestar mensurable del pueblo. No le prometas paraísos de ultratumba ni paraísos terrestres. No mezas su sueño con la ignorancia ni con la ilusión. No lo adormezcas con el opio de la religión, ni lo excites con el alcohol de la anarquía.

El charlatanismo se viste de oropel: que su brillo no te deslumbre.

No busques la Verdad, la Belleza y la Justicia ab-

solitas, para que no caigas en el engaño o la ilusión. Busca más verdad, más belleza y más justicia.

Si no hay motivos en contra, ten a los hombres por buenos, sinceros, leales y honestos. La desconfianza sistemática es una peligrosa enfermedad del espíritu.

Huye del dogma si no quieres anquilosar tu cerebro y esterilizar tu corazón.

Que no te mareen los éxitos ni desfallezcas en la derrota; sé continuo en la acción, para que ésta sea eficaz y duradera.

En política, tu puesto ha de ser al lado de los explotados, de los oprimidos, de los desamparados, de los que no tienen privilegios que defender: así no te verás obligado a mistificar, a mentir, a ocultar la verdad y a simular el error.

Si quieres trabajar por el bienestar colectivo, desayúname todas las mañanas con media docena de sapos y culebras.

Reglamentos y estatutos pueden ser excelentes guías para tu conducta, pero jamás deben ser grillos para tu acción.

No enciendas un bosque para cocer un huevo.

Que tu razón esté al servicio de tu sentimiento.

Con un h_obre prudente que haya en una reunión, todos se hacen prudentes: tan rápido es el contagio.

La mejor recompensa de tu obra será la conciencia del deber cumplido.

Para que tu acción sea eficaz no busques los puntos que te dividen y separan de tus colaboradores, sino aquellos otros que te unen y solidarizan.

Como el río labra su propio cauce, así la idea hace su propio camino.

Ponte en guardia cuando te alaban tus enemigos. Tales alabanzas no puedes evitar, pero desconfía de ellas, desdénalas.

Cuando te alaban tus enemigos es porque cometiste algún error o ejecutaste alguna mala acción; ello te obliga a revisar tus propios actos y a rectificar tu puntería.

Las alabanzas del enemigo son, con frecuencia, dar-

dos venencosos que hieren mucho más gravemente que sus mentiras y sus calumnias.

Sólo el fatuo y el vanidoso se complacen con el aplauso y las alabanzas de sus propios enemigos.

Los enemigos de tus enemigos no son necesariamente tus amigos.

Acuérdate que la táctica de tus enemigos es dividir para triunfar. No lo olvides jamás.

Nunca adules ni te dejes adular. La adulación corrompe y pervierte.

Los aduladores son los cortesanos del espíritu. Huye de ellos.

La adulación hace naufragar a muchos talentos nacientes: hipertrofia su vanidad y los conduce a la perdición.

Sean parcos, pero justos, tus elogios; sobrios, pero sin reatos tus aplausos: para que jamás puedan confundirse con la baja adulación ni con la mentida alabanza.

La demagogía es a la democracia, lo que la sombra al cuerpo: inseparable, pero también inconfundible.

Jamás olvides que la distancia más corta entre dos puntos es la línea recta. Que tus actos y tu conducta nunca sean un zig-zag.

Pon freno a tus egoísmos. Ten siempre presente que es imposible la felicidad individual en un mundo de infelices. Que tu objetivo sea el bienestar colectivo, y con ello asegurarás el tuyo propio.

El cuerpo envejece, el espíritu no. La única juventud eterna es, pues, la espiritual: cuida mucho este tu divino tesoro.

Unos nacen jóvenes, otros nacen viejos.

La belleza es un fin en sí mismo. La belleza física es el anverso de la medalla de la vida, cuyo reverso es la belleza espiritual. Ambas reunidas en un solo sér constituyen una obra maestra de la Naturaleza.

El ideal es a la vida espiritual lo que el oxígeno a la vida fisiológica. La vida espiritual de hombres y de pueblos sin ideales languidece, se asfixia y muere.

Sea tu ideal más Verdad, más Justicia y más Belleza.

Que tu ideal sea terrestre y humano, actual y local; para que se proyecte en el espacio y en el tiempo, y sea universal y eterno.

EL INCENDIO DE LA TRILLADORA

(De mi vida de campo)

Quien no ha vivido en plena naturaleza no concibe el Tiempo y el Espacio, la Eternidad y la Inmensidad.

El bochorno canicular aplastaba la campiña entre-
rriana. Días infernales de sol abrasador se sucedían sin
interrupción. El viento norte, salido del cráter de al-
gún volcán en ignición, soplaba implacable, secando los
tajamares y los arroyos y poniendo tensos los nervios
cual cuerdas de violín. El vasto cielo azul reverberaba
como un inmenso espejo. Hombres y bestias se sofoca-
ban en aquel horno incandescente. Mustios y cabizba-
jos, con los flancos enjutos y las bocas reseca, pare-
cían murmurar una plegaria íntima, implorando al
cielo desencadenara el temporal bienechor. Si aquello
continuase, la terrible sequía, con su cortejo de cala-
midades y estragos, sería inevitable. El agua escaseaba
en la comarca. Pronto faltaría del todo. Y ya se sabe
lo que ello significa para el campo: muerte de bestias,
pérdida de la cosecha y ruina de gentes. La sequía es

horrorosa y atroz, porque quema la tierra y quema el alma. El sudario amarillo y polvoriento que envuelve la campiña produce un estado indefinible de angustia y de espanto. El agua es el elemento fundamental del universo. Sin el agua no existe la vida. Y es por eso que todas las miradas escrudiñaban ansiosas el horizonte, en busca de la nubecilla mensajera de la lluvia redentora...



Aquella tarde el bochorno canicular llegó a su estado álgido. El viento norte cesó de soplar. Una calma imponente, precursora inequívoca de la tempestad, reinaba más allá de los valles y de los montes, Tufos de incendio flotaban en el aire. El sol, pálido y amarillento, se hundía, en inminente catástrofe, en el ocaso. Aureas franjas festoneaban a la negra nube, salpicada de manchas blanquecinas color de nácar, que subía en el horizonte. Presintiendo la tormenta, las golondrinas, cual flechás lanzadas de arco tendido por brazo vigoroso, surcaban el espacio en busca del nido protector. En largos lamentos las vacas mugían sus nostalgias del corral. Relinchaba el potro de la manada husmeando el temporal. Los insectos zumbaban inquietos en la atmósfera preñada de rayos y truenos. Todo anunciaba el inminente desencadenar de los elementos de la Naturaleza.



La tarea del día finalizaba. Febriles, sudorosos y polvorientos, los horquilleros alimentaban de gavillas

color de oro el vientre insaciable de la trilladora. El silbido estridente del motor parecía un inmenso latigazo en el aire, apurando a hombres y bestias en el trabajo abrumador. Y la trilladora, envuelta en nubes de polvo de oro, parecida a una enorme abeja, zumbaba devorando las parvas de trigo. Digería las gavillas, vomitando en chorros interminables el bendito grano. El oro subido de las montañas de paja se esfumaba, en tonalidades policromas, en el oro pálido de los rastrojos y en el oro turbio del inminente ocaso. Y las pilas enormes de bolsas de trigo anunciaban el resultado de la espléndida mies. Una amplia sonrisa de íntima satisfacción iluminaba el rostro curtido y adusto del chacarero. La madre tierra recompensaba, al fin, la ruda labor del año. Empero, algo lo turbaba, surcando su frente arrugas de inquietud. Aquella calma imponente, nuncio seguro de tempestad, inquietaba su espíritu, que conocía los crueles secretos de la Natura. Las parvas estaban a mitad de la trilla. Las bolsas de trigo aun no se hallaban bajo techo. Un revés de la Naturaleza podía aún perderlo todo. Pensamiento cruel. ¡Perderlo todo! ¿Quién sabe?... Y la trilladora, envuelta en nubes de polvo, seguía jadeante trepidando y zumbando. Y febriles, sudorosos y polvorientos, hombres y bestias apuraban la tarea final.



Un silbido largo, agudo, cruel y lúgubre despertó a la peonada, que, rendida y aniquilada por la abrumadora labor del día, dormía sobre los montones de pa-

ja. Gruesas gotas perdidas empezaban a caer de las nubes preñadas de agua. Un silencio profundo, interrumpido apenas por el croar de las ranas del vecino tajamar, reinaba en el vasto silencio de la noche. Todos nos despertamos. Había que proteger presto con lonas a la trilladora, a las parvas y a las pilas de bolsas de trigo; y había que protegernos también. Y en la obscuridad de la noche, aquellos héroes anónimos del trabajo comenzaron a luchar a brazo partido con las fuerzas destructoras de la Naturaleza. De repente un relámpago iluminó la profunda negrura. Y detrás de éste, otros y otros más empezaron a serpentear como gigantescas culebras de fuego, en el vasto horizonte. Retumbó hórrido el trueno. Y ráfagas frías de viento comenzaron a soplar con furia. La tempestad se desencadenó en toda su grandiosidad salvaje. El fulgor de los rayos deslumbraba a la gente, para enceguecerla luego y hacerle parecer más negra y profunda la negrura y la profundidad de la noche. Las ráfagas se convirtieron luego en violento huracán. El fragor del trueno simulaba un invisible combate de ejércitos poderosos. Las gotas perdidas se transformaron en recio chaparrón y después en verdadero diluvio. Parecía que se hubieran abierto las cataratas del cielo para inundar la tierra. Y los truenos y los relámpagos se sucedían con inaudita violencia. Los hombres se escondieron debajo de las lonas azotadas por el vendaval. Los caballos se amontonaron dando grupas al viento. El temporal crugía, aullaba, silbaba, sollozaba en salvaje y patética sinfonía. De repente un rayo estalló encima de la trilladora, y una bola de fuego cayó de

las nubes, sembrando el pánico entre los seres vivos. Los hombres salieron de sus escondrijos los caballos dispararon campo afuera; y comadreas, zorrinos, lechuzas, víboras e iguanas, habituales moradores de las parvas, huyeron en infernal batahola. Al instante, el incendio se declaró violento y voraz. Ardió la trilladora, ardieron las parvas, ardieron las pilas de bolsas y las montañas de paja. Lenguas de fuego y columnas de humo anunciaban a lo lejos el desastre. Todo ardió en la trágica noche. Y fuego, y agua, y relámpagos, y truenos, y huracanes, jugaron, desencadenados, en la vasta campiña solitaria y lúgubre. Poco a poco el temporal se alejó. Las nubes bajaron al otro lado del horizonte. Los relámpagos centelleaban débiles en lontananza y retumbaba sordo el trueno. Apagóse el incendio, y gotas perdidas anunciaban el final de la lluvia. En el oriente alboreaba la aurora en límpidos celajes. Después de la borrasca, una calma soberana reinó en el espacio. Las alondras entonaron, en gorjeos sonoros, la canción matutina. A lo lejos, los tajamares y los arroyos rebalsaban el agua. La sequía estaba conjurada. La vida retoñaría de nuevo en su fuerza avasalladora. Y el sol, majestuoso y resplandeciente, alumbró la llanura pletórica de agua; y sus rayos oblicuos se reflejaron en las cenizas aun humeantes de la trilladora. Solamente los hombres, después de aquella noche infernal, míseros y lamentables, preparamos en silencio nuestras cabalgaduras para ir de nuevo en busca de trabajo y de pan.

COMO ME HICE SOCIALISTA

Fuí peón de campo en 1892, en la provincia de Buenos Aires, sembrando papas — útil y fecunda ocupación — en Mar del Plata y Balcarde. Fuí peón de albañil en Miramar. Trabajé en la recolección de maíz. Fuí domador de potros y de novillos en Entre Ríos en 1893. Haché postes en el Montiel. Trabajé como peón de cuadrilla en el ferrocarril Central Entrerriano. Fuí chacarero en 1894. Amansé bueyes para el arado y la carreta. Constructor de ranchos, alambrador, colero, horquillero y embocador en las trilladoras: trabajé de estrella a estrella por 12 reales (\$ 1.20) por día. He cruzado a pie—lingera al hombro—buena parte de la provincia de Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos. Jineté baguales y redomones y cacé carpinchos a orillas del Gualeguay. Comí asado con cuero y bebí caña doble paraguaya. Conocí cara a cara la miseria, la fatiga, el hambre y el frío. Y en estas rudas y nobles tareas campestres aprendí a amar el trabajo creador, y empecé a sentir grande simpatía y profundo cariño hacia el pueblo laborioso y fecundo. Ya en aquel entonces he sido socialista sin saberlo. Me sentía rebelde y me do-

minaba una enorme pasión por saber. En mis maletas de peón ambulante siempre había un libro, y sabiendo apenas leer, leía a Spencer, Huxley, Darwin y Marx. ¿Comprendía lo que leía? Confieso que ahora me sería difícil contestar. Mis compañeros de trabajo se burlaban de mí al principio, luego me miraban con curiosidad y respeto, concluyendo al fin por tenerme cierta admiración; porque durante las siestas caniculares y las largas noches de invierno, ya bajo el alero protector al lado del fogón humeante, o en el rancho familiar iluminado por la triste y pálida luz de un candil, hablaba a chacareros y peones del origen del mundo y de la sociedad futura...



Desde muy niño me dominaba una enorme pasión por estudiar y saber.

A pesar de ello, y como una verdadera ironía de la vida, he sido casi analfabeto hasta la edad de 20 años. Sentía mortal envidia a los felices que cursaban escuelas, colegios y universidades. ¡Ah, la Universidad! Fué la meta de mis ensueños, la aspiración vehementemente de mi vida... ¡No sospechaba entonces los disgustos y desencantos que ella me iba a producir!... Y el 1º de Mayo de 1895 abandoné la vida y el trabajo del campo y vine a Buenos Aires decidido a estudiar e ingresar en la Universidad!

Tenía en mi haber una voluntad inquebrantable, una salud física a toda prueba, 25 pesos moneda nacional en el bolsillo, un chambergo campesino de an-

chas alas y una indumentaria que no era como para ser lucida en ningún salón... adonde, por otra parte, jamás concurrí. No tenía conocidos ni amigos que pudieran aconsejarme u orientarme en mi nueva vida. ¿No fué esto una gran suerte para mí?...

Me ubiqué en una bohardilla en la calle San Martín al setecientos y pico. Y para mayor economía me hice vegetariano. Hacía mis provisiones para una semana. Cada lunes compraba cien naranjas en el Mercado Central de Abasto, y un pan negro de harina y afrecho todos los días. Tal fué mi alimento físico. Mi alimento mental fueron diez y ocho horas de estudio diario de todas las materias que indicaba el programa del colegio nacional. Y para ahorrar luz iba a estudiar todas las noches a la plaza, aprovechando el alumbrado público. Ya entonces empecé a tener una noción vaga y confusa de que para algo pagábamos impuestos. ¿De dónde sacaba yo recursos pecuniarios para pagar alquiler, comer, vestirme y comprar libros? No lo sé ahora. Recuerdo que daba una lección de francés, sin saber yo un palote del idioma de Molière, a un señor que quería aprenderlo y no encontraba mejor maestro que yo... pagándome quince pesos mensuales. Recuerdo que enseñaba a firmar a un señor industrial analfabeto y muy rico, y que durante un año no consiguió aprender a trazar su firma, ya sea por su poca capacidad para las *bellas letras*, ya sea por mi método pedagógico deficiente... Este también me pagaba quince pesos por mes. Recuerdo que clavé a algún casero y fondero... ¡Pecados de la vida de estudiante pobre! Profesaba yo en aquel entonces ideas originales

sobre la expropiación sin indemnización... Siempre fuí muy económico. Llegué a vestirme por la suma de cinco pesos, comprando en un cambalache un jacquet, un rancho de paja—era la estación de invierno—, un par de pantalones y botines que creo eran desiguales... Así al año, pude rendir examen general en el Colegio Central de Buenos Aires, y me recibí de bachiller con diez puntos término medio. Enseguida ingresé a la Facultad de Medicina.

* *

A mediados del año 1895 ingresé al partido socialista, después de asistir a una manifestación pública donde hubo discursos, pedradas, sablazos, carreras y arrestos. Creo que en aquel día me ligó el primer sablazo... El único centro Socialista de la capital tenía su sede en los sótanos del teatro Onrubia (actual Victoria). Fué la época de los Chacón, Ingenieros y Lugones. En el mes de Octubre del mismo año, en una conferencia que en el Centro Socialista dió el ingeniero inglés Holway, sobre la comuna de París, la policía hizo producir, por medio de algunos agentes provocadores, un desorden, y arrestó *ipso facto*, a toda la concurrencia, que éramos 88 personas. A mí me condujeron al calabozo por en medio de la calzada entre cinco vigilantes con machete desenvainado... Fué mi primera prisión... Yo estaba orgulloso. Nos tuvieron en la *leonera*, rigurosamente incomunicados, durante dos días y dos noches. En la cárcel conocí al doctor Juan B. Justo. Conversamos largamente. Yo

sostuve que me hice socialista porque quería defender a los débiles, y el doctor Justo sostenía que él era socialista porque quería defender a los fuertes. Mi tesis era, en aquel entonces, que el socialismo es expresión de debilidad... y la tesis del doctor Justo, que el socialismo es expresión de fuerza. Es cierto que yo era vegetariano por necesidad y romántico por temperamento, y él carnívoro y positivista. Comprendí después que Justo tenía razón. Desde entonces fué y es mi maestro y amigo. Aquella barrabasada policial ha sido el bautismo del socialismo argentino.



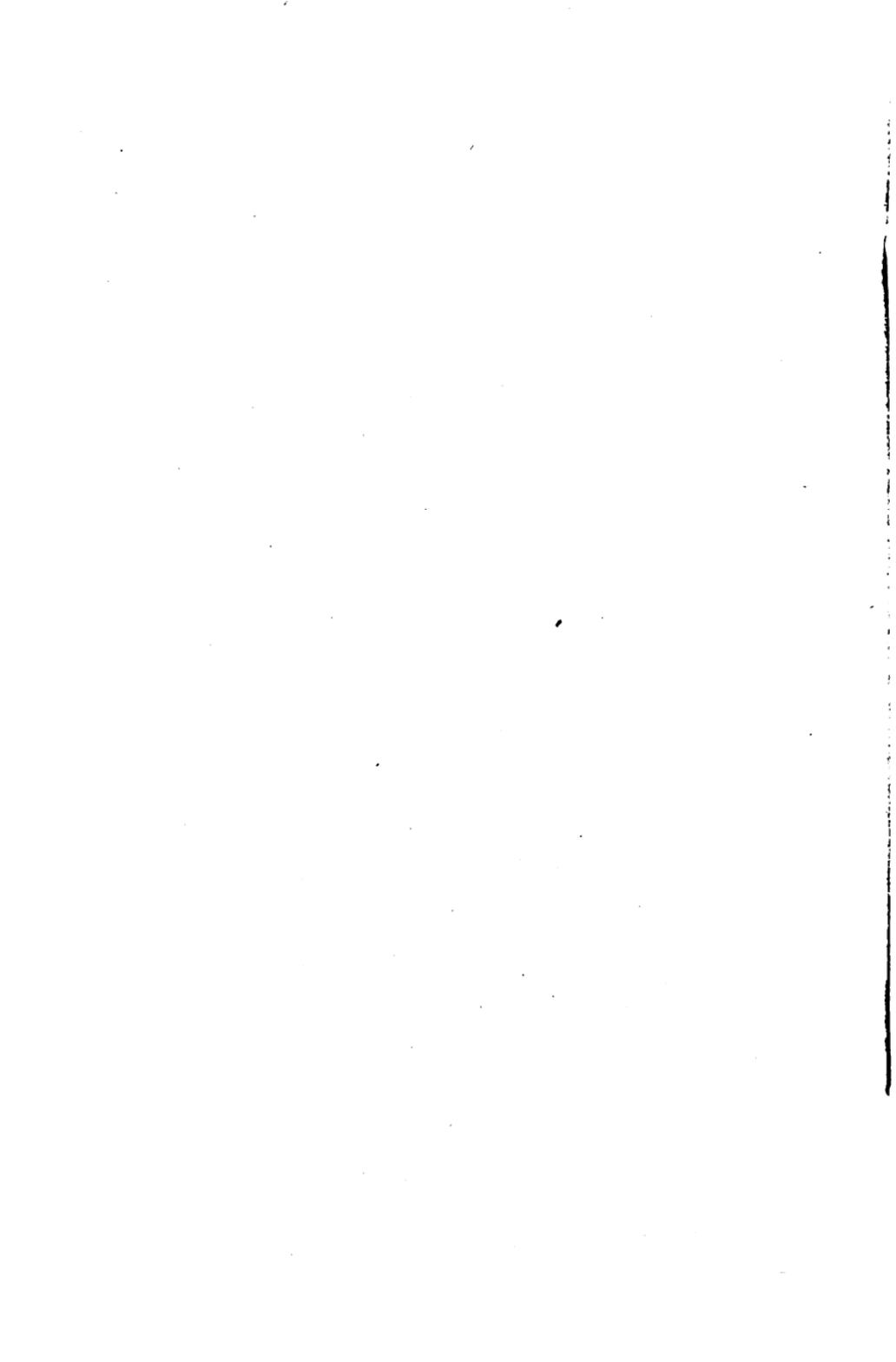
Pronto ocupé en las filas socialistas un puesto de trabajo, de lucha y de confianza. En los primeros tiempos la ley de la división del trabajo no regía para nosotros. Eramos oradores, periodistas, organizadores, miembros del Comité Ejecutivo y manejábamos admirablemente el pincel y el engrudo para pegar manifiestos... Por este enorme delito de *lesa estética* tuve, en 1898, catorce entradas en las comisarías de la capital. Fué el comisario de los viejos corrales—un tal señor Vivas—que nada quería saber con proclamas socialistas... y cada vez que en su sección pegábamos manifiestos, nos metía en la cárcel. ¡Fueron tiempos heroicos aquellos! Yo estudiaba medicina y ponía el mismo ardor en mis estudios que en el socialismo. En las vacaciones iba al campo a trabajar como peón en la cosecha y la trilla para rehacer mis finanzas... y mi salud. Estudiaba, leía literatura, economía, historia, etc. En 1904 me gra-

dué de médico en la Universidad de Buenos Aires con medalla de oro. Venganzas de baja política me la quitaron. Soy tan o más feliz sin ella como con ella...



Mi socialismo ha sido en sus comienzos, sentimental y romántico; luego, con la experiencia y la observación de la vida, con el estudio objetivo de hombres y cosas, mi socialismo se hizo científico y razonador. Pero el sentimiento fué, es y será en mí el motor secreto de mi acción social, y la razón estará siempre a su servicio. Soy socialista porque he conocido el trabajo rudo y creador; porque soy hijo del pueblo y con él he vivido en íntimo contacto, sufriendo con sus dolores y miserias, y gozando con sus alegrías y placeres; porque amo al país en que vivo y quiero que sea poblado por una raza fuerte y vigorosa, física y mentalmente; porque en el Socialismo veo la gran fuerza dinámica de civilización y progreso en el actual momento histórico de la Humanidad; porque en él veo un nuevo y grande ideal que viene a reemplazar a los viejos y caducos ideales religiosos; porque con el advenimiento del Socialismo veo inaugurarse para las colectividades humanas una nueva era de más Justicia, de más Verdad y de más Belleza.

FIN

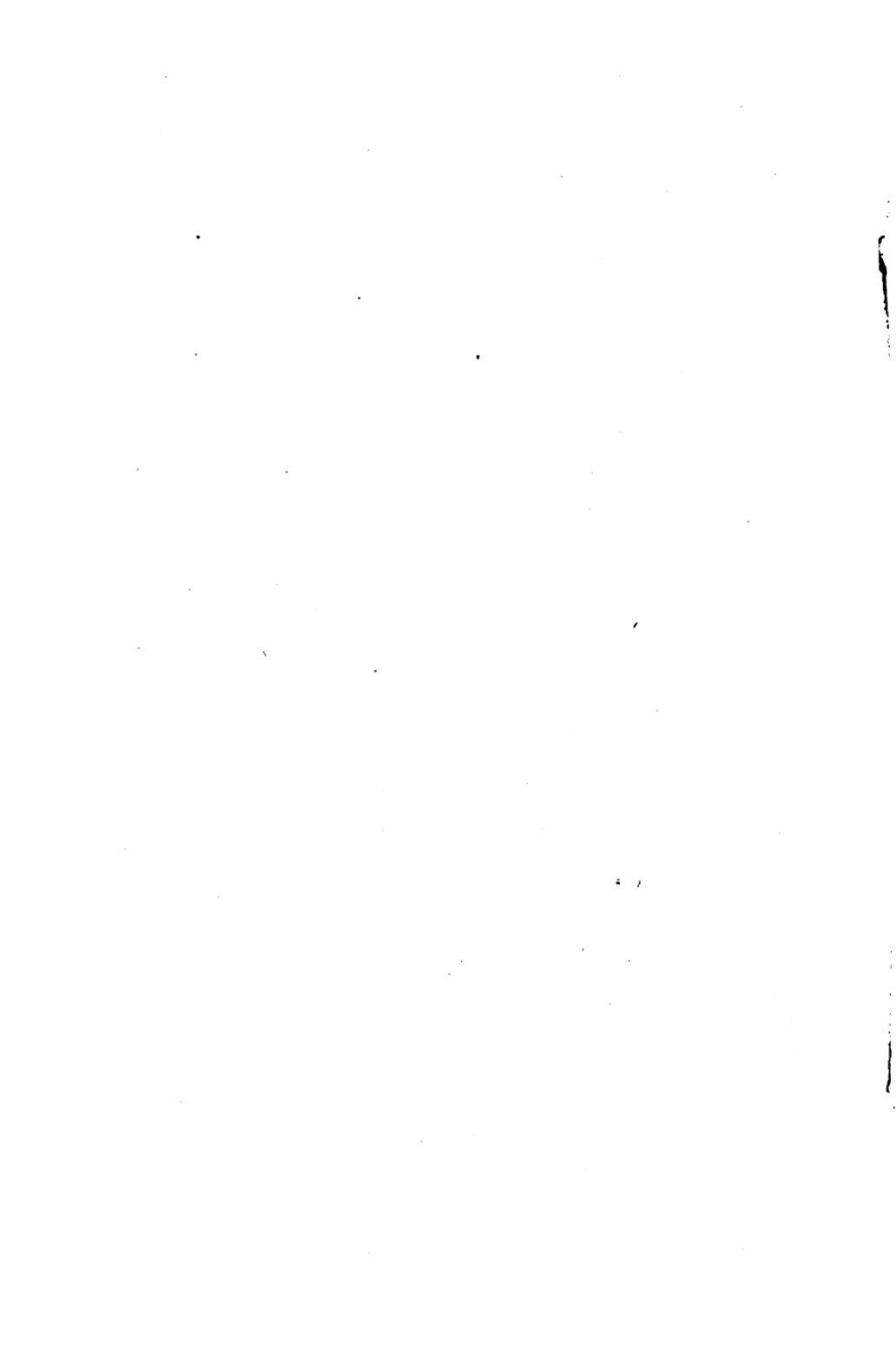


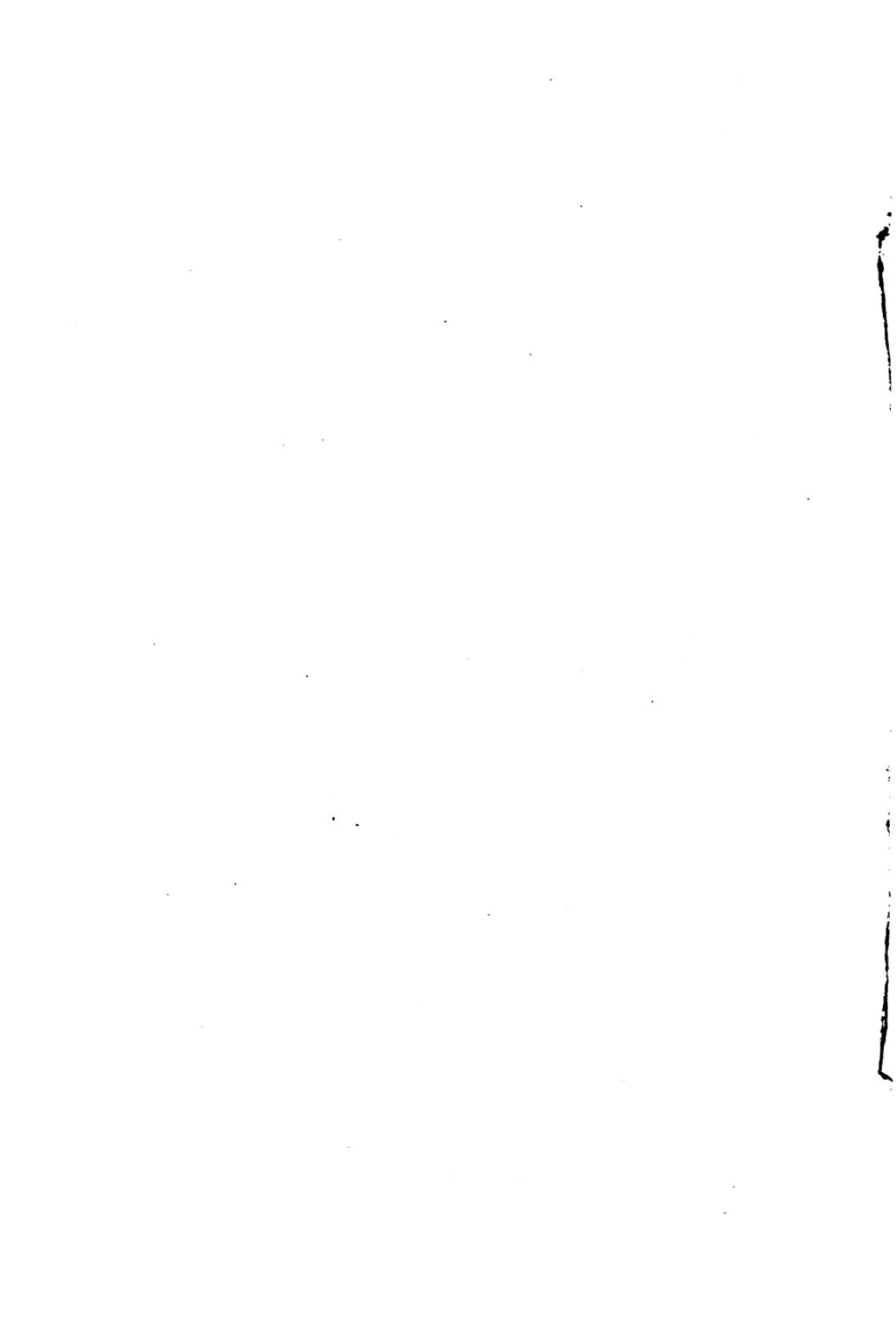
ÍNDICE

	Pág.
Prólogo a la segunda edición	5
Hoy y aquí	9
Acción y teoría	13
Lo que debemos al pueblo	18
Cómo debemos luchar	24
Sinceridad	33
Inferioridad biológica e inferioridad social	39
Higiene social	46
El desarrollo del socialismo	52
Las pasiones	57
Todo o nada	61
I.—La vida humana.	66
II.—Réplica a una réplica	71
III.—	79
Saber es poder.	84
Los defensores del orden	89
Violencia y atentados	94
El que dirán	101
Laboremus.	106
Malón de indios	111

	Pág.
Escuelas laicas	117
Universidades populares	123
Disciplina	129
Bestias y hombres	134
Misión de la prensa socialista	139
Teoría y práctica de la historia	147
Extranjerismo	170
Hacer la américa	176
El socialismo y la vida	182
Espíritu de tolerancia	187
Los dioses tienen sed	192
Así habla perogrullo	197
El incendio de la trilladora	205
Cómo me hice socialista	210

IMPRESA MERCATALI, CALLE JOSÉ A. TERRY 285
BUENOS AIRES





Handwritten scribbles and faint markings, possibly including the number '100'.



